ÁLVARO ALCALÁ GALIANO

Junto al Volcán...

IMPRESIONES DEL
FRENTE OCCIDENTAL



Junto al Volcán...

Impresiones del frente occidental

ÁLVARO ALCALÁ GALIANO

Junto al Volcán...

Impresiones del frente occidental



MADRID
1917

Imp. de Fortanet, Libertad 29.—Tel. 991.—Madrid

PARÍS EN GUERRA

1917



I

El París que yo he visto en mi reciente viaje al frente occidental no se parece a aquella *Cosmópolis* del lujo y de la frivolidad, que atraía al mundo, cual faro civilizador, antes de que estallaran los horrores de la guerra.

¡Qué abismo intelectual nos separa de ayer!... ¿Cuándo despertaremos de esta negra pesadilla?... ¿Cuándo volverá la Ciudad Luz a ser de nuevo el hogar mundial donde se refugian millares de extranjeros?

Desde los reyes en el destierro que nos trazó la pluma de Daudet en su inolvidable novela, hasta el millonario americano en busca del placer; desde el turista anglo-sajón, hasta el anarquista oculto, pasando también por la categoría del *noceur* que nocturnea en *Maxim's* o en el *Rat Mort*, todos hallaron su refugio y su mansión en esta alegre ciudad hospitalaria.

Hoy, nuestra gran cosmópolis está «militari-

zada». Ante los nubarrones de la tragedia y la tempestad que se avecinaba, su rostro alegre y sensual se contrajo en un gesto de estupor y de muda indignación al ver al invasor pisoteando la sagrada patria. Entonces se puso el casco y empuñó la espada. Mientras legiones aterradas huían despavoridas de la capital, renacía, frente al peligro, el verdadero espíritu de este pueblo patriota, a quien se creía adormecido por el bienestar y por la orgía. La Atenas apacible supo convertirse en la feroz Esparta. La ola teutónica avanzaba, arrolladora, sobre París, su tierra prometida; y París, inquieto, palpitante, pero firme, dejando a un lado las joyas y los aderezos refulgentes de sus pasadas locuras, pudo ver allá en el horizonte el choque de la ola germánica estrellándose contra el dique de los ejércitos franceses. ¡Oh, milagro de las armas!... La ola retrocedió y este retroceso inesperado se llama en la Historia moderna la batalla del Marne, amanecer de la liberación del territorio.

Desde entonces París respira serena, confiada y optimista. Sonríe siempre, ya que la risa jovial y bulliciosa pudiera tacharse de ingratitud u olvido ante el noble sacrificio de sus hijos muertos, de la sangre vertida y de las madres enlutadas. Pero, en fin, *vive* y su vida es ahora una vida discreta, sin lujo de mal gusto, sin sacrificios estériles; una vida, claro está, no tan rumbosa como antes, porque se imponen las economías y la previsión alimenticia en caso de peores tiem-

pos, mas no abruman a sus moradores privaciones monásticas.

¿Qué ha transformado, pues, la existencia de París?... La *limitación* y la *economía*, dos medidas excelentes para regularizar la vida, lo mismo entre los individuos que entre las naciones. París ha adoptado un discreto término medio y se ha impuesto a sí misma algunas reglas de abstinencia que más obedecen, creo yo, a influír en la moral de las clases populares que a escasez verdadera de materias primas.

En resumen: el lujo se prohibe porque resultaría un alarde indecoroso el ostentarlo en tiempos como éstos propios de abnegación, de sobriedad y de sacrificios. La Ciudad Luz se oculta ahora en la penumbra cuando llega la noche, y apenas deja visibles algunas lucecillas en los faroles para marcar el itinerario. Esto desorienta la trágica misión de los *zeppelines*, los cuales, debo advertir, en honor de la verdad, que inspiran la curiosidad pública y no el terror del vecindario.

Los *restaurants*, para economizar luz, han de cerrarse a las nueve y media. Tres veces por semana cierran sus puertas, igualmente, los teatros. Hay restricciones y limitaciones para la pastelería y los *tea-rooms* que tanto se han generalizado ya en París. El carbón está caro y escasea, aunque yo no haya notado en el hotel semejante escasez. El régimen civil alimenticio consiste en que sólo se permiten dos platos en

cada comida. Pero esta misma tiránica medida halla no pocas atenuaciones consoladoras para los discípulos de Trimalción. Las ostras no cuentan como uno de dos platos, ni los *hors-d'ouvres* tampoco, lo cual, de por sí, constituye una comida aparte. De igual privilegio gozan el queso, las compotas y la fruta en calidad de postres elementales. Cabe, además, la trampa de acompañar una «grillade» con patatas y legumbres. Y los vinos corren sin más restricción que la resistencia estomacal o el fondo pecuniario...

«¡Qué bien se vive en París, *a pesar* de la guerra!», le digo yo a mi compañero de viaje, el Conde de Albiz. «¡Esto no es el París tristón y desolado que nos habían pintado los pesimistas!»

En efecto; no es un París sombrío y lúgubre el que vemos, aunque el tiempo, nublado y crudamente frío, se ha propuesto demostrarnos todo lo contrario. Ha nevado últimamente, y las ramas de los árboles de las Tullerías y de los Campos Elíseos están aún blanqueadas, y el asfalto de las grandes avenidas reluce como si fuera el agua de unos largos canales que reflejaran las interminables hileras de faroles.

París, al través del velo de la niebla, aparece bajo una suave luz que platea el ambiente gris como en los mismos cuadros de Corot. A distancia, los Inválidos y el Arco del Triunfo tienen la vaguedad sombría, propia de los objetos en la bruma que disipa el contorno de las cosas. Co-

rren, veloces, los automóviles, aunque en menor cantidad que antaño... ¡Es natural!... Son muchos los particulares que han suprimido el carruaje de lujo. El *taxi* y el *metro* igualan ahora a todas las clases sociales, y por la fuerza de las circunstancias se hace mayor uso de los pies. Van y vienen aprisa las personas envueltas en pieles y bufandas. Los camiones de la Cruz Roja y los enormes carteles de algunos hoteles elegantes, hoy convertidos en hospitales, nos recuerdan aquí y allá la trágica época en que vivimos. A ratos nos paramos frente al escaparate de alguna tienda, cuyos objetos han sido fabricados por los heridos durante su convalecencia. Otras veces nos detienen señoras o muchachas al acecho del transeunte, por una y otra acera, para colocarle bien una medalla o una banderita a cambio del óbolo benéfico. Y esta forma de *atraco* femenino extiende su implacable mano por las calles y los bulevares.

¡Paciencia, estamos en guerra!

Pero al París de ahora quien le da color son los militares. La Ciudad Luz es, hoy día, un gran cuartel internacional. Entre la muchedumbre presenciamos un largo desfile de uniformes variados; oficiales franceses, bien de «azul horizonte», como ellos dicen, que es un azul agrisonado, o bien con el antiguo *kepis* e inadecuado pantalón rojo. Se ven algunos rusos y algunos belgas. Pasan grupos de enormes soldados senegaleses y tiradores de Argel. Algún oficial portugués se

desliza discretamente entre aquel pintoresco muestrario de tropas extranjeras.

Mas, sobre todos, destacan los ingleses, con sus elegantes uniformes *kaki*. El *Tommy* ha invadido París y se pasea por sus calles y sus avenidas como en su propia casa. Trae dinero del frente y trae ganas de divertirse. Y las miradas femeninas se sienten atraídas por estos militares jóvenes, con rostros infantiles y cuerpos de atletas, que no son ni tan fríos ni tan impasibles como se cree. No ya las mujeres alegres, sino el público mismo les mira con simpatía. Sabe demasiado el pueblo francés lo que representa el esfuerzo de Inglaterra y lo que debe Francia a estos bravos *Tommies*. ¡Ya pasaron los tiempos de Fashoda, de los insultos y de los resquemores! Hoy, las armas de ambos pueblos fraternizan ante el peligro común, y la *Entente Cordiale* no es ahora una frase diplomática, sino la unión que ha de salvar a ambas naciones.

Los oficiales franceses y británicos se saludan cordialmente, aun cuando no suele vérseles reunidos. Hay en los primeros cierta indiferencia respecto a la elegancia que parece innata en sus aliados. No es el francés un militar de parada como el rígido oficial prusiano, sino que lleva el uniforme sin darle importancia estética ninguna con la misma sencillez que su traje de burgués. Y, en efecto, bajo la casaca es a menudo un burgués modesto y trabajador con lentes y aire pacífico, el cual luce galones de capitán, la medalla

de guerra o la Legión de honor. Estos hombres de bigotes caídos o barbitas en punta pertenecen acaso a una clase social que nunca soñó verse condecorada en los campos de batalla por méritos de guerra y que antes de estallar el magno conflicto mundial vivían pacíficamente en las oficinas o en los laboratorios.

Los jóvenes tienen otro aspecto, otra fisonomía más adecuada a su actual vocación. Una vida de *sport* al aire libre, el boxeo y la esgrima, las proezas del automóvil y de la aviación, ha sido para ellos la escuela preparatoria de la guerra. Risueños y tranquilos, parecen saborear el triunfo de sus medallas y de sus cruces, que atestiguan su desprecio del peligro y de la muerte. Visten bien; la influencia británica se observa en el corte elegante de sus uniformes, en el bigote reducido a la más mínima expresión o en los rostros del todo afeitados. Y al pasar por los bulevares, junto a los oficiales ingleses, echan a sus modelos una mirada admirativa. Lucen éstos lujosas polainas relucientes, botas de montar o pantalones largos. Llevan impermeables de muy variados modelos, forrados de pieles; todo ello en un color castaño como sus camisas, sus cuellos y corbatas. Han suprimido la espada y prescinden del detalle inútil que huele a mera exhibición... ¿Para qué?... Estos ingleses saben vestir con elegancia, pero con sencillez y comodidad. Hacen la guerra como un pueblo, cuyos soldados han sido siempre *sportsmen*.

Y todo París se ve invadido por la ola militarista. Mi compañero y yo chocamos con nuestros trajes de civiles, que parece haber desterrado la juventud. Es el triunfo del militarismo en la calle, en el café, en el *restaurant*. Entremos donde entremos a mediodía, en *Larue*, en *Ambassadeurs*, en *Henry's* o en *Ciro's*, los comedores rebosan de gente y no se creería uno en guerra, salvo por la variedad de uniformes franco-ingleses, la «dieta» de guerra y un tono más sobrio, más discreto en los vestidos femeninos. La «demi-mondaine» viste ahora con aparente sencillez. De noche no se escota, porque el escote como el *frac* o el *smoking* ha sido desterrado durante la guerra, y, sin duda, para disimular los tristes efectos de las privaciones y de las ausencias, pide auxilio a la química de tocador, que presta a su rostro fatigado todos los tonos del *arco-iris*...

París sonríe y se divierte como antaño, a pesar de la erupción continua del volcán que ha abrasado a tantos de sus hijos. Los que vuelven quieren vivir unas horas de placer y de amor antes de regresar allá a la hoguera...

¿Inconsciencia?... ¿Frivolidad?... No; este pueblo es variable y complejo. París también tiene lágrimas para las víctimas de Francia como lo atestiguan las iglesias llenas de madres y de viudas enlutadas rezando, pálidas, junto a los cirios, e invadidas de militares pidiendo a Dios el triunfo y a la muerte un generoso indulto.

Una gran oleada mística invade hoy a Fran-

cia, pese a los sectarios de la extrema izquierda. Esos dos símbolos eternos de Dios y de Patria vuelven a surgir de nuevo, a la hora del peligro, como los dos faros salvadores que iluminan el espíritu de las muchedumbres con la esperanza de la liberación y de la victoria.

La idea de patria está en el ambiente; vibra en las canciones de las *Revues* musicales; se oye en las conversaciones; resalta en letras de molde, lo mismo en las cubiertas de los libros que en las hojas de los diarios. Hay que sostener a todo trance la «unión sagrada», frente al enemigo, para vencerle en la gigantesca lucha. Y así, los escritores más ilustres «militarizan» sus plumas literarias, poniéndose al servicio de la causa: Maurice Barrés, Capus, Lavedan, *Polybe*, el ex ministro Pichón, Charles Maurras, León Daudet, Herbette, llenan las columnas de los periódicos «haciendo patria», bajo la amenaza de la tijera del censor. Para los aficionados al artículo sensacional, Clemenceau, en *L'Homme Enchainnè*, y Hervé, en *La Victoire*, sirven cada mañana al público la indiscreción sabrosa o el comentario agresivo que rompe la monotonía del cauto lenguaje oficial.

Fuera de esto, la prensa de París ofrece escaso interés. Se ha hecho tan exagerada la censura gubernamental, que sólo se publican las noticias cuando andan ya en boca de todo el mundo... La gente murmura con razón, y para conocer la verdad de los sucesos, los lectores curiosos se

arrebatan los números del *Journal de Genève*, el cual les informa, sin atenuaciones, sobre lo que sucede en Europa. En Occidente, los ingleses ya están sobre Bapaume, pero de Oriente vienen nubarrones que ennegrecen el horizonte y anuncian la tempestad que ha de aniquilar al Imperio de los Zares.

Detengámosnos un rato frente a los escaparates de las librerías. Resalta en todos ellos la cubierta amarilla de la última novela de Bourget, *Lazarine*, que aparece ahora. Todo se ve invadido por la guerra con sus horrores o sus bellezas. Vemos la obra de Henry Barbusse, *Le Feu,* que ha obtenido el premio Goncourt, junto a otros libros cuyos títulos dicen bastante al espíritu del lector: *La Victoire de la Marne* y *La bataille de Verdun*. Novelas, obras técnicas o periodísticas, mapas, tarjetas postales con vistas de Bélgica devastada, de la Catedral de Reims y de todas las comarcas, donde se ensañó el furor teutónico, traen a la mente la grandiosa y tétrica visión de las ruinas y de las hecatombes. Numerosos grupos de personas se extasían, haciendo comentarios, frente a los satíricos dibujos de Raemackers. *Brentano,* la soberbia librería inglesa de la Avenida de la Opera, sustituye sus estupendas ediciones de arte y de literatura por los libros del día, lujosamente editados, como el del rey de los periódicos, Lord Northcliff, cuyos amenos artículos, publicados ya en el *Times*, aparecen, ahora, bajo el título *At the War*. Alemania, Bél-

gica, la expedición de Mesopotamia, el ataque a los Dardanelos, las batallas del Iser y del Somme, desfilan ante nuestros ojos como episodios de esta gran guerra. Entro, ojeo revistas y libros y hago varios encargos...

¡Hay que apresurarse! A las seis y media se cierran las tiendas. Una muchedumbre sale de las oficinas y de los almacenes. Empiezan a encenderse los pocos faroles que permite la autoridad municipal y la gente se disemina por los bulevares en busca de las subterráneas estaciones del *Metropolitano*.

Ahora en París es difícil encontrar coche de noche, salvo en las vías céntricas y pagando muy buenas propinas. El conductor de *taxi* es, por regla general, un ser displicente y rudo que a medio día rehusa llevarle a uno porque va a almorzar; otras veces os hace un interrogatorio por si no le conviene vuestro rumbo, y al anochecer os deja plantado en medio de la acera, porque es su hora de retirarse.

¡Cuántas veces he pensado: oh, conductores de *taxi* y pedigüeñas «ouvreuses» de los teatros, quién os viera en la línea de fuego!

Mas ¿qué hacer?... ¿Vamos a quedarnos en el hotel desde las seis y media de la tarde?... ¡Ni pensarlo siquiera! Y, a pesar de las *ouvreuses* y de las dificultades de locomoción, decidimos salir a comer a un *restaurant* y luego al teatro.

No nos arrepentimos de semejante atrevimien-

to, y en estas noches en París pudimos comprobar que muchas gentes compartían nuestra temeridad.

Los teatros de género alegre hállanse materialmente atestados. La «entrada general» es formidable y nunca presencié, en tiempos de paz, una tan grande aglomeración. ¡Es el triunfo del militarismo! Uniformes franceses e ingleses, oficiales y soldados invaden todas las localidades, desde el «paraíso» hasta el vasto palco. Las mujeres visten sencillos vestidos de calle, sintiendo, acaso, la nostalgia de sus alhajas y de sus «creaciones».

Pero, a pesar de la ausencia de lujo, se respira un ambiente más simpático, de mayor cordialidad que antaño. El peligro común parece haber unido a todos los corazones... La gente ríe, contenta de vivir, como un enfermo ya en convalecencia. Y, en el escenario, la *Revue* musical intercala canciones patrióticas entre las burlescas alusiones a la actualidad social. Los coros y el decorado evocan, por su alegre plasticidad, su ritmo y su alegría, la Ciudad Luz anterior a la tragedia.

¿Quién diría que estamos aquí en guerra?... Nadie se preocupa de que los *zeppelines* puedan llegar a París esta noche. A nadie turba la idea de esas bombas aéreas, cuyos efectos son tan brutales como estéril es el procedimiento.

Hay, al contrario, en todas las miradas un reflejo de optimismo y hasta de júbilo. Se sabe ya en

París que los ingleses están sobre Bapaume, que avanzan los aliados y empieza la retirada «estratégica» de los alemanes... Y Francia entera contempla, extasiada, el horizonte cuyo amanecer le anuncia la Victoria.



HACIA EL VOLCÁN



II

Los primeros días en París pasan fugaces, inquietantes, llenos de tensión nerviosa ante los preliminares de nuestra odisea al frente occidental.

Hay que «documentarse», y esto, en tiempo de guerra, significa un cúmulo de papelotes: el pasaporte; el permiso del prefecto de la policía para todo extranjero que resida en la capital más de cuarenta y ocho horas; un «pase» especial de las autoridades militares, sin el cual no es posible viajar por la zona de guerra; certificados y fotografías, repartidas con tal profusión, que se nos antoja haber alcanzado una envidiable popularidad en las altas esferas oficiales, donde a estas horas no habrá seguramente funcionario que desconozca nuestra efigie. Y son tantas las firmas exigidas, para dar validez a estas medidas, que se creería uno ministro sin gran esfuerzo de la fantasía.

Todos estos insoportables trámites nos son fa-

cilitados y resueltos con increíble rapidez gracias a nuestro ministro en París, Sr. Quiñones de León, y al personal de la Embajada, que tuvo para nosotros mil atenciones y deferencias.

El propio Embajador y la Marquesa del Muni fueron nuestros anfitriones en un almuerzo que nos hizo olvidar las supuestas privaciones de la guerra.

Tuvimos que presentarnos al agregado militar inglés, Coronel Leroy Lewis, el cual había de indicarnos el día y la hora de salida para el frente occidental. Al mismo tiempo, íbamos al Ministerio de Negocios Extranjeros, situado en el Quai d'Orsay, donde el actual jefe del Protocolo y antiguo amigo mío, M. William Martin, se encargaba, por su parte, de nuestro itinerario al frente francés.

Hízonos M. Martin muy amable acogida, y convinimos en avisarle a nuestro regreso de la zona inglesa para fijar la fecha de nuestra visita al frente francés.

Por ahora todo era tinieblas y misterio respecto al trayecto, y nadie parecía saber una palabra ni de la duración ni del rumbo del tal viaje.

«Eso no depende de nosotros, sino de la autoridad militar» —respondían a nuestras preguntas—. «Aquí les comunicaremos la hora y el día de salida, así como el lugar donde se detendrán ustedes. Allá, un oficial irá a recibirles.»

No era mucho decir, pero hubo que contentarse al principio con tan escasas noticias y dedi-

carnos a las consabidas visitas oficiales, anunciadas con cartas de presentación.

El Embajador de Inglaterra, Lord Bertie of Thanne, tampoco nos sacó de duda, pero, en cambio, supo cautivarnos con su charla mundana y su feliz memoria anecdótica. Hízonos también el honor de sentarnos a su mesa, y rara vez habré tenido anfitrión más ameno y sugestivo.

Es Lord Bertie ya viejo, de tez colorada y cabellos de plata. En sus ojos azules brilla una chispa burlona y maliciosa que parece reflejar los sarcasmos que brotan de su boca. Personajes, incidentes, comentarios pasan, al oirle, con rasgos inolvidables. Es un inglés muy característico, pero que tiene el «esprit» de París y habla el francés a las mil maravillas. Lleva de Embajador en Francia diez y ocho años, y es hoy el decano del Cuerpo diplomático. Su tipo y sus modales distinguidos son los de un gran señor humorista y escéptico que hubiese sido amigo de Voltaire y cuadra su persona perfectamente en el suntuoso palacio de la Embajada, donde los muebles *Imperio*, las estatuas, los tapices y las maravillosas porcelanas, evocan la figura de la que fué su dueña, Paulina Borghese, hermana de Napoleón, inmortalizada en mármol por Canova.

Cuando regresamos, por fin, al hotel, después de una tarde de correrías, nos encontramos con el aviso de partida que nos envía el agregado militar inglés.

Mañana, lunes, ¡a las siete cincuenta de la madrugada!, debemos estar en la estación para tomar el tren militar que ha de conducirnos a Abville. Allí se nos dice que saldrá, seguramente, un oficial a recibirnos. Y con tan somera explicación viene el «pase» especial que nos permite viajar en la zona británica de guerra.

¡Abville!... Ya sabemos algo; pero, ¿a qué hora llega el tren a Abville?... Esto, por lo visto, es imposible averiguarlo, y el personal del *bureau* del hotel sonríe ante mi inaudita pretensión.

«En tiempo dc guerra» —me dicen— «se sabe la hora en que salen los trenes, pero nunca la hora en que llegan... Van muy despacio, y todo depende del transporte de tropas... Según la guía oficial, debieran ustedes estar en Abville a las once y media, pero seguramente llegarán con *unas horas* de retraso...»

¿Nada más que unas horas? ¡Vaya por Dios!... ¡Paciencia; que, al fin y al cabo, peor lo pasarán los hombres en las trincheras!...

¡A la guerre comme a la guerre!...

Y una dama norteamericana, que hoy día sirve en la Cruz Roja, me dice, con el propósito, sin duda, de calmar mis impaciencias:

«¡Prepárense ustedes para *un viajecito!* A mí me ha pasado salir en tren del Havre, por la mañana, y llegar a París muy entrada la noche. ¡Qué odisea!... ¡Hasta los pasillos iban llenos de soldados! ¡No dejen ustedes de llevar provisiones!»

Seguimos tan útil consejo en vista de las inquietantes noticias respecto del itinerario, y compramos comestibles suficientes para veinticuatro horas lo menos. Hacemos el reparto del «equipo de guerra», que consiste en llevar sólo a mano un maletín, dejando en París el equipaje grande, y decidimos salir ya del hotel en nuestro traje de campaña: *jerseys* gruesos, cuellos blandos, pantalón corto, polainas de cuero y enormes botas impermeables que han de preservarnos contra todas las inclemencias del temporal.

A la mañana siguiente comienza nuestra odisea. En nosotros sentimos agitarse el espíritu de aventuras que debía inspirar a Don Quijote y a su escudero Sancho en su primera salida a las llanuras de la Mancha... ¿No es, en efecto, una extraña aventura la de haber abandonado la patria, el hogar, los amigos, para ir a meternos de pronto en este infierno mundial que se llama la guerra europea?... Nada, hace unas semanas, me hubiese parecido tan inverosímil, pero el destino ha querido revelarme, inesperadamente, el trágico horizonte del más grandioso drama que registra la Historia y voy a acercarme al mismo volcán cuya erupción hace temblar a Europa... ¿Qué cataclismo comparable a éste ha perturbado el mundo?... Un azote apocalíptico devasta la tierra inundándola de sangre fratricida. Las ruinas y la muerte son los testigos mudos de esta demencia universal. Y nosotros, guiados por una curiosidad muy comprensible,

en la que se funden diversos sentimientos, vamos como peregrinos insaciables de emociones nuevas a pisar el mismísimo escenario donde se desarrolla la tragedia de los siglos...

Silenciosos, bajo la tensión misteriosa de lo desconocido, recorremos las calles de París en un *taxímetro*. Hace frío, un frío glacial que parece penetrar hasta los huesos, a pesar de las pieles y de las bufandas. El vaho humedece los cristales y nubla los edificios. Ha nevado. Relucen las aceras y la ciudad se halla cubierta por un celaje espeso, tristón, que tiene el color de una pizarra.

En la estación, a pesar de lo anticipado de la hora, se va apiñando compacta muchedumbre de mujeres y de militares. Por fortuna hallamos un mozo, que carga con nuestros maletines y paquetes, y nos dirigimos hacia el andén.

Allí hay que guardar turno para presentar los pasaportes y la documentación. Van y vienen las gentes. Se oyen voces llamándose. El silbido estridente de la máquina aturde. Pasan, poco a poco, los viajeros al andén, y detrás aumenta la aglomeración de rostros nerviosos, impacientes.

Junto a mí, un matrimonio viejo despide a su hijo, que es oficial. El padre le ha abrazado varias veces y ahora le abraza de nuevo la madre. Se miran silenciosos, con un silencio más elocuente que todas las palabras. El padre quiere decirle algo, quizá una de esas preguntas superfluas que en las despedidas de familia ocultan

una honda emoción, y veo que sus labios temblorosos no aciertan a pronunciar palabra. Entonces, vuelve a abrazar al hijo muy fuerte, muy fuerte... ¡quién sabe si este es el último abrazo de la vida!... Y la madre, que quiere ser la última en despedirse, hace otro tanto, besándole una y otra vez, con el rostro descompuesto y los ojos en lágrimas.

Y de pronto el oficial se arranca de los brazos maternales, yendo hacia el tren con paso rápido, sin volver la cabeza.

El tren es larguísimo. Van desfilando por el andén militares de todas graduaciones y regimientos. Pasan soldados con sus mochilas y todo su pesado equipo de campaña. Los oficiales se saludan, haciéndose preguntas sobre su respectivo itinerario. Fórmanse grupos en el andén y vienen otros, asomándose a cada puerta abierta para hallar un asiento.

Nosotros ya estamos instalados y vemos el desfile con la impasibilidad egoísta de quien no comparte ajenas inquietudes, por haber llegado temprano. «A quien madruga, Dios le ayuda», bien lo dice el refrán.

En nuestro coche viene todo un señor general, de aspecto modesto y simpático, a quien se acercan a saludar varios oficiales; un comandante y dos capitanes franceses, un joven oficial belga y otro muchacho de la misma nacionalidad que viste uniforme de soldado. Se cruzan entre estos dos algunos preguntas y frases cordiales, sin tener en cuenta para nada las diferencias de gra-

duación. Son dos compatriotas unidos por el lazo fraternal del infortunio.

El desfile interminable de soldados sigue pasando ante nuestros ojos. Comienzan las puertas a cerrarse con gran estrépito. Los que llegan tarde corren, aturdidos. La máquina lanza, por fin, el silbido que anuncia la salida.

Otro militar entra, de pronto, en nuestro coche, pidiendo mil perdones. Al cerrar la portezuela, se vuelve precipitadamente, y por la ventanilla estrecha las manos dc una mujer pálida, enlutada, que ni llora ni dice nada, pero cuyos grandes ojos tristes permanecen fijos en el tren que se aleja despacio...

El viaje es largo, pero no se hace pesado y logramos vencer la monotonía de las horas con la charla interrumpida por la lectura del periódico o del libro y la contemplación del paisaje. La nieve cubre los tejados de las casas y las llanuras de los alrededores de París. Se ve el esqueleto de los árboles sin el ropaje de las hojas. Nadie creería que estamos casi en primavera, ni por el aspecto de la naturaleza, ni por la temperatura de que disfrutamos.

El tren hace el trayecto con la prudente velocidad de un «tren botijo» de nuestra amada patria. Paramos en cada estación. Un gentío desfila por los andenes y más militares asaltan los vagones. Ya van llenos los pasillos, y hemos tenido que estrecharnos lo posible para ceder

algo de sitio a dos oficiales que iban de pie en nuestro mismo coche. Empiezan a subir soldados y oficiales ingleses que van, por este mismo tren, a su zona de guerra.

En suma, apenas si por ahora le queda a uno el recurso de moverse o de estirar las piernas. Cada cual lee su periódico, doblándolo mucho para no apartar los brazos. El oficial belga duerme y su cabeza se balancea sin apoyo. Apenas cruzan unas palabras los demás viajeros. Quizá los comentarios que hacemos en español el Conde de Albiz y yo escama a la concurrencia, sorprendida de ver a estos dos extranjeros en plena zona de guerra.

No en vano les advierte un cartelito clavado en la pared:

«¡Callad! ¡Desconfiad! ¡Los oídos enemigos escuchan!»

Mas para romper el hielo de esa desconfianza, les dirigimos la palabra en francés, hablándoles de nuestro itinerario.

A medida que pasan las horas se descongestiona la aglomeración que invade el tren. Las paradas se hacen más largas en las estaciones, y poco a poco se vacían, primero los pasillos, después los mismos asientos.

En Amiens, cuyo andén se halla atestado de gente, bajan la mayor parte de los militares franceses.

Durante un cuarto de hora no se oyen más que voces y portazos.

Por fin, al arrancar de nuevo el tren, obser-

vamos que los uniformes *kaki* han sustituído a los azules, o sea que los ingleses sustituyen ahora a los franceses en esta su zona de guerra. Por la ventanilla vemos otros vagones cargados con aparatos de aviación, y paralelos al tren corren, veloces, por la carretera varios automóviles de la Cruz Roja.

A todo esto el oficial belga sigue aún dormido, mientras su compatriota engulle vorazmente pan y queso. Imitamos su ejemplo sacando nuestras provisiones.

Con nosotros vienen ahora dos nuevos viajeros. Son dos oficiales de caballería inglesa, altos, esbeltos, que pudieran lucir sus galas en el mismo *Picadilly*. Mi vecino, el más joven de ellos, mozo rubio, imberbe, de perfil judaico, va abstraído en la lectura de una novela. El otro, sentado enfrente, tiene esa tez de color granate, que unas veces puede atribuirse a una higiénica vida de campo y otras a una afición desmedida a la cantina. Bosteza varias veces y se queja de la monotonía del viaje.

«—¿Por qué no lee usted algo?...» —le dice el joven lector que está a mi lado pasando febrilmente las hojas de su libro.

«—No sé..., porque me aburre» —contesta el otro, indeciso, encogiéndose de hombros.

A lo cual observa el más joven:

«—Al contrario, se aburre usted porque no lee. Si leyese usted, nunca se aburriría.»

Sentencia que me parece admirable, aplicada

a la vida, en general, y que, desde luego, le capta todas mis simpatías.

Al cabo de un momento, so pretexto de preguntarle la hora de nuestra llegada a Abville, le dirijo la palabra en inglés:

«—¿Van ustedes a Abville?... Pues ya debieran llegar pronto... A eso de las dos y pico... ¿Vienen ustedes a visitar el frente?»

Le contesto afirmativamente y comenzamos a charlar, olvidándonos ambos de nuestra lectura.

¡Abville!

El tren se ha detenido y nos despedimos de los oficiales. Estamos lejos del andén y como aquí no hay «mozos», llevamos nuestros maletines y nuestros paquetes a mano.

Han bajado poquísimas personas y no vemos oficial alguno que salga a recibirnos.

¿Qué hacer?... Por entre los cargamentos que ocupan los andenes recorremos el largo de la vía.

¿Se habrán olvidado de nosotros?...

Vamos, pues, a presentarnos a la autoridad militar francesa para entregar el «pase» del ferrocarril. Entramos en una salita donde hay un capitán y dos subordinados fumando y escribiendo detrás de una mesa llena de papelotes.

Al presentarles la documentación explicamos nuestra incertidumbre.

El capitán, muy deferente, nos tranquiliza.

«—No se preocupen ustedes. El automóvil que viene a buscarles habrá tenido una *panne*. Si tar-

dara mucho yo mismo telefonearía al Cuartel General.»

Agradeciéndole su interés vamos Albiz y yo hacia la salida. Unos cuantos carruajes están estacionados junto a la acera. Salen y entran pocas personas. Los policías nos miran sorprendidos. Me dirijo hacia un sargento inglés que hay junto a la puerta, y en aquel momento llega precipitadamente un joven capitán, de *kaki*, interpelando al sargento:

«—¿No ha visto usted por aquí a dos señores españoles que debían llegar por este tren?...»

¡Al fin, nuestro hombre!...

Interrumpo:

«Soy uno de los españoles... ¡A sus órdenes, mi capitán!»

El capitán, después de saludarme cordialmente, se deshace en excusas. Ha habido un error lamentable respecto a nuestra llegada, y el automóvil militar ha ido a buscarnos a la estación de Amiens. Aun tardará unos tres cuartos de hora... ¿Queremos mientras tanto tomar té?... ¿No?... Pues vamos entonces a su pequeña *choza*.

Al instante da órdenes a un par de soldados para que lleven nuestras cosas hasta el extremo de la estación en donde está la «choza», como él dice. Este oficial es el *Provost Marshall*, autoridad militar instalada en la estación, sin cuyo permiso ningún inglés puede salir por tren de Abville.

En la pequeña caseta de madera, donde tiene

puesta su oficina, trabajan dos soldados y un sargento que despachan los «pases» y permisos. Por el hueco de la taquilla desfilan de cuando en cuando algunos *Tommies* que se trasladan a otro punto de la zona británica. Cuando es un oficial entra a despedirse del capitán.

No hay más que dos sillas, que se nos ofrecen, y el capitán se sienta sobre una caja, cerca del calorífero. Está risueño y satisfecho de romper la monotonía de su vida hablando con dos civiles. Su bigote recortado y su monóculo le dan cierto aire de *dandy*.

«Ustedes perdonarán esta hospitalidad tan primitiva, pero no puedo ofrecerles nada mejor. Aquí me paso todo el santo día. Duermo en un cuarto que he tomado justo enfrente de la estación...»

«¿Lleva usted así mucho tiempo?...»

«Mucho... Varios meses.»

«Le compadezco a usted» —digo riéndome—, «porque Abville no debe ofrecer muchos encantos.»

«¡Oh, no me compadezca!» —protesta el capitán—, «que bastante peor se pasa en las trincheras. ¡Aquello es un horror!... Tengo de ello alguna experiencia. Estuve en el Somme hasta junio pasado, que me trasladaron...»

«¿Le hirieron a usted?...»

«No, pero dos veces volé por los aires a consecuencia de una explosión de trinchera minada, y aunque mis huesos resistieron el choque de la caída, mis nervios se desquiciaron.»

Hay una pausa en nuestra charla al recordar los horrores de la guerra, que el mismo capitán desvanece, diciendo jovialmente:

«—En fin, hablemos de cosas más amenas, ya que tengo la suerte de encontrarme a dos civiles... ¿Dónde ha aprendido usted a hablar así el inglés? ¡Nunca le hubiese tomado por un extranjero!»

«—He pasado gran parte de mi infancia en Londres, donde mi padre fué Embajador de España.»

Y a mi memoria afluyen los recuerdos que brotan de mis labios; vuelvo a ver desde mi cuarto el tráfico incesante de Grosvenor Gardens y los jardines del Palacio Real, donde pasean, majestuosos, los pavos reales sobre el tapiz de hierba; y un pequeño colegio en Hamstead, y luego el gran colegio de Downside, junto a la ciudad de Bath y el risueño y fértil campo de Inglaterra, y el maravilloso paisaje de Escocia con sus lagos de ensueño, sus montañas sombrías y sus castillos legendarios...

Veo que también escuchan el sargento y los dos soldados, haciendo una pausa en su trabajo. Sin duda, mis recuerdos personales logran romper la monotonía de su vida oficinesca. Pero interrumpe el teléfono...

Desde el Cuartel General avisan que el automóvil está al llegar.

—¿Quieren ustedes que demos una vuelta por el pueblo?—nos pregunta el capitán.

Y aunque los nubarrones amenazan con una descarga fluvial, aceptamos la propuesta. Ha hecho tan mal tiempo en esta zona, que chubasco más o menos resulta de escasa importancia. El piso está imposible y nuestros pies se hunden en el lodo. Tomamos por lo que parece la calle principal del histórico pueblo de Abville. Las casas son bajas y los escaparates de sus tiendas muy pobres. Juegan los chiquillos, al borde de la acera, como en todas partes. Frente a algunos portales hay un grupo de viejos que llevan boínas y blusas y fuman sus pipas apaciblemente. Pasan motocicletas y enormes carros-automóviles conducidos por soldados ingleses.

Nuestro paseo dura sólo unos minutos. Vienen a avisarnos que nos espera el automóvil en la estación.

Cuando llegamos, frente a la «choza», vemos que los soldados cargan nuestro equipaje en un auto grande y confortable, abierto, pero con la cubierta extendida para protegernos de la lluvia. Empieza a gotear...

El capitán, que viene a nuestro encuentro, es un coloso, de uniforme escocés. Su rostro es jovial y su cabello y bigote ya están agrisonándose.

«—Tengo la orden de llevar a estos señores hasta el castillo de Tramcourt... Perdonen ustedes el retraso, pero tiene la culpa un dichoso neumático... Si ustedes no mandan otra cosa, podemos salir en seguida para llegar antes de ano-

checer... Tardaremos una hora y pico en llegar a Tramcourt...»

Nos despedimos cordialmente del joven *Provost Marshall*, y bien envueltos entre pieles y mantas, nos instalamos Albiz y yo en los asientos de atrás, dejando en el pescante al mecánico y al capitán.

¡Adiós a Abville!...



EL CHATEAU DE LAS VISITAS



III

EL automóvil corre veloz por las carreteras largas, solitarias... ¿En qué se nota la zona de guerra?... No se ven gentes; apenas aquí y allá alguna caseta. Campos y más campos; llanuras verdosas y risueñas, de enorme extensión, apenas manchadas por la nieve. Pasan a los lados del camino, con rítmica monotonía, el esqueleto invernal de los árboles y los postes del telégrafo. Hace frío. Cae una lluvia tenue, fina, y a distancia, allá en el horizonte, aparecen nublados los bosques como al través de una gasa vaporosa...

El apacible paisaje de Picardía se envuelve de tonos grises y plomizos. La calma, el silencio, la soledad reinan sobre estas campiñas, donde a lo lejos surge la torre de una iglesia o dan vueltas las aspas de un molino.

A una vuelta de la carretera, el capitán escocés extiende el brazo:

—¡Este es el campo de batalla de Crecy!

¡Crecy!

Al oír el nombre, surge en mi memoria una de las batallas más gloriosas de la Historia de Inglaterra. ¡Crecy, Agincourt, Poitiers, nombres clavados como espinas, durante varios siglos, en el corazón de los Reyes de Francia!... Y por la fuerza de la evocación, esta llanura desierta, parece poblarse de pronto de reyes y de caballeros, de heraldos, pajes y arqueros. Vemos relucir, bajo un sol imaginario, esplendentes armaduras y escudos nobiliarios. Se agitan los penachos, suenan los clarines, chocan en disonante concierto metálico las espadas y las lanzas. Una lluvia de flechas vibra por los aires. Caen, entre gritos y golpes feroces, hombres y caballos...

Desde la altura de una pequeña colina, el Rey de Inglaterra, el gran Eduardo III, contempla, junto a un molino, la batalla. En lo más intenso de la lucha vienen a decirle los mensajeros que la caballería francesa, bajo el mando del Conde de Alençon, amenaza dar al traste con las fuerzas del Príncipe de Gales. Urge socorrer al Príncipe.

—Entonces el Rey pregunta:

«¿Ha muerto mi hijo?... ¿Le han herido?... ¿Ha caído siquiera del caballo?...»

Y como los mensajeros aseguran que nada de esto ha ocurrido por fortuna, el Rey contesta dignamente:

—Pues dejad solo al chico... Quiero que él mismo se gane sus espuelas de caballero, y que, además, con la ayuda de Dios, gane esta batalla.

Y el joven *Príncipe Negro,* al oír esto, redobla sus esfuerzos y comienza a forjar allí mismo su leyenda heroica. Pero no es el único héroe de aquella jornada memorable. El ciego Rey de Bohemia ha hecho sujetar su caballo al de un vasallo suyo y clama: «¡Llevadme hasta lo más compacto de la lucha! ¡No quiero morir sin hacer buen uso de mi espada!» Y cae entre un montón de heridos y de muertos en lo más recio de la pelea.

Crecy no es sólo una fecha en la Historia de Inglaterra, sino que es una fecha en la historia militar. En ella se probó la superioridad de la infantería inglesa sobre la caballería de los grandes señores de Francia. Las flechas de los ingleses hicieron una hecatombe en el ejército del Rey Felipe. Cuando éste, al comenzar la batalla lanzó al ataque sus quince mil arqueros genoveses, tenían éstos el sol de frente cegándoles y estaban mojadas las cuerdas de sus arcos por la lluvia torrencial de aquella noche. Más previsores los ingleses, habían cubierto sus arcos durante el temporal y pudieron hacer uso de ellos, acribillando al enemigo. Pronto, entre las filas genovesas reinó la confusión y el pánico, aumentado por las bolas de hierro que arrojaba la infantería inglesa para asustar a los caballos de los jinetes franceses. Y después de una sangrienta lucha, el Rey Felipe de Francia, tuvo que huír con sus nobles vasallos, dejando este nuevo triunfo a las armas de Inglaterra...

¿Qué diríais, espectros gloriosos de tantas hazañas heroicas si en esta misma tierra que regasteis durante cien años con lo mejor de vuestra sangre, vierais unidos los dos ejércitos adversarios en fraternal alianza contra el común enemigo?...

¡Oh amarga ironía de la Historia!

Cuando llegamos al pueblecillo de Tramcourt ya anochece. Pronto entra el automóvil por una avenida sombría de árboles que pertenece al propio Chateau de Tramcourt, histórica mansión, hoy alquilada por el Gobierno inglés para los convidados a visitar el frente occidental. ¡Así se hacen las cosas!... Este «chateau de las visitas», *Visitor's chateau*, ya lo dice un cartel—será, pues, nuestro cuartel general desde donde haremos nuestras excursiones.

El auto gira y se detiene frente a la entrada principal, iluminada.

Precipitadamente bajan los escalones unos *Tommies*, rasurados y limpios, para subir nuestro equipaje. Entramos en el *hall*, y lo primero que nos llama la atención son los antiguos retratos de la ilustre estirpe de Tramcourt, cuyos vástagos parecen mirarnos como a intrusos.

Un comandante muy alto, de pelo y bigote rojo, nos da la bienvenida y nos presenta a otros dos oficiales. Uno de ellos es el capitán Fowler, que ha residido en Argentina varios años y habla perfectamente el español, pero sin adulterar el

idioma con el *che*. Han tenido la atención de nombrarle «cicerone», durante nuestra visita al frente inglés, por si no sabíamos más que el español. ¡Estos ingleses piensan en todo!

«—El capitán Roberts ruega a ustedes que disculpen su ausencia —» nos dice el comandante Scott... «pero ha tenido que ir a Boulogne a recibir a los cuatro diputados ingleses que llegan aquí esta noche... Ya no deben tardar.»

El capitán escocés ha sido convidado a comer en nuestra compañía, y pasamos al gran salón del *chateau*, donde arde, en la vasta chimenea, un fuego hospitalario, junto al cual nos cobijamos. Estamos helados, y nuestras caras tienen tonos de carmín. Se nos sirven al instante *grogs* y *whisky* para entrar en calor y la conversación general se inicia, animada.

Al ver surgir los retratos antiguos de la noble familia de Tramcourt en sus marcos dorados que destacan sobre la seda roja del salón, pregunto de quién es propiedad esta mansión señorial.

«Hoy día», se me contesta, «pertenece al Conde de Chabot, de la familia de los Rohan-Chabot, que está casado con la hija mayor de la difunta Marquesa de Tramcourt. Nuestro Gobierno lo ha alquilado para alojar en él a sus convidados. Aquí se ocupa de todo el capitán Roberts, y nosotros turnamos en calidad de «guías» a cada partida de visitas.»

Vienen a decirnos que están preparados nuestros cuartos. Atravesamos el *hall,* cuya tempe-

ratura evoca regiones polares; subimos la escalera, que al primer descansillo toma dos ramificaciones de aspecto palaciego, y luego, tras de una cortina, otra escalerilla de caracol. Todo aparece tétrico y sombrío. No hay luz eléctrica. Un *Tommy* muy joven, irlandés por el acento, que ha de servirme durante mi estancia, me lleva hasta la habitación donde he de asearme y cambiarme de ropa a la luz de dos bujías.

Por los cristales la luna colabora amablemente a esta primitiva iluminación, convirtiéndose en lámpara celeste que, desde su región etérea, se apiadara de este pobre mortal buscando su ropa entre las sombras.

Cuando Albiz y yo bajamos al salón, reina allí gran vocerío y animación. Han ya llegado los parlamentarios ingleses y el capitán Roberts—alto, atlético, prototipo de estos soldados británicos que fueron siempre «sportsmen» y hombres elegantes—, nos da una cordial bienvenida y nos presenta a los cuatro diputados de la Cámara.

Son éstos tres liberales, Mr. Harris, Mr. Gulland y Mr. Samuel y un «unionista» (conservador), Mr. Tyrrel.

Mr. Harris, que ha de ser luego mi vecino de mesa, tiene el pelo gris y la faz rasurada, apacible, de un pastor protestante. Mr. Gulland es, en cambio, un barbudo con gafas y cierto aire, no sé por qué, de profesor de lenguas muertas. Ambos parecen, al instante, afables y corteses. En cambio, la faz chata, los lentes gruesos

y la expresión terrible de Mr. Tyrrel inspiran cierta desconfianza. Sus modales son bruscos. Habla poco. Cuando entra algún desconocido, creeríase que va a morderle, pero debo advertir que es infundado este pueril temor. El diputado unionista no muerde y no nos dió en toda nuestra excursión otro motivo de inquietud que el inspirado por su aire poco abordable.

Last, but not least viene el más joven y también el más ilustre de ellos, Mr. Herbert Samuel. Delgado, juvenil, apenas si algún hilo de plata se percibe en su cabello y su bigote negro. Sus ojos obscuros miran, pausadamente, las personas y las cosas. Su semblante es sereno, impasible, como de hombre acostumbrado a afrontar problemas y conflictos. Mr. Herbert Samuel ha hecho una brillante carrera política. Ha sido ya Canciller del Ducado de Lancáster, Director general de Correos y, por último, *Home Secretary* (ministro del Interior) en el Gabinete Asquith. Es, además, el único miembro de la antigua situación liberal, a quien Lloyd George, al tomar la presidencia, ofreció un puesto que no aceptó por solidaridad hacia su jefe Asquith.

Nunca celebraré bastante la coincidencia que me hizo visitar el frente occidental en compañía de persona de tan vasta ilustración como agradable trato. Él y sus colegas tuvieron para nosotros mil deferencias y atenciones.

Antes de comer pasamos a la biblioteca, don-

de sobre una mesa enorme hay abundante literatura de la guerra, redactada en todos los idiomas. Allí me hacen ver mi folleto *La Verdad sobre la Guerra* y mi libro *España ante el Conflicto Europeo*, que no esperaba hallar en esta zona militar. En seguida recae la conversación sobre la guerra y la opinión en los países neutrales.

Nos anuncian la comida, a la cual hago honor. La mesa, iluminada por tres grandes «quinqués», está bien servida, la cocina es sencilla, pero buena, y los vinos abundantes. Son los mozos de comedor dos *Tommies*, y hace funciones de mayordomo el sargento. Cuando hay más convidados y se complica el servicio, acude un cabo y otro soldado.

Mi vecino, el diputado Mr. Harris, interrumpe su conversación conmigo para observar que esta variedad de vinos está en pugna con la sobriedad recomendada en la guerra.

Un oficial, que le ha oído, exclama desde el otro lado de la mesa:

«¡No hable usted mal del alcohol. Es tan necesario para defenderse contra el frío como la artillería para defenderse de los alemanes!»

Y, al contemplar su tez enrojecida, todos ríen.

Cuando pasamos a la biblioteca, donde se sirve el café, los cigarros y los licores, los cuatro diputados fingen una enérgica protesta contra estas delicadezas de sobremesa.

La entrada del capitán Roberts pone fin a es-

tas bromas. Viene de telefonear al Cuartel General y de arreglar nuestro itinerario para el siguiente día. Debemos salir en automóvil, hacia las ocho de la mañana. Es preciso madrugar. Desde las ocho estará servido el desayuno en el comedor.

Alguien pregunta:

«¿Cuál es nuestro itinerario?...»

«Van ustedes hasta Bélgica, a visitar Ipres...»

Un murmullo de expectación acoge esta noticia. Se habla de las ruinas, de la arquitectura destruída, de lo interesante del trayecto, de mil cosas. Unos cuentan sus impresiones de la guerra. Otros optan por retirarse al lecho, dado el madrugón que nos espera.

Soy de estos últimos. La fatiga del largo trayecto desde París pesa ya en mis párpados, abrumados por el sueño.

Y al cabo de un rato más de charla, nos despedimos en el *hall*, donde sobre una mesa están encendidas las bujías que han de alumbrarnos hasta las alcobas por este castillo sombrío y misterioso, en que los espíritus de sus antiguos y linajudos moradores deben juzgar nuestra presencia como una profanación.



LA CIUDAD MUERTA: IPRES



IV

DECIDIDAMENTE el tiempo no quiere contribuir a los encantos de nuestra excursión. Ha nevado durante la noche, y ahora sopla el viento como si quisiera desarraigar los árboles que adornan la avenida del *chateau*. Un paisaje nevado resulta muy bonito cuando se contempla al través de la ventana, junto a la chimenea, pero se admira menos cuando hay que recorrer en automóvil varias leguas y luego andar a pie.

Y el levantarse antes de la siete con esta temperatura polar que penetra, no sólo en las habitaciones, sino hasta los propios huesos, es una hazaña heroica, digna de mención y de alabanza.

Menos mal que abajo nos reconforta, en el comedor, además de la lumbre, un desayuno «a la inglesa», lo cual quíere decir café o té con abundante cantidad de pan, manteca, huevos, compotas, mermeladas, etc.

Allí va llegando cada uno cuando le parece.

Allí, después del *good morning*, se abordan temas tan inofensivos como el «¿ha dormido usted bien?... «¿cree usted que mejorará el tiempo?...» Y se discute la conveniencia de llevar gorra, sombrero o impermeable en lugar de gabán.

Mis queridos amigos los ingleses tienen, generalmente, una aptitud casi infantil para sostener una conversación sobre las cosas más anodinas de la vida. Por algo decía un humorista inglés que, el hacer chistes o lucir su ingenio a la hora del desayuno, es del peor gusto posible; va contra las costumbres.

Alguien me compadece diciendo que debo lamentar la ausencia del «bello sol de España».

Y yo, claro está, por patriotismo, me callo el temporal de que gozábamos en Madrid cuando nos marchamos. ¿Para qué destruir esta leyenda del eterno cielo azul?... ¡Dejadles que envidien nuestra «inquebrantable neutralidad» y que se figuren hemos pasado un primaveral invierno, entre naranjos, bajo un sol deslumbrador!

Antes de salir, hemos tenido tiempo de fumar y de leer los periódicos recién llegados. Nadie se figuraría estar en la «zona de guerra» al ver estos detalles de comodidad. Más bien cree uno hallarse en cualquier hospitalario castillo de Inglaterra.

Dos automóviles nos aguardan frente a la entrada principal, guiados por otros dos *Tommies*. Sale de su habitación el capitán Roberts a despedirnos y tardamos un buen rato en salir, tal es

la cantidad de mantas, gabanes, impermeables, gorras y anteojos que llevamos para hacer frente a todas las posibles variaciones del temporal.

Al entrar en el automóvil, mi pie tropieza con unos cascos de metal.

«¿Qué es esto?...», pregunto, sorprendido, al capitán Fowler, que ha subido al pescante.

Y levanto a la vista unas bolsas con correas que hay junto a los cascos.

«Son las caretas para gases asfixiantes y los cascos de guerra», explica el capitán.

«Pero ¿de veras necesitaremos esto?...»

«Aquí no, pero allá es muy posible. ¡Vamos, señores, que se hace tarde!»

... Cesa el ruído de voces y termina la instalación definitiva.

Yo voy en un auto abierto con el diputado Mr. Harris y Juanito Albiz. Delante va nuestro guía el capitán Fowler con el mecánico militar, y ambos llevan unas gorras de cuero que les tapan las orejas y el cuello, dándoles cierto aire de buzos. Nuestro coche es abierto, y sopla un aire glacial que nos obliga a cubrirnos hasta las narices.

Ante nosotros desfilan los majestuosos árboles de la avenida del castillo de Tramcourt, y pasamos las casitas pintorescas del pueblecito.

El capitán Fowler se vuelve hacia nosotros.

«Mañana nos detendremos en el campo de batalla de Agincourt, que está aquí cerca.»

«¿Y por qué no ahora?»

«Porque tenemos que recorrer muchos kilóme-

tros antes de llegar a Bélgica y visitar Ipres. Después de Ipres regresamos a Bailleul para almorzar.»

«¡Ipres, Bailleul! Son nombres que evocan los preludios de la tragedia y los sangrientos episodios de la campaña de 1914, después de la retirada de Mons-Charleroi. Bailleul era, en esos días angustiosos, Cuartel General de las diezmadas tropas británicas, y en Ipres los soldados del hoy Mariscal Haig sostenían una épica batalla contra los ejércitos del Kaiser, deteniendo la avalancha formidable.

¿Qué efecto harán, en nuestro ánimo, esas ruinas, consagradas por el heroísmo?...

Hasta ahora nada vemos por los caminos que parezca recordarnos las proximidades de la guerra. Las carreteras están desiertas. A pesar de la nieve y de las recientes lluvias, que enturbian el paisaje con el lodo, el piso está en perfecto estado, y ruedan veloces los coches.

A la izquierda hemos dejado Saint-Omer, famoso ya en los partes oficiales. Sus torres se hunden poco a poco en la línea del horizonte, y sólo entonces comienzan a desfilar ante nosotros los hilos de esta enorme red que forma y organiza el servicio de retaguardia en una guerra moderna.

Pasan con velocidad vertiginosa motocicletas y *side-cars*. Unos guiados por *Tommies*, que llevan mensajes urgentes; otros con oficiales que se trasladan de pueblo a pueblo. Luego son los

coches camiones de la Cruz Roja. Más tarde vemos adelantar, con un ruído infernal, enormes automóviles de transportes que recuerdan a los carros de mudanzas. Estos monstruos van despacio, como agobiados por su propio peso, formando una larga hilera parecida a la de un tren en marcha.

Sentados en cada pescante, van tres soldados, que saludan, al pasar, a nuestro capitán, y cuyos rostros, enrojecidos por el frío, destacan sobre los gruesos gabanes castaños.

Apenas han desfilado se pregunta uno cómo no quedan profundos surcos en la carretera, capaces de atascar el tráfico. Pero aquí y allí vemos pequeñas patrullas de hombres con palas y piquetas, que nos dan la explicación. Continuamente se trabaja en el perfeccionamiento de las carreteras. Unas veces son los peones, viejos aldeanos franceses pagados por la autoridad militar inglesa, y otras prisioneros alemanes que, al pasar, nos miran sorprendidos de ver a estos civiles recorriendo la zona de guerra.

El diputado ingles que nos acompaña manifiesta su extrañeza de que haya soldados alemanes, dedicados a estos trabajos, tan lejos de la línea de fuego.

«Precisamente donde no se les deja trabajar es junto a la línea de fuego», explica nuestro guía, el capitán.

«Tienen un trabajo muy limitado, y como verá usted, parecen estar *in very good spirits...*»

Y ¿cómo no han de estarlo, si han pagado su tributo a la guerra, salvando el pellejo, y no pasan ya malos tratos, inquietudes, fatigas, terror, bajo la metralla ni la continua amenaza de la fosa común o del hospital?...

La serena expresión de sus rostros y el volumen de sus cuerpos atestiguan un buen trato. No es el inglés capaz de humillar ni de martirizar a sus prisioneros. Siente odio hacia Alemania como país responsable de la guerra, pero no hacia el alemán como individuo, que si estos infelices, de aspecto tranquilo y pacífico, han podido cometer horrores en Bélgica y en Francia cuando formaban parte del ejército, ha sido bajo el terror de una oficialidad implacable, empeñada en aplicar al adversario procedimientos inquisitoriales. Seguro estoy de que ninguno cambiaría otra vez la pala por el fusil. No hay más que verlos...

Un nuevo convoy llama nuestra atención. La bocina del auto lanza su aviso estridente para despejar la carretera y vemos una larga fila de lo que, a primera vista, parecen armones de artillería. Son las cocinas ambulantes. Van apoyadas sobre las ruedas de atrás y humean los hornos encendidos. Junto a cada horno hay dos soldados que guisan el rancho a medida que marchan. Los caballos, embadurnados de lodo hasta el vientre, llevan un paso lento, y los jinetes, cuyas botas se hallan también salpicadas de barro, fuman sus pipas con británica serenidad.

En la guerra moderna son tan grandes las dis-

tancias y es tan importante el no malgastar el tiempo, que ya no se guisa en los campamentos haciendo largas paradas, sino a paso de marcha. Son muchos los kilómetros que se recorren para alimentar a diario más de dos millones de hombres.

Y, durante el trayecto, vamos descubriendo múltiples facetas de esta inmensa preparación guerrera. Unas veces contemplamos en los aires, contra el cielo gris, la silueta negra de un avión inglés haciendo evoluciones. Otras, a lo lejos, aparecen largas filas de hombrecitos de *kaki* maniobrando en las grandes llanuras. Y así, este ejército «improvisado», se adiestra cada día, lo mismo detrás de las trincheras que en la línea de fuego, para luchar y vencer a la más formidable organización guerrera que ha conocido el mundo.

Nos detenemos en Cassel, que es hoy Cuartel General del segundo Cuerpo de ejército. Antes de parar el automóvil nos ha preguntado el capitán Fowler si llevamos todos nuestros «pases» militares y nuestros pasaportes.

«Hay que enseñarlos en la frontera belga» —nos dice, mientras buscamos en nuestros bolsillos la documentación.

Pero yo busco inútilmente. ¡Me he dejado todos los papeles sobre la mesa de mi cuarto en el castillo de Tramcourt! ¿Qué hacer?...

Perplejo, el capitán se dirige, solo, hacia el Cuartel General para que se le facilite un permiso

especial, a fin de no vernos detenidos en Abécle. Mis compañeros me dan bromas acerca de este contratiempo y me aseguran que seré detenido por espía en la frontera y fusilado. Y en el mismo tono de chanza dicto mis últimas disposiciones testamentarias repartiendo mis prendas entre ellos.

La llegada del capitán Fowler con un comandante que viene hasta el coche a despedirle, pone fin a este intermedio cómico. Trae en la mano un permiso amplio, definitivo, que allanará todas las dificultades, y pronto nuestros automóviles dejan atrás la gran plaza, los edificios agrisonados de Cassel, las tiendecitas y los «estaminets».

Cuando llegamos a Abécle el carabinero belga saluda militarmente, y después de echar una rápida ojeada sobre el papel que le tiende el capitán, nos cede el paso...

¡Ya estamos en Bélgica!...

Bajo el cielo nublado, el paisaje risueño del único rincón de tierra belga que se salvó del furor teutónico parece desconocer los horrores de la sangrienta tragedia en que han perecido millares de hijos suyos. Algunas aldeanas viejas salen de sus casitas para vernos pasar. El río, turbio, corre silencioso, y por el puente vienen otros transportes militares.

¡Bélgica! ¿Quién no pronunciará hoy día este nombre con veneración?... Esta es la tierra inundada por la sangre de los héroes. La pequeña faja de terreno que aun se conserva libre de ultrajes,

bajo la paternal autoridad de Alberto, el Rey glorioso, vale por todas las conquistas y despojos del águila germana... ¡Y al instante en nuestra imaginación surge el resplandor de esas hogueras que se llaman Lovaina, Malinas y Brujas, cantadas por la intensa lira del inmortal Verhaeren!... Adivinamos, antes de verlas, esas lúgubres ruinas de Ipres, en que el Marte teutón sació sus iras... Vemos las muchedumbres, alocadas, sin hogar y sin patria, recorriendo los caminos en busca de la frontera hospitalaria que les abre las puertas del destierro...

Aquí mismo pisamos el suelo sagrado de la epopeya belga de 1914.

A lo lejos aparece Ipres, nublado, confuso, bajo un celaje de nubarrones negros, que parecen los crespones de su cadáver glorioso.

¿Recuerda el lector este calvario de la bandera belga hasta que la avalancha alemana se estrelló contra el dique anglo-francés?

Eran los días trágicos, palpitantes, en que el general de Maud'huy resistía en Arras el ataque de von Below; en que Smith-Dorrien se replegaba sobre La Bassé, empujado por los bávaros, que arrojaban sobre ellos, sus batallones; y en que, junto a Messines, el ejército de von Besseler, el vencedor de Amberes, dejaba sólo vestigios del pequeño ejército belga.

Tuvo lugar entonces la épica defensa de Dixmude por los 8.000 marinos —los ocho mil héroes— del Almirante Ronarck. Aquellos bretones, rubios,

jóvenes, imberbes, a quienes llamaban los soldados irónicamente *les demoiselles aux pompons rouges*, a causa de sus tipos y de sus gorras, realizaron acaso la hazaña más formidable y gloriosa de toda la campaña del 14, deteniendo una semana a los ejércitos del Kaiser, bajo una continua lluvia de fuego, haciendo fracasar el intento de carrera hacia Calais y evocando, en suma, por su arrojo, su valor y su tenacidad bretona la sublime hazaña de las Termópilas.

Ipres era defendido, a su vez, por las valientes tropas de Sir Douglas Haig, cuya tercera y séptima división de caballería fueron diezmadas por el enemigo. El hoy comandante en jefe de los ejércitos británicos tenía entonces su Cuartel General en el mismo Ipres, junto al edificio antiguo del renombrado Ayuntamiento, por donde desfilaban las tropas franco-inglesas. ¡Bien poco sospechaban entonces los pacíficos ciudadanos de Ipres que su ciudad maravillosa caería en ruinas al alcanzarla el volcán de la guerra...

Y estalló la explosión en los primeros días de noviembre del año fatal para Europa. Comenzó en esa fecha el famoso ataque de la Guardia Prusiana. El Kaiser, antes de la batalla, había arengado a sus tropas acerca de la necesidad estratégica de arrojar de Ipres a los ingleses; esperaba de sus valientes soldados del *Landsturm* y *Landwer* un sacrificio heroico. Y el sacrificio fué heroico, en efecto, pero estéril. Costó ríos de sangre y montones de cadáveres. En vano

la Guardia Prusiana, flor del ejército alemán, se arrojó con impetuosidad feroz sobre las posiciones inglesas, arrebatándoles una línea de trincheras... Fueron barridos por la metralla, a pesar de la incesante ola de sus batallones. El «pequeño e insignificante ejército» de Haig y los bravos *Tommies* de Lord Cavan, luchando contra un adversario diez veces superior en número, dieron pruebas de su estoico heroísmo, y allí, por vez primera, el David inglés vencía al Goliat teutón ante el asombro del mundo.

Haig mismo, en su parte oficial, dijo al comentar esa jornada memorable: «Es dudoso que en los anales de la infantería inglesa se registre una acción más notable.» La sobriedad de la frase equivale a un monumento en honor de las armas británicas. Las dos batallas de Ipres fueron un desastre para los ejércitos del Kaiser, que, por no haber oprimido bajo sus garras a la histórica ciudad, siguen, no obstante, con tenacidad implacable, bombardeándola a diario.

Cuando llegamos a las proximidades de Ipres va aumentando el lejano estrépito del cañoneo. Paran nuestros automóviles, y el capitán Fowler, volviéndose hacia nosotros, ordena que saquemos de sus respectivos sacos las caretas de gases asfixiantes.

«¿Hay algún peligro?...»—pregunta con cierta inquietud uno de los nuestros.

«No lo sé, pero el viento es malo y quizá envíen gases de regalo... Más vale que ensayen

ustedes, antes, a aprender a ponerse la careta con toda rapidez.»

En vista de esto nos quitamos los sombreros y ensayamos la careta con sus vidrios grandes, su mandíbula en forma de saco y sus cordones para amoldarlos a la forma de cabeza. Después del pequeño ensayo volvemos a quitárnosla para llevarla a mano, caso de necesitarlas, y nos cubrimos con los cascos metálicos.

De nuevo arrancan los automóviles y aumenta el eco del cañoneo en el silencio tétrico. Los nubarrones se aglomeran sobre la ciudad muerta. Surgen las siluetas ennegrecidas de Ipres entre sus ruinas tenazmente defendidas. La nieve blanquea los árboles y el agua forma hondos charcos en el lodo de la carretera. A un lado y a otro del camino vemos las alambradas rotas, los postes caídos, los muros derrumbados. Los montones de piedras y de escombros atestiguan los efectos de las explosiones que han sembrado la muerte y la miseria.

¿Qué fueron, al lado de esto, los incendios y los pillajes de sus antiguos conquistadores?... Ni los asaltos de Ipres por los franceses, ni las sangrientas represiones del implacable Duque de Alba, tienen comparación con el trágico epílogo que le ha tocado en suerte a la vieja capital flamenca, célebre antaño por sus encajes y tejidos, célebre ahora por su calvario y su heroísmo. No queda un ciudadano entre sus muros, ni casi un tejado sobre sus paredes. El espíritu de la ciudad pa-

rece vivir, sin embargo, en medio de aquella agonía perpetua que sólo ha dejado en pie el esqueleto de los edificios. De los grandes boquetes negros de las ventas, creeríase que fueran a surgir los espectros de las víctimas, cual furias infernales.

Ipres es hoy día una visión macabra parecida a las monstruosas alucinaciones que turbaron el cerebro de Wirtz, cuyos geniales lienzos recuerdo haber visto en Bruselas, cuando era todavía niño. Un sentimiento de estupor y de angustia embarga nuestro ánimo al pasar por las calles de la ciudad muerta. Por todas partes nos rodean las ruinas como si un volcán o un terremoto hubiese desolado toda aquella comarca. Si no fuera por el continuo tronar del cañoneo me imaginaría revivir, en sueño, alguna extraña peregrinación a una ciudad fantástica que hubiese merecido la suerte de Pompeya.

Los automóviles van lentamente, mientras miramos, extasiados, todos estos edificios derrumbándose. Persianas que se agitan al viento; mansiones desiertas donde el empapelado descolorido de los muros está hecho jirones; destrozos de muebles surgiendo por entre los vestigios de un tejado destruído; torres inclinadas en un equilibrio inverosímil; montones de cal y de arcilla: todo un naufragio de arquitectura en el cual apenas se ha salvado una fachada antigua, el cartel de una tienda, acá una columna, allá un balcón o un portal cuyo estilo evoca esplendores

fenecidos. La estación de Ipres está casi destrozada. La famosa Rue au Beurre, más castigada que otras calles, bien pudiera parecer, a la luz del crepúsculo, una Vía Apia de monumentos fúnebres.

Cuando acercamos al vasto edificio amarillento del Hospicio, sale a recibirnos el *Town Mayor*, el comandante de la plaza. Es un hombrón de pelo y bigote rojo, y el octavo comandante inglés que ha tenido Ipres. Los otros siete los han matado. ¡Mala herencia!

Él es quien dirige nuestro itinerario por las callejuelas sombrías. A veces, a la vuelta de una esquina, saluda un centinela, cerrándonos el paso, ya porque en aquel lugar se esté derrumbando algún edificio, ya porque pueda caer una granada sobre nuestras cabezas. Los alemanes siguen bombardeando Ipres a diario como si no quisieran dejar de ella piedra sobre piedra. El cañoneo suena con estrépito y luego se prolonga como el rumor de un trueno.

Ahora mismo los soldados ingleses están en las trincheras. Al manifestar yo mi asombro de que la histórica ciudad se halle desierta, el comandante exclama.

«¿Desierta?... Esto le parece a usted, porque lo están las calles, pero en Ipres hay miles de soldados. Sólo que viven como topos, bajo tierra. Cuando no están en los subterráneos, están en las trincheras.»

El Hospicio, el Asilo de locos, los edificios más

vastos de Ipres, sirven a las tropas de refugio. Al pasar por alguna plazoleta antigua, vemos patrullas de soldados ejercitándose. El comandante va señalándonos a un lado y a otro las maravillas arquitectónicas de la ciudad mutilada; lo que aun queda de la fachada del antiguo edificio de los Templarios; la perspectiva general de Ipres con las torres puntiagudas de su célebre *Halle des Drapiers,* uno de los más hermosos monumentos de que se ufanaba Bélgica, fundado por el Conde Baldwino IX de Flandes.

En la gran plaza, detenemos los automóviles para contemplar de cerca este espectáculo desolador. La hierba ha crecido por entre las piedras del suelo, dándole un triste aspecto de abandono. Sólo quedan ilesos los faroles nuevos, a los que no ha alcanzado las granadas enemigas.

De lo demás... ¿cómo expresar la melancolía que inspira esta profanación en nuestro *civilizado* siglo?... Cierto es que aun queda en pie la mayor parte del vasto palacio que fué el *Mercado de pañeros*, sencillo, grandioso y señorial a un tiempo... pero, ¿y las estatuas que adornaban la cornisa?... ¿Y sus torres tambaleándose, que no se vienen abajo por los andamios que han puesto para sostenerlas?...

Sí, estos bellos tesoros del pasado están heridos de muerte... Sus ruinas, serán siempre el oprobio de los europeos que olvidaron su origen civilizador. Nunca más la humanidad arrepentida podrá resucitar la historia y la leyenda, porque

todos los revocos y las obras no resucitan el espíritu de las cosas muertas.

Esto es lo que pensábamos al mirar ese maravilloso Ayuntamiento, obra del siglo XVII, con su bella arquitectura, estilo Renacimiento, que cinceló Jon Sporeman. Nada tampoco podrá reemplazar los escombros del edificio de las *Halles*, ni los vidrios de colores, hoy pulverizados, de la hermosa Catedral de San Martín. El templo, en su interior, ha sido terriblemente averiado por las explosiones. Sólo aparece ilesa, al exterior, la estatua moderna del estadista belga Vandeerpereboom, mirando, impasible, desde su pedestal, estas huellas trágicas de la demencia humana...

A distancia el cañoneo parece anunciar los funerales de la antigua ciudad belga. Asistimos al crepúsculo sangriento de Ipres, cuyo nombre hoy sólo evoca ruinas y desolación...

¡Pobre ciudad muerta, ofrecida como víctima expiatoria al furor de Marte, que no quiso apiadarse de los débiles!



LOS INGLESES EN FRANCIA



V

LAS torres ennegrecidas de Ipres desaparecen poco a poco en el horizonte, y aun nos sentimos agobiados por la impresión desoladora de sus ruinas, como sucede cuando despertamos de una pesadilla antes de que el espíritu se sobreponga a las fantasías de la alucinación.

Y mientras el automóvil se aleja velozmente de la ciudad muerta y se atenúa el rumor del cañoneo, murmuro entre dientes:

«¡Qué pena!... Todos estos horrores de la guerra parecen un sueño macabro y absurdo...»

El ex ministro inglés Mr. Samuel, a cuyo coche cerrado he subido, a causa del frío intenso, hace coro a mis lamentaciones:

«Sí... Yo no le quiero a usted decir el efecto deplorable que me ha causado el volver a ver Ipres.»

«... ¡Qué! ¿La conocía usted antes de la guerra?.»

«No; vine por aquí el 14, después de la inva-

sión, pero entonces no había sufrido tanto Ipres del bombardeo y quedaban aún muchas casas en pie, muchos tejados ilesos... Esta ciudad ha sido muy castigada... ¡Quién sabe lo que dejarán todavía las granadas!... Acaso hayamos presenciado el fin de Ipres...»

Hay una pausa, un silencio triste al evocar el calvario de las ciudades belgas. Para disipar un poco esta melancolía, cambiamos de conversación.

«¿Dónde vamos ahora?» —le pregunto.

«Vamos a Bailleul, a almorzar» — contesta Mr. Herbert Samuel, mirando detenidamente un mapa que tiene extendido sobre sus rodillas.

Yo me he quitado, como él, mi casco metálico, y reniego en voz alta de los clavos, que me hieren la frente.

El ex ministro sonríe.

«No hable usted mal de estos cascos. Han prestado muchos servicios al ejército y evitado no pocas heridas al soldado. Era tal nuestra imprevisión cuando estalló la guerra, que no teníamos nada de esto... Hubo que hacerlo todo, desde los cascos y las caretas para gases asfixiantes, hasta la artillería gruesa...»

«Sí, ha sido admirable» —observo yo— «que en tan poco tiempo hayan ustedes podido vestir y armar a todo este formidable ejército.»

«Y el vestir» —dice Mr. Samuel— «fué más acertado desde un principio. En la guerra del Transvaal y en Egipto nuestros hombres vestían ya de

kaki. En cambio, un ejército tan adiestrado y experto, como lo es el francés, no pensó de antemano en lo vulnerable que es hoy día el pantalón rojo, incluso a largas distancias. ¡Parece mentira!»

«¡Es verdad! Las dolorosas lecciones de la experiencia han transformado la estética del uniforme, como los métodos de combate... Y transformarán también la sociedad moderna y la política de las naciones... ¿No lo cree usted así?...»

El ex ministro inglés inclina la cabeza afirmativamente, y dice:

«Desde luego... La liquidación de la guerra, es decir, el problema de la paz, será tan importante como la guerra misma.»

«Y la guerra, ¿puede durar aún?...»

«¿Por qué no?...»

«Pero, ¿y los millones que le cuesta por día a Inglaterra?...»

«Tenemos grandes medios financieros»—responde, sin énfasis, el ex ministro inglés—«y más nos costaría el perder esta guerra. Cuanto tengamos hemos de ponerlo en la balanza y en la de nuestros aliados.»

«Entonces» —digo yo— «se cumpliría la profecía de Lord Kitchener, que auguró desde un principio tres años de guerra».

«La guerra durará lo que resista Alemania» —afirma Mr. Samuel, con su imperturbable calma británica.

¡Lo que resista Alemania!

Esta frase es el mejor resumen del punto de vista inglés respecto a la guerra europea, y el hombre que la pronuncia, sin actitudes teatrales ni vana retórica florida, sino fría y serenamente, como quien ha resuelto un problema matemático, revela de pronto el alma anglo-sajona, confiada, tenaz, enérgica y dispuesta ahora a luchar *hasta el fin*.

El inglés es lento, flemático, nada agresivo ni exaltado. Boxea o juega al *rugby* sin sentir odio alguno hacia el adversario que le golpea... No es fácil provocar su irritabilidad; pero una vez que estalla es un furor contenido, mil veces más peligroso que el del latino, por ser más profundo, más arraigado, más firme en su propósito inflexible de inutilizar al que le agredió.

Ha sido preciso que Alemania, no sólo faltara a su palabra al invadir Bélgica, burlando los pactos internacionales, sino que hiriese el alma inglesa con los horrores de la guerra submarina, el hundimiento del *Lusitania*, el fusilamiento de Miss Cavel y el bombardeo de sus ciudades libres por los *zeppelines*. Las naves aéreas de los alemanes, con sus crímenes a sangre fría, han hecho más por el servicio obligatorio que todos los discursos de los políticos. Inglaterra despertó, atónita, comprendiendo lo insuficiente de sus medios para luchar contra un adversario tan audaz, feroz e implacable. No bastaba el haber arrojado de su seno a los miles de espías teutones cobijados al amparo de su hospitalidad. No bastaba,

tampoco, el ufanarse de haber barrido de todos los mares el pabellón alemán. El dominio del mar por las grandes flotas británicas era aún poco para contener la alevosía del submarino y la bomba asesina del *zeppelín*... Entonces Inglaterra, agredida en su propio sagrado suelo, se levantó de una vez para castigar al adversario infame. No había querido la lucha, pero ahora la seguiría *hasta el final* con empréstitos fabulosos, inmensa fabricación de municiones y de artillería, servicio voluntario organizado por Lord Derby y luego, al no conseguir los resultados apetecidos, implantación del servicio obligatorio como medida nacional, inaplazable, para impedir el triunfo de Alemania...

Tal ha sido el milagro asombroso que ha convertido a Inglaterra en formidable potencia militar... Al cabo de dos años de lucha, Alemania ve surgir ante ella un enemigo mucho más fuerte y mejor armado que al estallar la guerra, y alocada, no obstante sus arranques belicosos, trata en vano de cortar el lazo que le ha echado al cuello su adversario; es el lazo del bloqueo que la oprime, la ahoga, la estrangula y la obligará a implorar la paz antes de morir de hambre y de miseria...

Vamos llegando a Bailleul... Por la carretera hay gran movimiento de tráfico, y en los pasos de nivel y en los cruces de caminos se ve siempre un militar inglés ejerciendo funciones de policía para impedir la aglomeración de transportes y de automóviles.

Al vernos, saluda el policía al capitán y nos da la precedencia, deteniendo con un movimiento de brazo a los soldados, caballos y motocicletas que vienen por ambas direcciones. Creeríase ver en funciones a un *policeman* de *Picadilly* o de *Trafalgar Square*. Es tan detallada esta organización británica, que hasta reglamenta la vigilancia del tráfico de los caminos para marcar la velocidad de los motores, evitar choques o desgracias y decidir quién ha de pasar antes si, por ejemplo, una división de artillería viene en sentido contrario a una fila de camiones de la Cruz Roja. Y si nos sorprendemos de que Inglaterra tenga en tierra francesa su policía, como en casa propia, se desvanecen nuestras sospechas al enterarnos de que esta policía británica no ejerce jurisdicción alguna sobre el ciudadano francés.

Recuerdo, a este propósito, lo que sucedió en Rouen hace unos días. Dos o tres chiquillos bullangueros apedrearon los cristales del escaparate de una tienda por no haberse cerrado el establecimiento a la hora indicada. Salió el tendero dando voces llamando a dos soldados de la policía inglesa para que dieran caza a los agresores. Todo fué inútil. Los ingleses se excusaron de no poder intervenir en los asuntos pendientes entre franceses.

En Bailleul nos detenemos en lo que parece la calle principal, frente a uno de los varios *Officer's Clubs* establecidos en la zona británica de guerra.

«Estos Clubs de oficiales» han sido uno de los

más prácticos inventos que el inglés, amigo del *confort* cuando no está en la línea de fuego, ha ideado. La oficialidad que no forma parte de un Estado Mayor y no habita en los cuarteles o las trincheras, paga una cuota mensual para contar con su cubierto puesto y no tener que lanzarse a la aventura en busca de una comida problemática.

El edificio, en su interior, está distribuído como suelen estarlo todos los círculos, aun cuando el mobiliario sea de una primitiva sencillez. Largas perchas a la entrada, sobre las que se amontonan los abrigos, las gorras y los cascos. Cuelgan de las paredes varios papeles y anuncios, ordenanzas, reglamentación del Club, avisos. Leemos que esta noche habrá «concierto» en la sala X... y también el acostumbrado «cine». Hay «cines» en todos estos pueblos para distraer a los soldados y librarles, tanto de la nostalgia del hogar lejano y de las tristezas de la guerra, como de la tentación que les brinda el *estaminet*.

En el interior se esparce un grato olor a cocina. Van y vienen oficiales de *kaki* de los comedores, el billar, la sala de lectura. Al fondo, en un vasto patio, se hallan los lavatorios y los cuartos de baño. La higiene y el aseo es innato en el britano. Ninguno de estos jóvenes llegaría aquí a la mesa como viene de los caminos o de las trincheras. Entran peinados, limpios, afeitados, con sus botas y polainas relucientes. No lo hacen por vanidad o refinamiento de elegancia: lo hacen

por ellos mismos, por costumbre adquirida. Y además inculcan este aseo obligatorio a los soldados. Aquí vemos bigotes, pero nunca barba sin afeitar, ni caras o manos sucias. Hasta el mismo *Tommy* tiene que hacer uso diario de la navaja, y así vemos desfilar por estas carreteras regimientos tan vistosos como pueden verse en las revistas de Aldershot.

Nos sirven el *lunch* en una mesa larga dispuesta para nosotros en el centro del comedor. Preside el capitán Fowler, el cual hace las veces de anfitrión, pues debo advertir que recorremos el frente occidental en calidad de convidados del Cuartel General Británico y no se nos permite pagar nada. A nuestro alrededor ocupan distintas mesitas los oficiales de *kaki*. No hay alboroto, ni vocerío; el inglés considera esto propio de gentes vulgares sin educación. Se habla a media voz. Unos leen su periódico, otros las cartas de la familia o de la novia. Los demás charlan entre ellos o miran a la calle, distraídamente, al través de las vidrieras del balcón.

Nuestra entrada en aquel lugar, reservado sólo a los militares, no causa al parecer sorpresa alguna y nadie se nos queda mirando como suele mirarse a los extraños en otros muchos lugares del mundo. Hay un ambiente de educación, de serenidad y de respeto al prójimo, que nos traslada mentalmente a Inglaterra. Una muchacha rubia, de cutis radiante y modales discretos, nos sirve a la mesa, auxiliada por otra mujer del

pueblo. Ambas visten de negro y lucen delantales blancos. Van y vienen con los platos de la cocina sin que ninguno de los jóvenes de *kaki* les dirija frases atrevidas o miradas insistentes. Sin duda, dentro del Club, no se admiten familiaridades de cantina, y todo contribuye al «buen tono» exterior propio de la vida social en los países anglosajones, donde se oculta la licencia, no tanto por hipocresía como por buena educación, deferencia hacia el prójimo y decoro.

Poco a poco nos vamos quedando solos en la sala y se marchan los oficiales a sus ocupaciones. Ha llegado la hora del café y de la sobremesa, del cambio de impresiones y del breve descanso antes de reanudar nuestro variado itinerario. El humo de los cigarros satura la habitación. El capitán Fowler saca otra vez el mapa y lo estudia detenidamente, como si se tratara de un plan estratégico. Sobre su hombro asómanse dos o tres caras curiosas. Yo, tranquilo y confiado en que sabrán resolver tan magno problema, me quedo absorto ante una botella de soda, vacía, sobre cuyo cristal veo grabado en letras: *British Officer's Club: Bailleul,* detalle insignificante, al parecer, y que revela, sin embargo, el instinto colonizador de esta raza anglosajona, capaz de instalarse en cualquier rincón del planeta como en su propia casa.

De Bailleul salimos en automóvil para Cassel, pero antes hemos de ir hasta M. K., puesto de

observación de las líneas inglesas sobre las posiciones alemanas. Vamos de nuevo a asomarnos al volcán de la guerra.

Por el camino hay gran movimiento de tropas. Desfilan siempre ante nuestros ojos automóviles, transportes y motocicletas que son, con el teléfono y la telegrafía sin hilos, capaces de mover millones de hombres, como peones de un tablado de ajedrez, desde el sillón del comandante en jefe de un cuartel general. La ciencia ha vencido la distancia, y la utopía de hoy será la realidad de mañana. Quiméricas y maravillosas nos parecían, no ha muchos años, las narraciones de Julio Verne, ese profeta de los niños en quien la fantasía era el ropaje novelesco de su genial intuición científica, y, sin embargo, hoy leemos con asombro las proezas de los submarinos. El aire transmite el pensamiento, por el telégrafo sin hilos, a las naves aisladas en la inmensidad del Océano. Marconi abre una nueva era en la historia del progreso y de la civilización. La guerra en los aires, vislumbrada por Wells en su extraordinaria novela, ya es un hecho, y los combates de los aeroplanos anuncian el amanecer de un invento asombroso que ha de revolucionar la vida del mundo y ha de traernos la conquista del espacio.

Hemos asistido en pocos años a tan hondas transformaciones de la locomoción y de la ideología, que un abismo de siglos parece separarnos de la generación anterior. El hombre moderno ha

dado, científicamente, un paso gigantesco hacia el porvenir. Más triste es confesar que son siempre los móviles de codicia, de odio, de instinto destructor, los que inspiran su inteligencia. No veo gran diferencia entre los guerreros del caballo de Troya o los que montaban elefantes, a los que conducen un *tank* o un submarino. Y quienes desde los aeroplanos arrojan bombas sobre ciudades abiertas, oprimen al vencido y arrasan las tierras a su paso, son, al fin y al cabo, dignos hijos de las hordas de Atila, por muy maravillosamente que estén organizados. La humanidad progresa, pero la sangre humana corre siempre a torrentes.

Muchas veces, al contemplar los imponentes preparativos de la guerra, he pensado, con tristeza, si este incendio devastador, si esta lucha fratricida de los pueblos, no anuncia, acaso, el derrumbamiento final de la vieja Europa sobre sus cimientos desgastados por el tiempo, para dar lugar a que el Oriente despierte de su letargo e inicie la nueva civilización mundial que ha de chocar, en lo futuro, contra las fuerzas ciclópeas de América. Entonces mi imaginación, bajando por esta pendiente de negro pesimismo, de pronto ha parecido iluminarme un porvenir de apocalípticas visiones: las dinastías muertas, los tronos vacíos, el fracaso de un intento de internacionalismo universal transformado en confederación de repúblicas democráticas que iniciarán la gran guerra, no ya entre las naciones,

sino entre los continentes. Habrá llegado una era que juzgue también nuestro conflicto actual como juego de niños al compararlos con los medios ofensivos de entonces. La guerra en los aires será universal; la velocidad habrá matado las distancias; las nuevas máquinas destructoras, inventadas por la ciencia, sembrarán sobre la tierra cataclismos sólo comparables a los volcanes, los ciclones y los terremotos.

Ese día, la humanidad, demente, habrá hallado en la civilización su suicidio colectivo, y acaso, desde otro sistema planetario, vean al través de magnos telescopios, rodar por el espacio un mundo inhabitado, muerto, en cuyos paisajes desoladores hallen los astrónomos no pocas semejanzas con las regiones desiertas de la luna...

Pero despertemos a la realidad... Vamos de nuevo acercando a la línea de fuego y en los aires aparecen dos aeroplanos perseguidos, a distancia, por nubarrones blancos, rizados, que parecen grandes bolas de algodón. Es el humo de las explosiones de los *shrapnells*, lanzados desde las posiciones enemigas contra los bravos pilotos de la aviación británica. Sentimos, al verles como puntos negros sobre el celaje gris, la intensidad papitante del peligro y llega a nuestros oídos el zumbido del cañón.

Paramos junto a la falda del monte, y al bajar de los coches otra vez nos ponemos los cascos. La ascensión se anuncia ruda, por la pen-

diente y por el lodo. Desde una improvisada barraca de madera se asoman a vernos dos o tres *Tommies*... Aquí el color castaño de los uniformes se confunde con el de la caseta y el lodo turbio de la tierra. Sobre el piso resbaladizo del sendero, que lleva al puesto de observación, han tendido, afortunadamente, unas tablas escalonadas que alternan con una especie de vía prolongada de palos tranversales. A pesar de esto, resbalamos con frecuencia y los tropezones alternan con la monotonía del trayecto, que seguimos en fila, uno tras de otro, lentamente, en un silencio interrumpido sólo por las respiraciones jadeantes y el lejano rumor del cañoneo.

De cuando en cuando, algún compañero fatigado se detiene y pregunta con voz quejumbrosa:

«¿Falta mucho?...»

A lo cual no responde el capitán, que va el primero, por no haber llegado la pregunta a sus oídos. Mas alguien contesta por él, con una lógica aplastante:

«Ya falta menos que antes...»

Hemos penetrado en un camino parecido a un canal descubierto que conduce, serpenteando, al puesto de observación. Estamos en lo alto de la montaña. El pasillo es tan estrecho, que sólo vemos el celaje sobre nuestras cabezas y rozamos con el lodo de los muros. Al dar una rápida vuelta aparece una barraca diminuta, en la que apenas cabrían dos hombres y que sirve de hogar al centinela. Sobre la madera, casi podri-

da por las lluvias, ha escrito con tiza un humorista en grandes letras: «Esta es la villa de Charlie Chapplin».

Un *Tommy* rubio, que parece un colegial, se cuadra ante el capitán haciendo el saludo militar. ¿Será éste el dueño de la suntuosa Villa?... No; más bien creo que es aquel otro *Tommy* tan juvenil de aspecto, como el primero, y con cierta expresión guasona en su rostro simpático. Ha asomado la cabeza al oir la voz del capitán, y éste le hace unas preguntas.

Al cabo de un rato el capitán se vuelve hacia nosotros:

«Ya estamos, señores, pero me temo que no vamos a ver mucho a causa de la niebla.»

El puesto de observación es otra choza disimulada entre rocas, junto a la cima de la montaña. A lo largo, por una rendija estrecha, se asoman los telescopios sobre el inmenso panorama que se extiende allá abajo. Nos hemos asomado al abismo, con la extraña sensación de ver la tierra desde un globo y los *Tommies* enfocan los anteojos hacia las posiciones alemanas.

Uno de los diputados asegura verlo todo claramente. Otro se queja de no distinguir nada.

«Mal día les ha tocado, mi capitán» —dice un *Tommy*, mientras que impacientes, curiosos, vamos asomándonos, por turnos, al cristal del telescopio.

El velo de la neblina no impide distinguir la línea ondulante de las trincheras y los bosqueci-

llos que manchan, aquí y allí, la inmensidad del paisaje. De las posiciones más próximas vemos la llamarada de la descarga y retumba el cañoneo con breves pausas de silencio.

Los dos aeroplanos siguen haciendo sus evoluciones en las alturas.

«¿Son ingleses?...» —pregunta alguien.

«Ingleses, sí, señor» —contesta el *Tommy*—. «Los alemanes suben poco. Tenemos, hoy día, más aviones que ellos... y mejores.»

«Y desde aquí ¿qué hacen ustedes?»

«Observar las líneas enemigas y apuntar nuestras observaciones o telefonearlas...»

Hay, en efecto, teléfono en aquella choza oculta a la vista de los aviadores, y unos papeles clavados en la pared, con palabras ininteligibles.

«¿Cuánto tiempo están ustedes en este puesto?» —pregunto yo al *Tommy* de aire jovial, mientras el rubio se ocupa de los telescopios.

«¡Oh!, depende de la luz, señor, pero en fin, casi todo el día... Alternamos mi compañero y yo.»

«¿Y dónde viven ustedes?...»

«Aquí al lado... En esa *caja* que habrá usted visto al pasar.»

«¿Es usted el que ha bautizado la *villa*?»

El *Tommy* se ríe y contesta:

«Sí, señor.»

«Parece que hay buen humor, ¿eh? —observa el capitán, con una sonrisa protectora.

«¡Qué remedio, mi capitán!...» —exclama el

Tommy filosóficamente—. «Hay que tener buen humor si no quiere uno morir de aburrimiento en este infecto agujero... Y menos mal que estamos dos.»

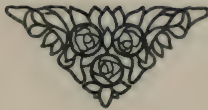
«¿Habéis tenido mal tiempo?...»

«Horroso, mi capitán. Esto parece un invierno *made in Germany* (hecho en Alemania).»

La observación provoca hilaridad entre los concurrentes y reanudamos la charla con estos soldados optimistas, joviales, a pesar de la monotonía diaria que hemos venido a interrumpir, gratamente para ellos, como si se tratara de dos colegiales, encerrados, que de pronto recibieran una visita inesperada...

Sólo a la caída de la tarde, llegábamos al Cuartel General de Cassel, punto final de nuestro variado itinerario en aquel día. Allí el comandante en jefe del 2.° cuerpo de ejército, el general Sir Herbert Plumer, nos recibió, ofreciéndonos un te. El célebre caudillo de las recientes campañas en Sud Africa, diónos la bienvenida con sencillez y afabilidad. Es un hombre alto, algo corpulento, de pelo canoso, nariz afilada y bigote recortado. Sobre su uniforme *kaki* resalta la fila de cruces y medallas ganadas en hechos de armas memorables. Ha sido este ilustre militar uno de los sostenes del vasto Imperio colonial británico, y es el segundo en categoría después del Mariscal Haig, en esta vasta ofensiva contra los ejércitos del Kaiser.

Tanto él como la oficialidad que forma su Estado Mayor nos colmaron de atenciones, y fué sólo al crepúsculo cuando salimos de Cassel para llegar, de noche, al hospitalario castillo de Tramcourt.



UN EJÉRCITO IMPROVISADO



VI

La noche antes se nos ha anunciado, en la mesa, que hoy visitaríamos las «escuelas de tiro y de trincheras», y el capitán Roberts, adelantándose a las preguntas más heterogéneas, hace un panegírico de estos centros de instrucción militar:

«...Ya verán ustedes... Resulta casi más interesante que las trincheras de la línea de batalla. Son escuelas que tenemos para la preparación de la guerra, en las cuales se adiestran, a diario, los soldados y oficiales que desembarcan de Inglaterra y que aun no han recibido el bautismo de fuego.»

Nuestra expectación está, pues, muy justificada. La guerra moderna ya no depende sólo del valor y del arrojo de las tropas, ni tampoco de la ciencia estratégica de los generales. Hoy es tan importante el material de un ejército como su espíritu de disciplina; el calibre de los cañones, como antaño el heroísmo de los soldados. Ya

no va el caudillo a la cabeza de sus legiones a dar ejemplo de heroísmo personal, sino que mueve a millones de hombres, inclinado sobre un mapa desde la mesa de despacho de un cuartel general. Sus órdenes son transmitidas, al instante, por el telégrafo y el teléfono, y para mover toda esta inmensa máquina guerrera se precisan automóviles, motocicletas, ferrocarriles estratégicos, transportes, ambulancias, hospitales de sangre, parques de municiones, aeroplanos y *tanks*. Y es necesario que la gran fábrica de guerra que organiza detrás de la línea de batalla los servicios de sanidad y de alimentación o la elaboración de proyectiles funcione incesantemente, a fin de que no se paralice la ofensiva o se derrumben, por falta de elementos, el método y los planes del Estado Mayor.

Por algo me decía a mí, en Madrid, poco antes de mi marcha, el general Primo de Rivera:

«No deje usted de visitar las escuelas de trincheras y de morteros... Es de lo más interesante que puede uno ver en el frente occidental.»

Salimos, pues, muy temprano, como de costumbre, en dirección a L.-St.-F. Hoy vamos todos en coches cerrados, pues nos hemos convencido de que la temperatura no está para excesos de ventilación. También hace un día gris, nublado y el aire es frío y seco.

Al subir a los automóviles, el capitán Fowler nos advierte que podemos detenernos unos mi-

nutos en el campo de batalla de Agincourt, nombre evocador de glorias eclipsadas.

Apenas hemos dejado atrás las casitas del pintoresco pueblecillo de Tramcourt, que bajamos de los coches. Una gran llanura desierta nos dice que estamos en el escenario de la antigua tragedia histórica... Mas ¿quién lo creería, al ver este risueño decorado verdoso, apenas blanqueado por las últimas nevadas?... El paisaje es apacible, y unos bosquecillos, allá en el fondo, limitan el horizonte. Puede recorrerse a pie o a caballo todo este famoso campo de batalla que parece minúsculo, insignificante, si lo comparamos a la inmensidad de un moderno panorama de guerra... Y, sin embargo, contemplamos en silencio y con cierta emoción esta llanura, en la cual nada evoca el pasado, salvo el nombre. Agincourt es inmortal por la Historia y por el Drama. Enrique V de Inglaterra gana, allí, nuevos laureles para las armas británicas, y mas tarde Shakespeare, al escribir su trilogía dramática, *Enrique V*, eterniza toda esa epopeya histórica en los patrióticos versos que brotan de su lira genial y multiforme...

Siempre es, al fin y al cabo, la literatura la esencia misma del espíritu humano, que unas veces se adelanta a su época y otras nos guarda, al través de los siglos, la vida misma de los personajes cuyas huellas borró indiferente la naturaleza. Busquemos, pues, a los protagonistas de esta memorable hazaña belicosa en las pági-

nas de Shakespeare o de la Historia, no en los plácidos campos de Picardía. Sólo el pueblecillo de Tramcourt nos recuerda que en él se ocultaron durante la noche los arqueros del Rey de Inglaterra. Y aquí mismo fué donde el propio monarca inglés, visible a amigos y adversarios por su corona de joyas esplendentes, se vió rodeado y atacado más de una vez por los nobles caballeros de Francia, que le abollaron a golpes su armadura. Perecieron, en tres horas de combate, siete príncipes franceses, el condestable de Francia, más de cien caballeros y once mil soldados, cifra que parecía una hecatombe en aquellos tiempos de *barbarie* y que hoy resultaría un detalle nimio en esta inmensa guerra de la *civilización y del progreso.*

El trayecto hasta L.-St.-F., no ofrece el variado espectáculo de ayer, y las carreteras se hallan desiertas. Sólo a los lados del camino, sobre las llanuras, nos llaman la atención unas casetas de madera, separadas del suelo por cuatro postes, uno en cada esquina, sobre el cual se apoyan librándose, ingeniosamente, del contagio de la humedad. Este modelo de vivienda, práctico y barato, ha sido adoptado por el ejército inglés en Francia. Los techos de las casetas tienen forma ovalada y se hallan embadurnados de pintura que imita, a distancia, el colorido del terreno en que son emplazadas. Tiene esto por objeto el despistar a los aeroplanos. En la guerra

moderna hay que ocultarse del avión, del telescopio y de la artillería. Hoy combaten los hombres viviendo como topos en los subteterráneos, o como peces bajo el mar.

Gracias a mi compañero de excursión, Mr. Herbert Samuel, no se hace largo el itinerario. Hablamos de literatura y de política, de Inglaterra y de España. Mr. Samuel es, como me decía gráficamente ayer uno de los diputados que le acompañan: *à well ixformed man* (un hombre bien informado). En el Parlamento, como en su conversación particular, rara vez se equivoca en sus juicios, porque basa sus opiniones en hechos y en datos que son fruto del estudio constante y de la experiencia personal.

Por eso su conversación, sin humorismo ni brillantez, es, no obstante en extremo agradable. Ha conocido muchas gentes, ha leído varios libros, ha viajado siempre que se lo consiente la agitación diaria de la política. Este inglés ilustre, ha recorrido nuestra España, como muchos de sus compatriotas, y la conoce mejor que la mayoría de los españoles. Su curiosidad de turista británico no se limitó al Museo del Prado, a las ciudades antiguas indicadas en el *Baedecker*, sino que fué hasta los pueblecitos, buscando la nota del color local, sin desdén alguno por las fondas rústicas, ni aversión hacia los guisos populares... Pero ahora quiere informarse acerca del interior de España como político y no como turista. Sus preguntas sencillas, sin

rodeos, vienen a sumirme, sin embargo, en una gran perplejidad... ¿Hay verdadero odio hacia Inglaterra por la ocupación de Gibraltar?... ¿Cuáles son los motivos en que la opinión *germanófila* de España funda sus simpatías por el Imperio alemán?... ¿No ha producido una gran indignación pública el bloqueo de España por los submarinos alemanes?...

Y luego, abandonando el aspecto de la guerra desde España, me interroga acerca de nuestros hombres públicos, sus ideas, sus programas. Pregunta si existe todavía el *caciquismo* y si se hacen las elecciones desde el Ministerio de la Gobernación. ¿Ha progresado la Instrucción pública?... ¿Qué plan de estudios rige, hoy día?... ¿Y el problema religioso?... ¿Y el problema obrero?... ¿Cuántos diputados socialistas hay en la Cámara?... La cuestión financiera y los presupuestos parecen interesarle más que a la mayor parte de nuestros diputados. Un alumno en examen, no se vería en mayor aprieto que en el que yo me hallo; pero aquí no se trata de explicar bien cuanto uno sabe, sino al contrario, de callar, por patriotismo, todo lo sabido. Y esto es lo que yo hago, desviando de nuevo la conversación hacia Inglaterra y su mundo social y político.

Durante nuestra charla se ha detenido tres veces el automóvil, porque ha perdido el sombrero, otras tantas, el diputado Mr. Tyrrel. Su irritación nos hace sonreir, y al través del cristal adivinamos, por la acritud de su expresión y

el movimiento de sus labios, que su lenguaje no debe ser del todo parlamentario.

Hemos llegado, por fin, a la escuela de prácticas de tiro, situada entre grandes llanuras y dividida en varios pabellones. Sale a recibirnos un sargento y un comandante fornido, alto, de pelo y bigote rojo, que me recuerda al *Town Mayor* que fué nuestro *cicerone* en Ipres. Después de los saludos y de las presentaciones de rigor seguimos, con paso acelerado, al comandente, que nos invita a ver el llamado «museo de morteros».

«No les sorprenda a ustedes, señores» —dice al caminar— «que les lleve un poco de prisa, pero después de los morteros quiero que vean ustedes las prácticas de tiro.»

Entramos, siguiéndole siempre, en el pabellón destinado a museo. Allí los morteros parecen apuntar en todas direcciones. Los hay anchos y gruesos, con un peso que uno creería debido tanto al metal como a la abrumadora carga de los siglos, y los hay finos, pequeños, como pudieran hacerse en una fábrica de juguetes para niños. Sobre el cañón o las ruedas resaltan las etiquetas numeradas, y a los lados, sobre el suelo, cada mortero tiene su proyectil. El comandante va diciendo «... Este es un modelo antiguo, del siglo XVII...» «Ese, en cambio, es un modelo reciente, inventado por los alemanes...» En torno suyo se agrupan los diputados ingleses sometiéndole a un interrogatorio minucioso, como si formaran parte de una Comisión técnica...

Yo, en cambio, me alejo un poco. Soy profano en esto de los tecnicismos, y lo que es más triste, no me inspiran la menor curiosidad. Al decir esto no lo hago por alarde, sino al contrario, lamentando muy de veras esta deficiencia en mis conocimientos, que nunca supe vencer, ignoro si por indolencia o aversión. He oído muy a menudo, con mezcla de asombro e indiferencia, las más acaloradas discusiones sobre tal o cual marca de automóviles, y a estas horas no sé aún distinguir unas de otras. Unicamente puedo decir si me gusta la forma del coche o si aprecio la comodidad del interior, y tan limitada comprensión del automovilismo no me impide ser uno de sus adeptos, como el ignorar los fundamentos de la arquitectura no me priva tampoco de apreciar el *confort* de un hotel o la estética de un palacio señorial.

Sin duda, atraído por el instinto artístico, mis pasos se dirijen hacia un teatrito, admirablemente hecho, parecido a los teatros de muñecas, cuyo extraño paisaje lo forman no sólo macetas y árboles, sino diminutas trincheras, numeradas, y que tiene, como fondo, un pueblecito y unas colinas, también con números.

«¿Para qué es esto?» —preguntó, extrañado, el comandante.

El grupo viene hacia mí a contemplar el teatrito en miniatura.

«Esto» —nos explica— «es para ejercitar la vista de los oficiales de artillería antes de que va-

yan a dar órdenes a las trincheras... ¿Ven ustedes este cordón con una bolita de acero que pende del techo?... A la voz de mando el sargento la deja caer sobre cualquiera de las posiciones indicadas por el oficial. Por eso están numeradas las trincheras. Se supone que son las líneas enemigas, y la bola de acero hace aquí de granada...»

¡Ingenioso invento! Es el pequeño escenario que sirve de ensayo general para la verdadera tragedia de la guerra.

Al salir del museo de morteros, nos dice el comandante:

«... Ahora, señores, van ustedes a ver las verdaderas prácticas de tiro, al aire libre. No han terminado aún.»

A distancia suena, de rato en rato, la descarga de un cañón.

Nos detenemos frente a una especie de patio formado por tres pabellones, donde unos cuantos *Tommies,* con rápidez mecánica, limpian, cargan y descargan dos morteros. Las órdenes breves del teniente interrumpen el silencio, y durante las pausas se oye la respiración jadeante de los hombres. Aquel ejercicio rápido es, indudablemente, más interesante que los morteros catalogados. Son *Tommies* recién llegados de Inglaterra, y al verlos tan rígidos, tan disciplinados, tan rítmicos en sus movimientos, creeríase que se han adaptado en pocos meses la organización militar germánica, aun cuando esto no pueda decírseles ni en broma.

De ahí salimos al campo. La vista se pierde en la enorme llanura parda limitada al horizonte por el cielo gris. Sopla un viento que agita los faldones de nuestros gabanes, y vamos en grupo, lentamente, a causa del fango, hasta la línea de trincheras.

Acaso mejor sería decir las líneas de trincheras, porque hay varias. Las cabezas de algunos soldados asoman por encima de las murallas de tierra. Hay un gran silencio sólo interrumpido por nuestros cuchicheos. Aguardan los soldados la voz de mando, y ésta la da un oficial instalado en lo alto de su puesto de observación por un tubo anchísimo que parece la bocina de un gramófono.

«¡Atención!» —nos dice el comandante apuntando, con su bastón, a una de las trincheras— «van a tirar desde ahí...»

Vibra, en el aire, la orden del oficial, y sube como una flecha la bala del mortero que, allá en lo alto, parece un momento quedar suspensa sobre nuestras cabezas... Entonces, formando un ángulo, cambia de rumbo bruscamente y va en línea recta hasta las supuestas líneas enemigas. Allí cae estrepitosamente, y la explosión levanta una enorme columna de tierra, en la cual nos figuramos ver brazos, piernas, jirones de humanidad y fragmentos de metal, como en uno de tantos incidentes sin importancia de esta guerra terrible. Ante el interés y la expectación que expresamos, se cargan dos y tres veces los morteros y se le-

vantan, de nuevo, a distancia, otras columnas de tierra.

«Esta clase de balas» —nos explica el comandante— «sirve para destruir y levantar las trincheras enemigas. Ahora verán ustedes otra clase de proyectil...»

Y en efecto, al caer la bala serpentea por el suelo, produciendo no una, sino varias explosiones como esos cohetes que hemos visto a menudo en los fuegos artificiales, y que espantan a las muchedumbres con su estrépito y sus brincos...

Después, hemos ido a ver las huellas de estos proyectiles. Parecían haber caído a escasa distancia, porque la llanura siempre engaña la vista, y hemos tenido que andar mucho por el fango antes de llegar a ver, acá y allá, montones de tierra y anchos hoyos que las recientes lluvias llenaron de agua...

Otro aspecto interesante de la preparación guerrera de la Gran Bretaña son los llamados *Intelligence Offices*, o sea los centros de información y de organización que tiene establecidos el Estado Mayor inglés en distintas comarcas del Norte de Francia.

Una hora después de haber salido de la escuela de tiro llegamos a S. P., donde era esperada nuestra visita, no sólo para visitar las oficinas militares, sino para almorzar en el *mess* de la oficialidad.

Paran nuestros coches frente al jardín de un

gran edificio conventual y sombrío, a cuya entrada están colocadas las casetas de los centinelas. Entramos. Vienen a recibirnos dos oficiales y el coronel, otro gran mocetón de bigote rubio, boca y mandíbula de *bull-dog*, que no obstante su apariencia canina, tiene una cara risueña, simpática y jovial. Parece encantado de vernos, sin que acertemos a saber por qué, y su jovialidad resulta contagiosa.

Le acompañamos al través del patio jardín. Sobre los muros del vasto edificio vemos grandes carteles que dicen: *Collège de St.-Louis*, y debajo unos letreros con el lema:

«*Dieu-Patrie-Famille.*»

Uno de nuestro grupo le pregunta al coronel:

«Pero ¿han echado ustedes de aquí a los alumnos, instalándose en su lugar?

«No; a medias nada más» —contesta el coronel—. «Tenemos, para nosotros, una ala del edificio, y el resto es del colegio, que sigue ocupado. Ahora los alumnos están en clase.»

Hemos subido por una escalera de caracol, bastante obscura, hasta el local donde se ha instalado el *Intelligence Office*. Atravesamos una galería cuyas vidrieras dan a un patio interior, pasamos por una antesala con largos bancos, de los cuales se han levantado, como apretados por un resorte, dos o tres oficiales, haciendo el saludo militar al coronel, y ya estamos, por fin, en el llamado *Intelligence Office*.

Es una amplia sala llena de mesas muy largas,

cubiertas de papelotes, mapas y cartulinas. Varios militares trabajan silenciosamente. Al vernos se levantan, saludan y vuelven a sentarse. De las paredes cuelgan aparatos telefónicos que comunican con el Cuartel General, y de ahí con los hilos de París y Londres. Hay también, clavados a los muros, enormes planos de minuciosa información sobre la zona británica de guerra.

«Aquí se trabaja mucho» —nos dice el coronel, echando una mirada satisfecha y protectora al personal de la oficina—. «Pasan por nuestras manos todos los informes de este cuerpo de ejército. Se amplian las fotografías tomadas desde los aeroplanos... Vean ustedes...»

Y con la mano revuelve un puñado de instantáneas, engrandecidas, donde aparecen claras, detalladas, las posiciones enemigas, como si el adversario, en lugar de tirar sobre el aeroplano, le hubiese otorgado un amplio permiso para estudiar sus trincheras y sus medios defensivos. Todos los del grupo, con exclamaciones de asombro, vamos pasándonos, de mano en mano, las fotografías.

«... ¿Y los alemanes, tendrán otro tanto de las posiciones inglesas?» —pregunta uno de los diputados.

«... Naturalmente» —contesta el coronel, sonriendo—. «Entre nosotros, en el fondo, no hay secretos; como entre buenos amigos... Miren ustedes los mapas...»

Volvemos la vista hacia ellos, y observamos,

sobre las supuestas líneas enemigas multitud de banderitas alemanas de variados colores.

«¿Qué es esto?» —exclamamos todos a un tiempo, como en los coros de ópera.

«Son los distintos regimientos alemanes que tenemos en frente en esta zona. Aquí hay bávaros... Aquí prusianos... Allá sajones...»

«¿Y cómo pueden ustedes saber eso con exáctitud?» —pregunto yo, con cierto escepticismo.

«Por los aviones, pero sobre todo por los prisioneros...»

«¡Qué! ¿Suelen ser expansivos?...»

«... No siempre. Los oficiales, por lo general, se muestran muy reservados, pero los soldados tarde o temprano *cantan*.»

Y el coronel, mientras nos muestra otras secciones del *Intelligence Office*, rogando nuestra discreción, relata anécdotas de combate referentes a los bávaros, prusianos y sajones. Según él, los bávaros, hoy día son mejores soldados que los prusianos, pero todos necesitan estar bajo la férrea disciplina del oficial. El soldado alemán tiene miedo de su jefe, y le obedece como un perro. Cuando pierde a su oficial, pierde a su vez la iniciativa, y se rinde gritando: *¡Kamerad!... ¡Kamerad!*

La mágica palabra del *lunch* pone fin a esta conversación y disuelve nuestro grupo. Los diputados ingleses se van por su lado a almorzar, y Albiz, el capitán Fowler y yo, después de lavarnos y asearnos en la propia alcoba del coro-

nel, bajamos al comedor, donde unos *Tommies* preparan el almuerzo.

Allí el coronel nos presenta a la oficialidad británica y a un oficial francés que ha venido a hacer un informe sobre la zona de guerra inglesa en Francia. El oficial francés habla mal el inglés y me hace el efecto de estar como gallina en corral ajeno. Los ingleses, en cambio, nos tratan con franca cordialidad, como a uno de los suyos, excusándose de recibirnos tan familiarmente y cada cual se levanta cuando quiere a servirse en el aparador, donde están colocadas las fuentes.

La charla es animada y al café se prolonga la sobremesa, acaso en nuestro honor. El coronel, bien informado, me da las gracias por haber defendido la causa de los aliados en España, y luego ensalza la figura del Rey D. Alfonso. Los oficiales asienten. Para ellos, aparte de su actuación política, el Rey de España es *avery good sportsman*, cualidad que le ensalza ante los ojos de todo buen britano, y a fin de mantener esa admiración deportiva, Albiz les cuenta a los oficiales, encantados, las proezas de Su Majestad en el tiro, el polo, el automóvil y el balandro... Y estos niños grandes, fascinados, le escuchan con la misma atención que prestaban en su infancia al oir las narraciones de *Gulliwer,* de *Peter Pan* o de *Alice in Wonderland.*

Y el día hubiera terminado a las mil maravillas, bajo el aspecto instructivo, si al llegar al colegio

de trincheras no nos hubiésemos enterado, algo tarde, de que los alumnos disfrutaban de un *half holiday*, o sea una tarde libre. No los veríamos, pues, trabajar. Habían salido al campo a jugar un *match* de *foot-ball* que estaría terminando ahora...

Nos quejamos amargamente de nuestra mala suerte... ¿Qué hacer? ¿Volver a Tramcourt tan temprano?... Y a todo esto, preguntaban algunos, ¿cómo no se nos había telefoneado lo del inoportuno *half holiday?*... Los diputados ingleses, a quienes interesaba mucho la parte educativa de los *Tommies* y de la oficialidad, parecían muy contrariados. Tuvo nuestro *cicerone* que hacerles sus excusas por no haber previsto semejante contratiempo, y salvó la situación la llegada de unos oficiales que nos invitaron a bajar de los automóviles.

Entre ellos se hallaba el joven coronel G..., un gigante entre los varios hombres altos que llevábamos vistos hasta entonces. El verle me hizo pensar, con un vago sentimiento de humillación, que si en la Puerta del Sol mi estatura es de las medianas, aquí podía yo, servir de bastón a un inglés de estos.

El coronel G... parece un muchacho, de cara risueña y rasurada, que acabara de salir de Oxford. La guerra le ha hecho ascender rápidamente en el escalafón, y el respeto que le rodea no es sólo debido a sus galones, sino también a su elevada posición social. Yerno de un muy

famoso lord, que ha sido Presidente del Consejo, su mujer y él son de esos matrimonios elegantes que brillan en el gran mundo de Londres, y que son indispensables en las partidas de caza o en los castillos más aristocráticos.

Ahora el coronel, con filosofía británica, toma parte en la guerra tan jovialmente como antes seguía los *hounds* en sus cacerías a caballo. Charla animadamente, mientras le seguimos por escaleras, galerías y habitaciones. Estos militares reciben aquí a las visitas con la misma jovialidad de unos alumnos que hallan un pretexto para interrumpir la monotonía de sus clases.

Visitamos el vasto *lecture-room*, sala de conferencias, donde hoy, por ser fiesta, se celebra un concurso de boxeo. La plataforma con sus cordones ya está colocada en el centro de la sala y se agrupan en torno centenares de sillas. El coronel nos invita a quedarnos a cenar y a presenciar el espectáculo... Habrá risa... Pero tenemos que rechazar tan amable convite. Nos esperan en Tramcourt a comer y el tiempo apremia. Oir esto el coronel y comenzar a dar larguísimas zancadas todo es uno. Apenas le podemos seguir. Alguno, descorazonado, se queda atrás, resignado a perderse en el camino.

Aquello, más que una visita de inspección, parece un *rally-paper*. En unos minutos hemos bajado las escaleras, cruzado los patios, salido a la calle y llegado a los campos de trincheras, donde el viento sopla, como si quisiera rechazar-

nos de aquel lugar. Es este una escuela práctica al aire libre, donde los oficiales y soldados que estuvieron ya en la línea de fuego enseñan a los que vienen de la guerra. Tanto soldados como oficiales aprenden, con palas y piquetas, el mismo trabajo; se hacen trincheras y líneas de alambradas. Pero hoy la llanura, llena de hondos hoyos y canales subterráneos, está desierta. A lo lejos vemos las diminutas siluetas de unos *Tommies* que regresan del *foot-ball.* El partido ha terminado.

A la vuelta, en la plaza del pueblo, nuestro coronel se detiene a hablar con un sargento francés que está manco y que luce sobre su pecho la medalla militar y la legión de honor.

«... ¿Dónde fué usted herido?»

«En Verdún...»

Al oir el nombre de la ciudad gloriosa nos agrupamos alrededor de este héroe, que al contestar a las rápidas preguntas del coronel parece un poco azarado. El coronel al marcharse le felicita efusivamente en un francés admirable y le estrecha la mano:

«*Merci, mon colonel*» —contesta éste emocionado, haciendo el saludo militar con su brazo izquierdo.

Unos minutos después nos hallamos en una sala confortable tomando el te con la oficialidad, y como me hallo al lado del coronel G... elogio su castizo acento al hablar francés, cualidad no muy frecuente entre los ingleses.

Después de agradecerme mis frases, el joven coronel me dice:

«He estado en Francia desde el principio de la guerra, y me agregaron a una misión en el ejército francés precisamente por saber bien el idioma... Entonces los ingleses en Francia contábamos bien poco...»

«Sin embargo» —observé yo— «no puede nadie ignorar el esfuerzo que hicieron ustedes...»

«Pues no supo apreciarse, créalo usted» —inteterrumpe el coronel G..., bajando la voz—. «Y es que, alejados de la lucha, cuando estalló el conflicto, llegamos tarde para salvar a Bélgica... Lo mejor de nuestras tropas regulares fueron diezmadas en la retirada de Mons-Charleroi. Inglaterra tenía sólo un puñado de hombres —el «pequeño e insignificante ejército»— como dijo el Kaiser. Hubo que organizar, o más bien *crear* un nuevo ejército y un inmenso material de guerra... Durante todo ese tiempo yo pasé aquí muchos sinsabores. Comprendía que la aparente pasividad de nuestro país se juzgaba como egoísmo, indiferencia o cálculo maquiavélico. Y yo les decía: «¡Ya verán ustedes! Hemos hecho poco, porque no teníamos aún los medios para luchar, pero Inglaterra sabrá cumplir, con creces, sus compromisos con sus aliados...»

«Y ya lo han visto» —digo yo—. «¿Qué dicen ahora?»

«¡Ah!, ahora nada. Comprenden lo injustificado de aquellas sospechas. ¿No ha sido admirable

el esfuerzo de Inglaterra?... ¡Vea usted lo que ha crecido el «pequeño e insignificante ejército!»... Teníamos unos 250.000 hombres, hoy tenemos 3.000.000. Antes cubríamos sólo una línea de 17 millas, hoy cubrimos más de 100. Los alemanes han perdido ya la partida. Si en dos años, mientras nos organizábamos, no han podido avanzar, ahora no les queda otro remedio que la retirada voluntaria o forzosa.»

«Entonces, ¿cómo terminará esto?»

«Con la derrota de Alemania, cueste lo que cueste... A pesar de nuestros desaciertos al principiar la campaña, ganaremos la guerra. Así como libramos a España de Napoleón, libraremos a Francia del Kaiser, y no sólo a Francia, sino a Europa. Habremos cometido errores, pero *Inglaterra, como siempre, ganará la última batalla.*



EL INFIERNO DEL SOMME



VII

A las siete y media de la mañana nos hemos reunido todos en el *hall* del castillo de Tramcourt, y miramos, con inquietud, el cielo por las ventanas. Unos nubarrones ennegrecidos van extendiéndose por el celaje gris. Durante la noche ha nevado, y parece que va a nevar aún más. Sopla un viento fuertísimo que balancea los árboles y cierra las puertas con estrépito. El frío glacial nos anuncia una excursión poco agradable como temperatura.

«¡Qué mala suerte, señores!» —exclama el capitán Roberts, que ha salido temprano de sus habitaciones para despedirnos—. «Hoy es el peor día de todos. Pero, en fin, ¡qué remedio!... No pueden ustedes marcharse sin haber visto la zona del Somme.»

Silenciosos y resignados ante lo inevitable, vamos tomando nuestras precauciones contra el temporal, después de haberlas tomado contra

toda posible inanición con un desayuno «a la inglesa», lo cual quiere decir entre españoles: formidable. La indumentaria de algunos de mis compañeros pasa de los límites habitualmente permitidos por la tolerancia pública. Menos mal que estamos en el campo. Hay quienes, juzgando insuficientes las botas gruesas, las polainas y el gabán de pieles, se ponen encima del gabán un impermeable, con lo cual parece la primera prenda una falda corta. Para completar tan extraño atavío, llevan lentes de automóvil, gorra, bufanda, y, por si esto es poco, un *jersey* de lana encima de la cabeza que sujetan por debajo de la barbilla con las propias mangas.

Los *Tommies* apenas pueden mantener su habitual impasibilidad, inspirada en los lacayos de las grandes casas. En cuanto a mí, después de mirar, un rato, estupefacto ese grupo que pudiera muy bien ser una comparsa de Carnaval en Groenlandia, me permito emitir mis temores de que sembremos el pánico y la desmoralización en las trincheras inglesas. Sin embargo, el capitán Roberts me tranquiliza haciéndome observar que acaso sean los alemanes mismos las víctimas de nuestra inesperada aparición.

Tengo, a estas horas, la seguridad de que se han confirmado sus sospechas, pues comenzó en aquellos mismos días la gran retirada alemana.

Entramos, pues, en los automóviles, sin perder más tiempo. Nos aguardan varias horas de excursión y un almuerzo a la intemperie, a juz-

gar por la enorme cesta de provisiones colocada a nuestros pies. De aquí al campo de batalla del Somme tardaremos varias horas. Hemos de pasar llanuras y pueblecitos, hemos de cruzarnos, con varias divisiones británicas y coloniales. Dejaremos atrás St.-Pol, después Doullens, y, por fin, la tierra parda, revuelta como un mar agitado, sobre cuyo lodazal desfila lentamente la artillería gruesa y los grandes transportes, nos anuncia que vamos penetrando ya en la zona de guerra. Hay una continua actividad de tropas por toda esta comarca desolada, cuyas casas han sido, en su mayor parte, blanco de las granadas, y a medio día, en el horizonte brumoso, aparecen las torres y las ruinas de Albert...

Albert sufrió un terrible bombardeo al comenzar la primera batalla del Somme, en Julio de 1916. Sus casas y sus torres se desmoronan. Varias de sus anchas calles se hallan interceptadas por los derrumbamientos de los muros. Al atravesar la ciudad vemos a un lado y al otro grandes montones de escombros.

Sin embargo, a pesar de los destrozos y de los boquetes abiertos por las granadas, Albert no es una ciudad muerta como Ipres, ni produce la misma impresión desoladora.

Varios edificios se tienen en pie, y aunque el Ayuntamiento ha sido presa de las llamas, y la Basílica se cae en ruinas, aquí no viven los hombres bajo tierra, y desfilan soldados, carros y au-

tomóviles, prestando a esta ciudad espectral cierta apariencia de vida.

Nos detenemos en la gran plaza para contemplar el extraño y lamentable aspecto que ofrece la iglesia de Nuestra Señora de Bebrières, sobre cuyo campanario aparece la imagen dorada de la Virgen, colgando cabeza abajo. La estatua, caída en lo alto de la torre, se distingue desde muy lejos de Albert. Ya en el corazón de la ciudad, podemos ver distintas perspectivas del trágico panorama. Hay barrios enteros que han sido blanco de las granadas o pasto de un incendio devorador, como si los alemanes no hubiesen querido dejar en la región del Somme piedra sobre piedra. Sin embargo, un incidente de esta terrible ofensiva demuestra hasta qué grado de audacia y de habilidad llega la organización teutónica. Durante varios días, una lluvia de proyectiles de todos los calibres caía incesantemente sobre los tejados, las plazas y las calles. Sólo la Basílica se salvaba de la puntería de los cañones alemanes. Comenzaron los ingleses a preguntarse cuál sería el motivo de esta excepción, y se despejó la incógnita al descubrirse que no era ello debido a ningún escrúpulo religioso, sino a que, desde lo alto de la torre un espía comunicaba, por signos, con los propios alemanes.

Ahora, alrededor de la torre desierta, revolotean los pájaros que han ocultado ahí sus nidos, y sobre Albert plana un ambiente de silencio y de calma, libre ya del azote alemán.

Ha sido Albert uno de los puntos de concentración del ejército inglés al comenzar la gran ofensiva de los ejércitos aliados que se inicia, precisamente, en la batalla del Somme. Y esta batalla marca un punto culminante en la historia de la guerra, porque en ella, por vez primera, toman la iniciativa los franco-ingleses contra los alemanes. De lo que fué tan espantosa pugna pueden dar ligera idea las siguientes líneas, debidas a un cronista de la campaña occidental: «En un frente de cuarenta kilómetros, todos los »cañones tronaban sin cesar. Solamente en aque»lla semana se gastaron más municiones de me»diano y pequeño calibre que la cantidad total »fabricada en Inglaterra durante los primeros »once meses de guerra, mientras que las muni»ciones de gran calibre producidas en este tiem»po no hubieran bastado para cargar nuestros »cañones durante un solo día.»

Y a medida que avanzamos por esa zona infernal en que todo son ruinas y destrozos, aumenta la sensación de estupor y de melancolía. Ahora vamos a Beaumont Hamel. Al salir de Albert cruzamos con una división de un regimiento irlandés que vuelve de las trincheras. Son hombres muy jóvenes en su mayor parte, y en sus rostros, enrojecidos por el frío, se expresa la alegría de haber escapado ilesos a la muerte. Están descansando a un lado y a otro del camino, y cuando pasamos nos saludan jovialmente, como unos chiquillos.

Beaumont-Hamel formaba parte de una cadena de aldeas fortificadas: Gommecourt, Serre, Thiepval, que cayeron en manos de los aliados después de choques sangrientos. Allí habían cavado los ingleses una mina que fué la mayor de las minas abierta durante toda la campaña. «La cámara de explosión» —decía un sargento al describir, después, la mina—, «era tan grande como un cinematógrafo. La galería era enorme. Tardamos siete meses en abrirla, y eso que disponíamos de los mejores mineros de Lancashire. Cada vez que venía una cuadrilla de relevo, los nuevos peones le preguntaban a los capataces: ¿Pero cuándo va a estallar esta dichosa caverna?... Y por fin la caverna estalló el día primero de Julio. Nunca he visto nada más hermoso (!). Media aldea se levantó en el aire, por el cual volaban ruedas, vagones, caballos, latas y... alemanes. ¡Merecía la pena de haber trabajado siete meses en abrir la mina!»

Y nosotros, sintiendo la impresión trágica de la catástrofe, nos asomamos al enorme abismo de tierra abierto en aquella llanura de tristeza y de muerte. A medida que avanzamos lentamente, debido al lodo en que se atascan las ruedas de los coches, el paisaje adquiere la monotonía de un desierto. Los árboles han sido destroncados, los postes yacen tendidos, las alambradas, rotas. Por aquí, no cabe duda, sopló el huracán espantoso de la guerra. No se ven casas. En La Boiselle, por ejemplo, nada queda del pueblo, sino los res-

tos de las trincheras y del laberinto de subterráneos conquistados por los ingleses después de un colosal esfuerzo de hombres y de artillería.

Todos aquellos pueblos formaron la terrible cadena defensiva de los alemanes, que los aliados rompieron a fuerza de heroica tenacidad. Nada más curioso que el vagar ahora por este itinerario trágico de la gigantesca lucha del pasado Julio. Hicimos otra parada en Contalmaison, el cual, como recordará el lector, fué defendido por la tercera división de la Guardia Prusiana, tomado por los escoceses después de un feroz ataque, vuelto a tomar en un contraataque aquella misma noche por los alemanes, para caer, al fin, definitivamente, en manos de los aliados al mismo tiempo que Thiepval y el famoso reducto de Leipzig.

Allí visitamos los *dug-outs*, nombre con que designan los ingleses a las trincheras, o mejor dicho, galerías subterráneas, bajo las cuales se cobijan los soldados del fuego de artillería. Al exterior, a cada seis o siete metros, hay, en la tierra, una entrada a la trinchera, y se baja por unos escalones resbaladizos a diez o doce metros de profundidad, donde viven los hombres como topos. Cuando llegamos a estos *dug-outs* se hallan varios soldados sentados en los escalones de barro, tomando al aire libre un buen rancho. Al soldado inglés se le alimenta bien, y de esto hablaré en otro capítulo al referirme a la distribución de víveres.

Aquí los pobres *Tommies* parecen joviales, a pesar de sus fatigas y del temporal que les embadurna de lodo hasta los rostros. Hemos querido tan sólo asomarnos, para no molestar, pero lejos de parecer desagradarles nuestra curiosidad, se levantan, diciendo: «¡Pasen!... ¡Pasen!...», con el mismo empeño que si hiciesen los honores de un palacio.

El interior no corresponde, ciertamente, a las fastuosas descripciones que hemos leído de ciertas trincheras citadas como modelos de inventiva y comodidad. Nada de cuartos o habitaciones de oficiales, con muebles y paredes decoradas. Aquí los muros de tierra chorrean de humedad y sólo la tenue luz de unas bujías o los carbones encendidos de un brasero contrarrestan un poco el frío y las tinieblas. Cuando salimos de nuevo a la luz del día, tenemos la sensación de haber salido de una tumba.

Sin embargo, no pretendo negar la existencia de estos alardes de la ingeniería; prueba de ello es lo que nos cuenta un corresponsal inglés sobre las famosas trincheras de Fricourt. Vale la pena citarse:

«Una (galería) de Fricourt tenía nueve habita»ciones y cinco cuevas. En su interior había puer»tas de hierro, instalaciones de gas, suelos de »linoleo. Tenía un buen cuarto de baño, luz eléc»trica, timbres eléctricos, y las paredes, perfecta»mente empapeladas, estaban adornadas con »cuadros. La oficialidad que la ocupaba vivía

»lujosamente. Muchas de estas excavaciones te»nían dos pisos; una escalera de treinta pies de »profundidad, muy bien decorada, conducía al »primer piso, y otra de igual longitud descendía »hasta el segundo. En estas viviendas podían po»nerse a salvo las ametralladoras durante los »bombardeos. La obra realizada en ellas sobre»pasaba, en realidad, a las necesidades militares. »No cabe duda de que los alemanes eran sinceros »cuando decían que sus posiciones eran inexpug»nables. Creían haber construído una ciudad sub»terránea de la que sólo habrían de salir para »firmar una paz triunfal. La destrucción no sólo »de sus trincheras frontales, sino de toda la pri»mera posición, fué para ellos una desilusión tan »grande como debió de ser para la corte del rey »Priamo la salida de los guerreros griegos del »vientre del famoso caballo de madera.»

Y ahora no vemos ni las huellas de esos alardes de la moderna ingeniería. Fricourt, lo mismo que Montauban, han sido arrasados por la artillería. Hoy de estos pueblos no queda más que el nombre. Las mismas ruinas de sus casas fueron abatidas por los ingleses para que no sirvieran de estorbo a la puntería de sus cañones, y cada vez vamos entrando más en este desierto pardo, de donde parece huir la vida y surgir la muerte en el horizonte.

Es tal el lodo de la carretera y son tan hondos los charcos de agua, que nos vemos precisados a abandonar el automóvil y seguir a pie nuestro

camino. Al pasar por Bois-de-Trones hacemos un alto para ver de cerca un *tank* en reparación. El nuevo monstruo de guerra, medio reptil, medio barco terrestre, excita vivamente nuestra curiosidad. No haré al lector la ofensa de describirle un *tank*, pues harto han hecho ya para vulgarizarlo el cinematógrafo, la fotografía y el dibujo. Debo advertir, sin embargo, que un *tank* vacío y abandonado a un lado del camino, dista mucho de producir el mismo efecto que un *tank* armado, disparando contra las posiciones enemigas o arrastrándose por encima de las trincheras y de los muros. Además, visto de cerca, me pareció éste de menores dimensiones de lo que pudiera juzgarse en las proyecciones cinematográficas. Mientras algún curioso de nuestro grupo invade el interior, abriendo una de las estrechas puertecitas metálicas que hay a los lados, otros preguntan al capitán Fowler si los *tanks* han dado tan buen resultado como pretende la prensa británica:

«Desde luego, magnífico» —afirma el capitán sin titubear—. «Estamos muy satisfechos de ellos...»

«Y ¿cómo no se oye hablar más de los *tanks?...*»

«¿Y para qué hemos de hablar más de ellos?... No hace falta. Una vez divulgado el invento, sólo conviene aplicarlo sin demasiado reclamo. Lo que sí puedo decirle es que han sido un enorme refuerzo en la batalla del Somme, y que a estas horas, en Inglaterra, se están construyendo muchos más.»

«¿Entonces no son vulnerables?...»

«Lo son para la artillería gruesa; no para los fusiles y las ametralladoras. Por eso los *tanks* son terribles cuando avanzan hasta las trincheras de primera línea, al través del *no man's land* (la tierra de nadie). Nada parece detener a esos monstruos que avanzan lentamente, rompiendo alambradas y vomitando fuego. *Limpian* la trinchera enemiga o la destruyen para regresar a las líneas británicas y aguardar la orden de otra carga. Hacen falta, en ellos, hombres muy diestros, muy valientes y dispuestos al sacrificio en caso de peligro.»

«¿Cómo así?...»

«Pues porque los hombres que guían un *tank* saben que no han de rendirse a los alemanes. Un *tank* ni puede ni debe caer en manos del enemigo, que lo copiaría y lo utilizaría contra nosotros. Por eso los soldados que van dentro, están juramentados para hacer estallar el *tank* si le viesen en peligro de ser capturado. Ya ven ustedes que es una misión poco envidiable...»

Luego vagamos, sin rumbo fijo, por el campo de batalla del Somme, cuyo lúgubre aspecto parece arrancado de una página del Dante ilustrada por Gustave Doré.

Nada más triste y monótono que este paisaje devastado. En la inmensa llanura parda sólo vemos, a lo lejos, las ambulancias y las hogueras que han encendido los soldados a un lado y al

otro de la carretera. Estamos muy lejos de las trincheras de primera línea, pero retumba, en esa calma, el estampido del cañón. Hace un frío glacial. Sopla un viento fuerte que corta la cara, y en el cielo oscuro los nubarrones amenazan con una próxima descarga.

Abrigados hasta las orejas, inclinadas las cabezas hacia el suelo, temerosos casi de abrir la boca a causa de la temperatura, vamos caminando lentamente con un aspecto de frío y malestar que inspiraría compasión a cualquier cristiano que nos viese.

A cada momento los pies resbalan en el lodo o se meten dentro de algún charco de agua. Aquí la tierra, está llena de hoyos que han abierto las granadas. Por todas partes se ven restos del combate, que por lo inútiles o deteriorados no han sido recogidos; fragmentos de cascos y de proyectiles, alguna mochila hecha jirones, tal cual fusil deformado, un zapato roto. Entretenidos con hallar por el suelo estos vestigios de la guerra, poco a poco vamos separándonos y husmeando en la pista nuevos objetos, como perros de caza al acecho de su presa.

Uno ha cogido una bayoneta y lo anuncia levantándola en el aire, como un trofeo. Otro calcula detenidamente si le conviene más llevarse un fragmento de fusil o el casco de una granada. A distancia el capitán se vuelve y nos grita que nadie recoja o golpee con el pie ningún objeto de metal sin avisarle. Son varios los proyectiles

caidos en la llanura sin estallar, y puede cualquier imprudencia nuestra producir una explosión. La advertencia es saludable y vamos examinando los objetos con el debido respeto.

De pronto varias exclamaciones nos agrupan en un mismo lugar. Alguien ha hallado ¡una pierna!..., es decir, lo que aun queda de una pierna carcomida envuelta en las correas de una polaina y en una bota roída... ¿Será de un inglés o de un alemán?... No importa; el hallazgo es repugnante y pronto apartamos la vista de ahí. Junto a estos restos olvidados, hay una tumba improvisada y una cruz sobre cuya madera aparece un nombre borroso. Es al fin y al cabo este campo de batalla un inmenso cementerio donde aparecen, de cuando en cuando, varias cruces blancas en la tierra para recordarnos esta gran epopeya del dolor, del heroísmo y de la muerte. Y sobre las tumbas ignoradas, donde aun no han venido las madres a llorar, revolotean bandadas de cuervos buscando en la llanura restos de carne humana.

Empieza a nevar copiosamente y volvemos aprisa hacia la carretera, que se halla aun bastante lejos. En la guerra moderna, por lo visto, nada puede verse, salvo la organización de la retaguardia. Se oye el cañón, pero queda oculta la artillería; se sabe que hay miles de hombres batiéndose, pero permanecen ocultos en las trincheras hasta el momento de asaltar las posiciones enemigas. Y cuando avanzamos por una zona

de combate esperando descubrir algún pintoresco espectáculo de glorias militares, como en los cuadros de Meissonier, nos encontramos en un desierto árido de alambradas rotas y árboles desarraigados, donde la muerte alcanza invisible...

Llegamos, por fin, al campamento, chorreando nieve y en un estado lamentable. Aquí los soldados, parecen también muertos de frío, y bien rodean algún brasero o se golpean a sí mismos para entrar en calor. A un lado y al otro de la carretera forman interminable fila los grandes automóviles de la Cruz Roja y los transportes. Yacen, parados, los armones de artillería. Las mulas —acaso buénas mulas españolas— patean, nerviosamente, sobre el suelo encharcado, bajo las imprecaciones de los jinetes, cuyos rostros purpúreos casi desaparecen entre los cuellos de los gabanes y de las gorras hasta las orejas.

Hemos hallado un modesto albergue entre las tablas de una choza improvisada que sólo se halla cerrada por tres lados. En ella había un grupo de soldados calentándose a la lumbre de un brasero, y los pobres se han levantado para cedernos su sitio, por orden del sargento. Allí nos instalamos cada cual como en terreno conquistado, sentándose unos sobre algún bidón de gasolina, haciendo otros equilibrios sobre una estrecha tabla colocada entre dos viejos cajones de madera. La instalación no puede ser menos confortable, y el frío se siente igual que fuera; pero hay buen hu-

mor entre los excursionistas, y el capitán Fowler se cree en el deber de animarnos, diciendo:

«... ¡Señores, en la guerra, como en la guerra!... No hay más remedio... Bueno es que vean ustedes de cerca lo que pasan estos bravos a diario.»

Y mientras asentimos, dispuestos a aguantar pacientemente las inclemencias del temporal y las incomodidades del lugar, va pasando de la cesta el capitán botellas de vino, sandwiches de jamón, de carne y de compota, pan y queso. Hoy no hay cubiertos; apenas si alcanzan los vasos para todos, pero como bien dice el refrán: «A buen hambre no hay pan duro», y cuando se ha recogido lo sobrante, se han vaciado las botellas y se ha bebido, incluso un líquido oscuro y templado, con honores de café, rodeamos el brasero encendiendo los cigarros.

Fuera, nieva y sopla el viento de lo lindo. Los soldados que nos cedieron la barraca, van y vienen resignados, golpeando el suelo con los pies para entrar en calor. Un *Tommy* jovial y optimista hace el va y ven, marcándose un paso de *rag-time* y entonando a media voz una canción popular en Londres. Los otros sonríen al ver su buen humor, y a ratos corean la canción, como si no oyesen tronar el cañón, ni hiciese mal tiempo, ni tuviesen motivo para preocuparse de su suerte. ¡Qué admirable espíritu el de este ejército improvisado!...

Los llamamos para repartir entre ellos sandwiches y cigarrillos, que agradecen cordialmente,

y hacemos entrar al sargento y al cabo, a fumar en nuestra compañía.

El sargento es locuaz y comunicativo. Quiere producir grata impresión en el ánimo del capitán y en el de su auditorio. Cuenta episodios de las trincheras. Él estuvo presente cuando la explosión de la mina de Beaumont-Hamel, y al describirlo, a su manera, se ríe como pudiera hacerlo quien relata una broma pesada, pero observa que a nadie parece hacerle gracia una catástrofe tan horrorosa y entonces balbucea, se azora y se calla un poco abochornado.

Alguien observa sentenciosamente:

«... Cuando se piensa en todos los horrores de la guerra, se pregunta uno cómo la humanidad se ha dejado arrastrar por tal demencia.»

«Cierto, cierto, señor» —afirma el sargento meneando la cabeza—. «Y lo peor es no saber a punto fijo cuándo terminará todo esto... ¿Ustedes saben algo? ¿Qué se dice en Inglaterra?... Nosotros aquí no sabemos de eso nada; vivimos aislados del resto del mundo...»

Se cruzan de uno a otro palabras evasivas... Quizá este otoño... Acaso el invierno que viene se firme la paz... ¿Cómo desilusionar a estos bravos que esperan impacientes la hora de la victoria y el regreso al hogar?...

Pero el mismo sargento dice, mirando al suelo abstraído:

«¡Oh, no es por el pellejo de uno, que lo digo! Poco vale, y además hay que cumplir hasta el

fin... Ahora, eso sí, el día que esto termine estará cada cual muy contento de volver a su casa y abrazar a su mujer y jugar con los chiquillos...»

Y al oirle, sentimos una triste inquietud por el enigmático destino de este hombre... ¿Volverá a ver a los suyos?... ¿Será de los que saldrán ilesos de esta espantosa guerra, o de los que morirán en las hecatombes de tantos héroes desconocidos?...

Al atardecer del día más frío y más triste de cuantos hemos pasado en esta zona de guerra volvemos en automóvil hacia Albert. Los coches van despacio, tanto por el deplorable estado de la carretera, como por el gran movimiento de tropas que anima todo ese trayecto. Pasa la artillería, en interminable desfile, con el ruido ensordecedor de sus pesadas ruedas, sus caballos, sus arneses. Los largos cañones van todos embadurnados de pintura negra y amarilla, en forma de largas fajas que parecen la piel de una cebra. Vienen, detrás, los regimientos coloniales, y avanza, con paso marcial, una división de voluntarios australianos.

Son espléndidos atletas, de gigantesca estatura, que hacen honor a su raza. Su traje, de pantalón corto y media gruesa, que deja al aire libre la rodilla, les da, como sus camisas y cuellos flojos, cierto aspecto, más bien deportivo que militar; pero el sombrero de ala ancha y la capa les asemeja, no poco, a nuestros antiguos hidalgos españoles. Australia ha enviado varios miles de

sus hijos, y ha de mandar muchos más para sostener, a todo trance, la unión y la supremacía del Imperio. Quiere que sus tropas figuren entre las mejores de las que combaten al lado de Inglaterra. Paga a cada soldado suyo la suma fabulosa de cinco chelines diarios. Y así en equipo, presentación y calidad estos soberbios regimientos australianos, como los voluntarios del Canadá, han causado el asombro y la admiración de los ejércitos aliados.

Tras de estos colosos de Oceanía y de América, aparecen pequeños y juveniles los propios *Tommies* ingleses. Luego avanza, al paso, la caballería india, cuyos jinetes, de blancos turbantes y rostros bronceados, son la nota de color entre la soldadesca. Estos bravos guerreros de la India han prestado grandes servicios en la guerra, pero el clima, no el alemán, es su peor enemigo, y en sus ojos sombríos cree uno leer la nostalgia del sol de Oriente, del río sagrado y de los palacios y templos de Delhi.

Por fin, son los grandes vagones automóviles y los coches de la Cruz Roja los que cierran este desfile pintoresco de las fuerzas del Imperio Británico. Hombres, caballos y cañones se pierden poco a poco en la bruma con dirección a Arras. Sabemos que en la histórica ciudad, cuya visita nos está vedada, hay gran concentración de fuerzas. Se dice que Haig y Nivelle preparan una ofensiva formidable...

Ha caído el crepúsculo cuando pasamos por Doullens, en donde nos detenemos breves instantes para encender los faros, y llegamos a Tramcourt, después de largo trayecto, bastante fatigados.

Mas el capitán Roberts, resuelto a que no descansemos mientras sigamos en la zona de guerra, nos tiene preparado un banquete de despedida. Hasta ahora, todas las noches hemos tenido convidados. Hoy más que nunca. En el gran salón del castillo hallamos varios militares de distinta graduación, que fuman y charlan animadamente. Me presentan a un coronel que me habla, con grandes elogios, de la reciente visita del general Primo de Rivera. Luego trabo conocimiento con el párroco de Tramcourt, un sacerdote fino, humilde, de cabeza canosa y expresión llena de ingenua bondad, que parece arrancado de una página de *L'Abbé Constantin*. Este abate típico, que habla con gratitud de la difunta anciana Marquesa de Tramcourt, y que mira con cierta melancolía los retratos antiguos y los muebles, me hace el efecto de lamentar ausencias y de asombrarse un poco de esta invasión militar en el castillo aristocrático.

Esta noche reina aquí no poca agitación, compatible con la aparente serenidad británica. Ha llegado Mr. Lowther, el *Speaker* de la Cámara de los Comunes, lo cual equivale, en español, al Presidente del Congreso. Le acompaña una misión de tres japoneses, profesores y publicistas, y dos periodistas ingleses.

Cuando bajan al salón, la ronda de presentaciones se hace bastante laboriosa, por la variedad de nombres y de razas. Los diputados ingleses dan la bienvenida a su ilustre jefe. Mr. Lowther tiene gran aspecto: buena estatura, ojos azules, tez colorada, barba canosa y puntiaguda. Une la dignidad exterior a la distinción en los modales. Al presentarme a él Mr. Samuel, el ex ministro, lo hace en tan halagüeños, aunque inmerecidos términos, que el amable hombre público me dedica toda su atención, relatándome la última ruidosísima sesión, por él presidida en la Cámara, en la cual el *leader* irlandés, Mr. Redmond, y su grupo de separatistas han abandonado el local, después de armar terrible algarabía...

También los publicistas y profesores nipones, con esa deferencia oriental, bajo la cual apenas ocultan su ansia de minuciosa información, me acribillan a preguntas sobre la neutralidad de España, y me felicitan por lo que han oído respecto a mi actitud.

El banquete se desliza, al parecer, lleno de animación, pero también, ¿por qué no decirlo?..., sentimos en el fondo cierta melancolía. Es nuestra última noche en Tramcourt. Mañana nos despediremos de estos nuevos amigos que han hecho tan grata su hospitalidad. Partirán temprano los cuatro diputados ingleses a Boulogne, para embarcar hacia Inglaterra, mientras Albiz y yo regresaremos a París.

Sin embargo, el capitán Roberts, amable y deferente como siempre, nos propone alargar, por un día, nuestro itinerario en la zona inglesa. Antes de volver a París, visitaremos Calais. Hoy día, Calais es un gran taller de guerra. Veremos los *docks*, los hospitales, los talleres de reparación y podremos apreciar un nuevo aspecto del enorme esfuerzo de Inglaterra.



CALAIS, TALLER DE GUERRA



VIII

DESPUÉS de una despedida cariñosa por parte de los diputados ingleses, que me animan a embarcar para Inglaterra, y de haber saludado efusivamente al capitán Roberts, que nos ha hecho firmar en el álbum del castillo y nos ha regalado unos dibujos ilustrados sobre la campaña occidental, subimos, Albiz y yo, al automóvil, cerrado, en cuyo pescante se instaló, hace ya rato, el capitán Fowler.

Son las nueve de la mañana. Antes que nosotros salieron hacia Ipres el *Speaker*, Mr. Lowther, con los japoneses y los periodistas, y dentro de un rato los diputados ingleses salen para Boulogne, de regreso a Inglaterra. Nosotros hemos alargado la excursión de veinticuatro horas. Vamos a Calais, siempre acompañados por nuestro amable *cicerone* el capitán Fowler, que tiene órdenes de no abandonarnos hasta habernos instalado en el tren de noche, que nos llevará a París. Las autoridades militares de Calais ya

están avisadas, a fin de que no se oponga traba alguna a nuestra visita de inspección.

Damos los últimos apretones de manos, se cierra la puerta del coche, se agitan las gorras en el aire y pronto dejamos atrás la frondosa avenida del castillo de Tramcourt y las casitas del pueblecito. Corre, veloz, el automóvil, por las llanuras de Picardía, tapizadas de nieve. Ni siquiera para despedirnos ha querido asomar el sol por entre los nubarrones. El cielo sigue siempre con su implacable color de pizarra. No se ha atenuado el frío. Bien envueltos en nuestras pieles nos dejamos mecer, con indolencia, por el movimiento del coche. La fatiga del día anterior y del madrugón de esta mañana, me adormece... Parpadeo... En el horizonte aparecen las torres y la masa nebulosa de una población. Se vuelve el capitán Fowler, y al través del cristal, nos grita que aquello es St. Omer. Al instante recordamos el papel de esa ciudad cuando el calvario de los franco-ingleses después de la retirada de Mons-Charleroi... Luego, indiferente, veo desfilar los árboles de la carretera... Después, cierro los ojos... Apenas si vuelvo a abrirlos hasta llegar a los suburbios de Calais.

La gran ciudad, ennegrecida por el humo de sus fábricas, aparece de pronto a nuestros ojos. Cae una lluvia fina, menuda. Nuestro coche se ha detenido, entre otros varios carruajes, frente a un paso de nivel. Aquí y allí se ven grupos de mujeres con sus cestas bajo el brazo y sus

paraguas abiertos, hombres de blusa, *Tommies* de *kaki*, y un corro de chiquillos rodea, curiosamente, un gran coche de mulas, dentro del cual van, reclinados, varios prisioneros alemanes...

Reina gran actividad en Calais, y este movimiento y animación en las calles céntricas reconforta el ánimo después de los áridos paisajes de la guerra y de los pueblos en ruinas. Lo que más nos sorprende, aparte de ver tanta gente al cabo de unos días de aislamiento, son los policías que dirigen el tráfico. Calais se ve, hoy día, bajo una triple autoridad municipal; hay policía francesa, policía inglesa y policía belga. En un brazo llevan éstos los colores nacionales, pero no hay que figurarse que por tal medida preventiva estallan conflictos internacionales entre la fuerza pública y menos aun que se amotinan, contra unos u otros, los pacíficos ciudadanos. Al contrario, precisamente el que franceses y extranjeros tengan aquí su respectiva policía, evita toda conflagración. Así se revela la unión cordial de estas tres grandes naciones hasta en los más nimios detalles, y semejante alianza produciría verdadero asombro en el espíritu de la Reina María Tudor, esposa de Felipe II que, al morir, tenía, según el dicho popular, grabados en el corazón dos nombres, evocadores de no pocas desdichas: *Felipe* y *Calais*.

Apartándose del centro de la población el

automóvil se mete por callejuelas aisladas en busca del consabido *Intelligence Office*, donde han de informarnos acerca de nuestro itinerario. Paramos frente a una pequeña *villa* con jardín, entrando en el recinto y nos sale al encuentro un capitán que ya tenía noticia de nuestra llegada.

Después de hacernos pasar a su despacho donde telefonea dos o tres veces, desde su mesa, el capitán nos traza un proyecto rápido, con la decisión de un estratega en funciones. Propone que vayamos, ante todo, a visitar los *docks* antes de almorzar, porque a la una en punto nos espera su coronel en el Hotel Continental, donde quiere obsequiarnos con un verdadero *lunch*, y digo verdadero, porque entre ingleses se estila esa palabra al referirse a la comida de mediodía, y no se aplica lo mismo a una merienda que a un «champagne de honor», como suelen hacer los periodistas en nuestra amada patria.

Luego, añade el capitán, podremos visitar, con un permiso especial, el admirable hospital de la Duquesa de Sutherland y los grandes talleres de reparación. Pero no hay tiempo que perder...

Vamos, pues, a los *docks* después de dar no pocas vueltas en el automóvil y equivocarnos dos veces de itinerario. Los vagones de mercancías están atestados de cajas con letreros y de sacos, que envuelven sustancias alimenticias. Van y vienen, de la vía a los depósitos, los sol-

dados ingleses, llevando los cargamentos. Por encima de la cubierta de los *docks* se rizan, en el cielo plateado, unas columnas de humo ennegrecido. Oímos el silbido de los vapores amarrados al puerto. Aquí puede apreciarse el valor de las fuerzas navales de Inglaterra, que no interrumpe un solo día sus comunicaciones por el mar, a pesar de las pérdidas causadas por el bloqueo submarino. Un sargento que nos conduce al través de esas montañas de latas y de conservas, en cuyos letreros se lee «*beaf*», «*tea*» o «*jam*» y otros mil manjares en número suficiente para alimentar a toda una población, nos dice con orgullo:

«Tenemos bastantes provisiones para resistir varios días de incomunicación con Inglaterra... Y debe recordarse que eso significa el alimentar casi a unos tres millones de hombres.»

«¿Y qué se le da a cada soldado?»

«Aquí tiene usted la lista... Se le entrega a cada hombre diariamente:

4 onzas de tocino.

Medio kilo de pan o ídem de bizcocho.

1 libra de carne fresca o si no de carne en conserva.

Queso.

Compota o dátiles.

Y por las mañanas, como por las tardes, se les sirve te, azúcar y leche.»

Nos quedamos sorprendidos ante lujo tan generalizado entre hombres de los cuales quizá mu-

chos jamás comieran tanto en sus hogares humildes. Pero Inglaterra no repara en gastos y derrocha generosamente sus millones de libras esterlinas para que sus hijos, al luchar por ella, no sientan miserias ni privaciones. Y así en material, en equipo, en alimentación, su ejército está hoy provisto como el primer ejército del mundo. Al desembarcar las provisiones, llevan éstas ya escritos sobre las cubiertas el nombre de cada regimiento y el número de cada división. Del puerto se trasladan al tren. De la vía los recogen los grandes automóviles de transportes, que los llevan hasta las trincheras, y a las veinticuatro horas se telefonea al Cuartel General Británico que todo ha sido repartido y que no hay *Tommy* sin su rancho...

¡Luego dicen de «la maravillosa organización alemana!»; pero ¿quién, al ver esto, no ensalzará aún más la admirable improvisación británica?...

Acaso para inculcarnos la importancia que el militar inglés concede también al aspecto gastronómico de la guerra, el coronel ha querido ofrecernos un espléndido almuerzo en el Hotel Continental. Se había reservado un comedor particular, y, además del amable anfitrión, nos acompañaron el capitán que nos había recibido al llegar en el *Intelligence Office* y, también, el capitán W..., un elegante de Londres perteneciente a una familia de banqueros cuyo caudal pudiera atribuirse a las fantasías de *Las mil y una noches.*

Manjares delicados y vinos exquisitos nos hicieron olvidar que nos hallábamos en plena zona de guerra. Después de una larga y amena sobremesa, el capitán Fowler tuvo que recordarnos nuestra proyectada visita al hospital de la Duquesa viuda de Sutherland para poner punto final a esta grata reunión.

Entonces el capitán W..., que parece conocer muy íntimamente a la Duquesa, nos dice:

«Siento muchísimo que la Duquesa esté ausente de Calais esta tarde... Yo creía que iba a regresar temprano. Salió esta mañana de visita de inspección a otro hospital que tiene en Dunkerque... ¡Es lástima!... Ella también lo sentirá mucho cuando yo le diga...»

Y yo, si he de ser franco, no lo siento menos. Tenía verdadero empeño en conocer a la filantrópica Duquesa que tanto ha brillado y brilla aún en la crónica social de Londres por su arrogante belleza, su atractivo personal, su rango y su fortuna. La viudez ha quitado a esa corona algo de su esplendor; pero el tiempo ha sido más benigno y, según parece, esa mujer conserva en su figura la poética hermosura del otoño, tan seductora por la melancolía que inspira como los esplendores primaverales.

Pero ¡qué le hemos de hacer!... Forzosamente habrá que visitar el hospital sin su Duquesa, el cual ha de parecernos una jaula sin pájaro. Acordémonos, sin embargo, que el verdadero objeto de la visita era ver la instalación de los pobres

heridos de la guerra, y tengamos filosofía ante estos ligeros contratiempos.

Vamos, pues, al hospital.

Ha sido fundado en las afueras de Calais, gracias, en parte, a la generosidad de la Duquesa viuda de Sutherland y a los auxilios pecuniarios que le envía el Gobierno británico para su sostenimiento. Además, como ocurre en Inglaterra en toda empresa de esta índole, varios particulares han contribuído con donativos a la ampliación de los pabellones y al servicio del personal. La Duquesa, convertida hoy día en *nurse* de la Cruz Roja, dirige el vasto establecimiento. Cada sala es un distinto pabellón de madera con numerosas ventanas que dejan penetrar a raudales la luz y la ventilación. Hay laboratorio químico, botica, sala de operaciones. La higiene y la ciencia se dan la mano para el perfeccionamiento incesante de esta admirable fundación. La *nurse* y el médico auxiliar que nos acompaña relatan maravillas del nuevo método del doctor Carrel, aplicado a las heridas y adoptado hoy día en este hospital.

Se abre una puerta y penetramos en una de las salas...

Las camas de los heridos forman largas hileras blancas a lo largo del dormitorio. Se ven caras serenas, apacibles en la tranquilidad de la convalecencia; rostros contorsionados por el dolor, lívidos de esa lividez que refleja la lucha del organismo enfermo contra la muerte; cabe-

zas envueltas entre vendajes, brazos en cabestrillo, manos ocultas en el algodón. Hay en la sala, vasta y limpia, una tenue claridad muy grata a los ojos. Reina un silencio que sólo interrumpimos en voz baja. Creeríase entrar en un santuario, pero un santuario en el cual no se respira el perfume del incienso, sino el acre olor de los desinfectantes. Van y vienen sin hacer ruido las enfermeras, verdaderos ángeles de la guarda de estos pobres heridos mutilados que sonríen cuando una de sus bienhechoras les dice al pasar cualquier palabra consoladora.

Nos detenemos junto a la cama de uno de los heridos. Tiene los dos brazos extendidos y envueltos en vendajes y algodones. Le han sentado en el lecho contra sus almohadas y sereno, tranquilo, fuma un cigarrillo mientras lee una revista ilustrada colocada sobre un atril pequeño. Cuando ha terminado de leer una página, llama para que la *nurse* vuelva la hoja. Ahora parece muy satisfecho de nuestro interés, y contesta a las preguntas que le hacemos... Le hirieron en el Somme hace unos meses... Ya está mucho mejor, gracias. Total, no le ha pasado gran cosa si se piensa que muchos de sus camaradas están hoy bajo tierra... Y esto lo dice sonriente, optimista, con el optimismo del que resucita a la alegría de la vida.

El médico nos hace observar un frasco, sujeto en lo alto a una de las barras de donde cuelgan las cortinillas de la cama. En el frasco hay una

solución de hipoclorito cálcico, inventada y preparada por el doctor francés Carrel. Este método, según nos dice, realiza prodigios en la cura de heridas, que ahora se cicatrizan, gracias a él, con extraordinaria rapidez. Baja el líquido del frasco por unos tubos de goma que, por debajo de los hilos y vendajes, van a parar a la herida misma, y así la herida se ve constantemente humedecida por la solución medicinal.

«No tienen ustedes idea» —nos dice el médico— «de las curas rapidísimas que hemos logrado con este sistema.»

Y al mismo tiempo nos señala unas largas cuerdas que penden del techo y llegan hasta cada una de las camas, terminando por una polea, a fin de que el herido, agarrándose a ésta, pueda incorporarse, solo, en el lecho cuando el uso de los dedos se lo permita.

Lo que llama la atención al primer golpe de vista no es sólo la higiene y la limpieza del establecimiento, sino el aseo y el cuidado de los heridos. Aquí nada de rostros mugrientos o de manos sucias. Cada hombre está peinado, lavado y afeitado. Cuando hay que hacerles una cura o atender a ciertas urgentes necesidades, al instante se rodea la cama de biombos para librar al enfermo de miradas curiosas e impertinentes. En este mismo momento en el fondo de la sala se oye, por detrás de unos biombos, ayes lastimeros que atestiguan una cura dolorosa. Los vecinos no se inmutan por eso. Han visto y han

oído cosas más horrorosas en las trincheras y en los campos de batalla, y cada cual piensa en sus propios males, o en sus recuerdos, o en sus esperanzas. Los que no sufren sonríen y están alegres como chiquillos.

Acaban de instalar dos enfermeros en su lecho a un herido que viene lívido, procedente de la sala de operaciones. El infeliz se queda inmóvil, con los ojos entreabiertos y atontado aún por los efectos del cloroformo. Uno de sus vecinos se incorpora en la cama y le dice con ironía:

«Qué, ¿estás como cuando hiciste la travesía del Canal?»...

Suena una risa celebrando esta broma de colegiales, y el aludido contesta entre dientes algo vago, incoherente, haciendo un penoso esfuerzo para sonreir.

Seguimos al doctor y a la *nurse,* pasando revista a los heridos. El capitán Fowler los interroga. La mayor parte de ellos han sido heridos en Ipres o en el Somme, donde hubo verdaderas hecatombes, y nos enseñan con cierto orgullo la maquinaria que da vida y movimiento a sus miembros rotos o a sus nervios atrofiados.

Cuando el capitán les hace unas preguntas o les da una palmadita, parecen muy satisfechos. Pasamos a otro; luego a otro. Un oficial charla amistosamente con uno de los *Tommies* que se halla en plena convalecencia. A su lado hay un soldado rubio, de aspecto muy infantil, cuyo semblante y ojos azules reflejan honda tristeza...

¡Quién sabe si pensará en su madre y no espera verla más!...

«¿Es posible que ese chico tenga la edad reglamentaria?»— pregunto yo, en español, al capitán Fowler.

Y el capitán, incorporándose sobre la cama, le pregunta, a su vez:

«¿Cuántos años tiene usted?»

El niño soldado se sonroja, titubea y contesta con una voz más infantil que su aspecto:

«Diez y ocho años, mi capitán.»

«No lo creo» —me dice luego el capitán—. «Son muchos los chicos que se han presentado sin haber cumplido los diez y ocho marcados por la ley. Éste, más bien parece tener quince.»

El médico, interrumpiéndonos, se acerca y nos dice al oído, señalando al herido que ocupa la cama de al lado:

« ...Aquél está muy mal... Me parece que se nos va...»

No necesita decírnoslo: el hombre es ya un cadáver con un leve reflejo de vida. Su rostro, demacrado, tiene una palidez terrosa. Los ojos, entreabiertos, permanecen fijos y vidriosos; y las manos, largas, flacas, afiladas, clavan las uñas en las sábanas como si se agarraran a la vida desesperadamente.

El capitán, en medio de un silencio angustioso, se inclina sobre el enfermo para decirle algo. Pero el infeliz nada responde. Apenas si sus ojos se vuelven hacia el que le interroga. Y lo terri-

ble no es ese mutismo, sino la expresión de su rostro, mezcla de odio y de rencor estéril contra su propio destino que le jugó una broma tan macabra...

Algo turbados por el efecto que pudiera hacernos tan triste espectáculo, el doctor y la ***nurse*** nos llaman la atención hacia otro lado.

Acaba de entrar en la sala un *Tommy*, de nariz respingada y cierto aire de *clown*, que lleva en su uniforme azul una manga flotante. El *Tommy* debe de ser muy popular, porque se le oye llamar, entre bromas, de distintos lados.

«A ese» —nos dice el médico— «hemos tenido que cortarle el brazo derecho. Se le ha dado ya de alta y mañana vuelve a Inglaterra... Por eso le ven ustedes tan satisfecho.»

El soldadito manco se ha acercado a la cama de uno de sus compañeros, y al preguntarle éste si está contento de marcharse, le oigo decir con jovialidad pasmosa:

«¡Ya lo creo!... Como que vuelvo a casa y, además, ahora me va a salir más barato el sastre si suprimo una manga...»

Y este chiste increíble en que hay tanto de estoicismo como de inconsciencia juvenil, me llena de melancolía.

No ven aún los mutilados su porvenir sombrío. Se hallan todavía bajo el júbilo de haber escapado a las garras de la muerte. Pero algún día se acabará la guerra, se cerrarán los hospitales, volverán a sus hogares las caritativas damas

que sacrificaron su frivolidad mundana a los nobles impulsos de su corazón. Y entonces quedarán como vestigios de una guerra brutal, estéril y fratricida, toda una legióu de mutilados, cojos, mancos, ciegos, sordos, locos y desequilibrados, sin más amparo que el asilo, ni más consuelo que la muerte. Este día fatal quizá envidien a los que ya cayeron y ahora yacen bajo tierra; a toda esa generación segada en flor, que cantó la genial lira de Verhaeren poco antes de que la tumba rompiera sus cuerdas vibrantes:

«Vous ne reverrez plus les monts, les bois, la terre,
Beaux yeux de mes soldats qui n'aviez que vingt ans
Et qui êtes tombés, en ce dernier printemps,
Ou plus que jamais douce apparut la lumière...»

Nuestra última visita en Calais fué para los inmensos talleres de reparación del material de guerra que han fundado aquí los ingleses, como también en el Havre y en Dunkerque.

El objeto de estas vastas instalaciones es el de evitar la pérdída de tiempo y de dinero que supone el traslado de todos los objetos, aun utilizables, recogidos en el campo de batalla para llevarlos hasta Inglaterra y traerlos de nuevo a Francia.

Hoy se ha resuelto este importante problema que antes encarnaba tan grandes dificultades, gracias a la benevolencia del Gobierno francés que, al fin y al cabo, al ayudar a sus aliados, se ayuda a sí mismo.

...Aquello es un mundo por las dimensiones, el trabajo incesante y la febril actividad que reina entre la multitud obrera empleada en esas labores. Allí trabajan más de dos mil mujeres francesas, pagadas por el Gobierno inglés y más de mil operarios ingleses, que son, en su mayoría, soldados. Sólo en recorrer todos los talleres se tarda unas tres horas. Huelga decir que no intentamos semejante cosa, y nos pareció muy suficiente el pasar por los talleres principales, donde la primera sensación que resentimos fué la del vértigo ante el ruido infernal de los martillos, las tenazas, las ruedas de las maquinarias, el va y ven de las gentes, las voces, y sobre toda esa cacofonía, las mujeres cantando a coro, entre risas, si no con una escrupulosa afinación, al menos con una alegría sana y optimista.

Y en ese vasto hormiguero humano, el material de guerra usado y recogido, se limpia, compone, remienda y transforma... Como en uno de los grandes almacenes de París o de Londres, todo se halla dividido por secciones. Empezamos por la del calzado. A montones surgen del suelo los pares de botas sucias y roídas, que van recogiendo las mujeres echándolas, primero, en los largos lavaderos de agua caliente. Allí se jabonan, se frotan y se desinfectan. Luego se secan y se les da aceite para ablandar y desengrasar los cueros. Después se reparan los desperfectos, se añaden suelas, tacones o clavos, por medio de una máquina rápida e ingeniosa,

de la cual sale el calzado como nuevo al cabo de unos tres cuartos de hora. ¡Y con este procedimiento se reparan más de 120.000 pares de botas al mes!

Lo mismo sucede con los equipos y las armas. Vemos en el suelo mochilas mugrientas y rotas, que parecen, a distancia, el montón de basura de un trapero, y que, después de lavadas, desinfectadas y cosidas, creeríanse nuevas. En la sección de armas, los cartuchos vacíos se limpian y cargan, a fin de que puedan utilizarse en las prácticas de tiro. Los fusiles y las ametralladoras se ajustan y se les ponen piezas nuevas. Las bayonetas se frotan, se afilan y se prueba la flexibilidad de sus hojas de acero... Y nada más curioso que ver en manos femeninas estas armas destructoras con que se matan los hombres...

Caretas de gases asfixiantes, cañones de campaña, camiones automóviles y bicicletas, todo va pasando por una inspección minuciosa de los oficiales y de los técnicos... Hago merced al lector de una descripción detallada de estos inmensos talleres. No hicimos más que recorrer las salas principales a fin de entrever tan sólo un nuevo aspecto de la improvisación y del enorme esfuerzo realizado por la Gran Bretaña desde que estalló la guerra.

...Fatigados por un día de incesante traqueteo tomamos, a las ocho y media de la noche, el tren de París. En el viaje, aun nos aguardaban

mayores fatigas. No obstante las órdenes dadas por teléfono, no habían podido reservarnos un coche, lo cual fué causa de un vivo altercado entre el capitán Fowler y el jefe de estación. El tren venía atestado de gente. Tuvimos que meternos en un coche, ya casi del todo ocupado por militares y empezó el viaje largo, lento, aburrido, con paradas en cada estación, sacudidas repentinas, portazos turbando la quietud y el silencio de la noche... Uno de esos viajes en que se mira con hostilidad al vecino roncando plácidamente y al intruso que se asoma por la ventanilla para hallar un hueco donde sentarse, y en que no se sabe cuál será, por fin, la postura menos incómoda, ni en qué cosa más aburrida puede uno pensar para dormirse...

Y este viaje, que recuerdo como la impresión de una pesadilla, no llegó a su término feliz más que ¡a las diez de la mañana del siguiente día!..., hora afortunada en que, al fin, llegamos a París...



LA ZONA DE VERDUN



IX

AL llegar a París nos entregan en el hotel una carta urgente del Ministerio de la Guerra. Dicha carta nos anuncia que a las ocho y minutos de la mañana siguiente pasará a buscarnos, en automóvil, el capitán de Ganay para llevarnos a la estación. Allí tomaremos, de nuevo, un tren militar que ha de conducirnos a la zona de Verdún.

Este descanso de veinticuatro horas en París resulta más cansado de lo que pudiera uno figurarse, tal es el ajetreo de correrías, visitas y encargos que nos tienen en perpetuo movimiento. Ahora París se nos antoja más bella y sugestiva desde que hemos visto las visiones de la guerra con sus ruinas y sus áridos paisajes. Por de pronto volvemos a ver el sol: un sol pálido, eso sí, que parece asomarse tímidamente por entre las nubes, pero que baña con luz dorada los suntuosos edificios de esta urbe grandiosa, e ilumina, con la alegría de la vida, los bulevares ruidosos y el Sena silencioso...

¡Sí, gocemos, al pasar, de las horas felices que nos ofrece la vida!... Mañana volveremos a ver los horrores de la guerra y de la muerte, que a todos nos iguala... Mañana quizá estemos en Verdún, lugar glorioso de la más formidable batalla que ha presenciado el mundo, hasta la fecha.

En el Quai d'Orsay, adonde paso a saludar, de nuevo, al jefe del Protocolo, M. William Martin, éste me dice, después de darme la bien venida:

«¿No han recibido ustedes ya el aviso del Ministerio de la Guerra? Lo mandaron ayer...»

«Sí, pero hemos llegado sólo esta mañana, después de un viaje interminable...»

Y narro, aquí, la vuelta de Calais y mis impresiones del frente occidental. Hecho lo cual, pregunto:

«Bueno, y ahora ¿adónde nos llevan?...»

«A Verdún...»

«Bien... ¿y qué más?...

«Cómo... *¿y qué más?*... ¿Le parece a usted poco interesante?»

«Me parece, desde luego, interesantísimo, pero me ha entrado el ansia de ver cosas nuevas, por ejemplo, Reims...»

En la expresión de M. Martin reaparece el funcionario burocrático:

«... ¡Oh! no pida usted lo imposible. Reims no se puede visitar desde hace varias semanas. El general Nivelle no quiere conceder ningún permiso...»

«Pues lo siento...»

«Yo también; pero en cambio va usted a tener el privilegio de dormir en Verdún, lo cual en tiempo de guerra es excepcional para un civil. Les acompañará a ustedes, en esta excursión, el conde Gerard de Ganay y van, también, un prelado español, el Obispo de...., y Mgr. Baudrillart, el rector de la Universidad Católica de París, a quien creo que usted conoce...»

«Le conocí, en efecto, en Madrid, el invierno pasado.»

Y al oir esto, celebro que la casualidad me reuna, otra vez, con persona de tan vasta ilustración.

Vuelvo luego al hotel a comunicarle a Albiz las últimas noticias.

En el hotel me encuentro al personal del *bureau* y al propio dueño tan agitados con motivo de nuestra excursión a Verdún, como si fueran a tomar parte en ella. El director, que está al corriente de estas idas y venidas de los Ministerios y de las Embajadas, me colma de atenciones superfluas, sin que entre éstas vaya incluída, claro está, ninguna rebaja en la cuenta. Pero como buen demócrata y republicano concede su importancia al abolengo y me explica detalladamente que el capitán de Ganay que ha de venir a buscarnos es el Conde Gerard de Ganay, hermano del Marqués del mismo nombre, cuyo suntuoso palacio está en la rue du Faubourg St.-Honoré, y cuya antigua familia pertenece a la más linajuda aristocracia francesa...

«El conde...» —añade con cierto aire de superioridad— «es un antiguo cliente del hotel. Viene aquí muy a menudo...»

Y yo, al oirle, pienso que nunca se aprecian tanto las cosas como cuando se han perdido, y que en ningún lado fascinan las coronas como en esta república de la igualdad y de la fraternidad, tan aficionada a honores, dignidades, cruces y cintajos.

A la mañana siguiente, salimos, pues, a eso de las ocho, en un automóvil del Ministerio de la Guerra, para la estación. Ha venido a buscarnos el capitán de Ganay, un formidable hombrón de atléticas proporciones y bigotazo rubio, caído, a *la gauloise*. Su aparición es una prueba palpable de que si en esta democracia latina aun perduran las aristocracias, tampoco ha fenecido la raza de gigantes.

El capitán de Ganay es sencillo, francote y en su porte y sus modales más destaca la natural rudeza de la vida de campo y de cuartel que el ambiente refinado de los salones. Como nos hemos retrasado, nos indica que ya deben hallarse en la estación los prelados y salimos a toda prisa.

En efecto, al llegar a la estación, entre el gentío que se agolpa frente a las taquillas y los andenes, hallamos el grupo de eclesiásticos. Son éstos un joven prelado español, el Obispo de..., cuya diócesis me callo, por ruego del interesado. Le acompañan el presbítero D. Gabriel Palmer, un simpático sacerdote mallorquín a quien co-

nozco desde mi infancia, y el ilustre rector de la Universidad Católica de París, Mgr. Baudrillart. En la faz pálida y los ojos negros del joven Obispo español resplandecen la modestia y la bondad. En la de Mgr. Baudrillart, un talento penetrante y una voluntad firme. El Obispo es alto y delgado. Mgr. Baudrillart es pequeño y ancho. Pero al hablar se crece; sus ojos se clavan imperiosamente, al través de las gafas, sobre su interlocutor, y su voz metálica, dura, revela al hombre acostumbrado a mandar, no a discutir.

Sin embargo, es un compañero de viaje observador y agradable. En el coche reservado que han puesto a nuestra disposición reanudamos la charla interrumpida en el andén. Hablamos de la guerra y de las *fibias* y las *fobias*. Mgr. Baudrillart estuvo el año pasado en España a raíz de publicarse su famoso libro *Alemania y el Catolicismo*, y conoce mis escritos, acerca del conflicto, que tiene la benevolencia de elogiar. Ahora, corta las páginas de la nueva novela de Bourget, a quien conoce, y me habla también de Barrés, a quien pienso visitar en cuanto regrese a París. Es un prelado que por su situación se halla muy al tanto del ambiente político, social y literario...

El tren va atestado de militares, hasta en los pasillos. Mientras el capitán de Ganay se dirige al vagón-restaurant, para reservarnos dos mesas, alguien pregunta cuál es el término de nuestro viaje por tren.

«Bar-le-Duc» —contesta Mgr. Baudrillart. «El

tren no llega hasta Verdun... En Bar-le-Duc salen a recibirnos, y de allí vamos en automóvil a Verdun.»

El Obispo español que desea la mayor discreción respecto a su viaje al frente, pregunta con cierta inquietud:

«¿No habrá, verdad, periodistas ni fotógrafos por aquellos lugares?...»

Y yo, para tranquilizarle, exclamo:

«¡Qué ha de haber!... No verá usted por ahí ni un reportero, ni una máquina fotográfica. Se les teme más que a los alemanes...»

Pero la experiencia se encargó de desmentir, aquella misma tarde, mi audaz afirmación...

En la estación de Bar-le-Duc nos aguardaban Mgr. Ginisty, Obispo de Verdun, un capellán del regimiento, el Obispo de Gappes y dos capitanes de infantería. Como fuimos de los pocos que bajaron al andén, esta comitiva semi-eclesiástica despertó la curiosidad de los viajeros asomados a las ventanillas, a lo largo del tren.

Al dirigirnos hacia la salida casi todo el mundo saludaba al Obispo de Verdun, muy popular en su diócesis y entre los soldados. El otro Obispo, el de Gappes, es hoy capellán de un regimiento. Risueño, afable, nervioso, habla con una volubilidad inverosímil, y sus movimientos rápidos, al gesticular, recuerdan a los de una ardilla.

Hice observar a los militares que Albiz y yo parecíamos, entre tanto sacerdote, dos monaguillos...

Al salir de la estación nos encontramos con tres grandes automóviles cerrados, conducidos por militares. Una nube de chiquillos nos rodean, y se agregan a los curiosos mujeres, soldados, mozos...

«Tenemos que detenernos en Souilly» —nos advierte uno de los capitanes— «para que saluden ustedes al comandante en jefe, el general Guillaumat... Estaremos allí en media hora...»

Subimos Albiz y yo a un coche con nuestro *cicerone* M. de Ganay, y toman los tres automóviles, velozmente, la carretera sin que apenas podamos echar un vistazo por las calles arboladas de Bar-le-Duc. El camino está encharcado de agua, a causa de las recientes lluvias. Cada vez que pasa un transeunte se aparta prudentemente para evitar las salpicaduras de las ruedas...

No hace frío, pero está nublado, y sólo, a ratos, se asoma el sol...

Al entrar en Souilly, nuestros coches, siempre en fila, se dirigen por la calle principal hacia el Cuartel general. Frente al edificio, habitado por «el general en jefe de los ejércitos de la zona de Verdun», hay varios curiosos aguardando la llegada de los automóviles, tanto en la calle como en las ventanas...

Al pie de la escalera sale a recibirnos, entre sus ayudantes, el propio general Guillaumat, que ha sucedido a Petain en el mando de Verdun. Es un hombre bajo de estatura, más bien grueso, de nariz afilada y cabello y bigote gris. Sus ojos,

claros, tienen una mirada viva, penetrante, y es deferente, cortés. Sobre el uniforme luce una sola placa condecorativa...

El general Guillaumat se ha empeñado en que subamos a descansar unos minutos a su despacho. Una vez allí, después de dirigirnos por turno la palabra y de emitir frases halagüeñas para España y para el Rey, se felicita de que visitemos «esa ciudad gloriosa, en ruinas», cuya defensa ha sido una de las más hermosas páginas de la historia militar de Francia. Y entre los rumores de aprobación, el general, mirando a los Obispos, añade con un tacto exquisito:

«... Se ha juzgado mal a Francia al suponerla desquiciada por las disensiones interiores... Hoy no hay «derechas» o «izquierdas». Hay sólo franceses inspirados todos por una idea única: la salvación de la patria...»

Nuevos rumores de aprobación, y se oye decir al Obispo de Verdun:

«... El soldado francés nos ha rehabilitado ante el mundo. ¡Es el *poilu* el que ha salvado a Francia!»

Al ir a despedirnos, el general, muy amablemente, nos invita a almorzar para el siguiente día. Luego nos acompaña. Cuando salimos a la calle por la gran escalera principal ha aumentado el número de espectadores, y entre ellos hay varios fotógrafos enfocándonos con sus máquinas, incluso uno que impresiona una película cinematográfica.

Ver esto el Obispo español, turbarse, y quizá sentir ganas de echar a correr, todo es uno. Mas la dignidad de su hábito y el ir hablando con el general le impide darse a la fuga, aunque en su azoramiento se vuelve hacia mí y me implora con la mirada, como si yo pudiese sacarle de tan penoso trance.

Y yo, al recordar mi inexacta afirmación en el viaje, no puedo menos de reirme como si fuese el causante de la broma.

Unas semanas después de este incidente pude verme a mí mismo en la película que dieron en Madrid en el teatro Benavente.

Ahora entramos de nuevo en los automóviles para seguir nuestro itinerario. Por el camino se va notando la proximidad de Verdun. El paisaje adquiere poco a poco los tonos pardos y el aspecto árido de las zonas de guerra. La tierra está revuelta, y las lluvias han convertido la carretera en un lodazal en que patinan las ruedas de los coches. Como en los alrededores de Ipres, se ven también alambradas rotas y raíces de arbolado. Hasta aquí ha llegado el bombardeo que ha destruído esta ciudad gloriosa sin rendirla ante el adversario. No en vano dice Barrés: «El Argona y Verdun parecerán siempre las Termópilas de Francia.»

De pronto, sobre la colina, aparecen las ruinas de Verdun, puerta de hierro que no pudo forzar la avalancha germánica. En lo alto se ven ya las casas y los muros desmoronándose.

«¿Adónde vamos?» —pregunto, sin apartar la vista del panorama evocador de tantas hazañas heroicas.

«A la ciudadela» —contesta el capitán de Ganay...— «Allí, en los subterráneos, cenaremos y dormiremos esta noche... No hay otro lugar. Toda la población de Verdun ha sido evacuada hace ya tiempo. El general Guillaumat vive, como han visto ustedes, en Souilly, y el Obispo de Verdun en Bar-le-Duc. Aquí no habita más que la guarnición militar...»

... Los automóviles han tomado, cuesta arriba, la dirección de la ciudadela, y entramos como por un largo pasillo que cercaran dos muros de tierra. La visión de Verdun desaparece ante nuestros ojos...

Y de pronto llegamos a una plazoleta, en cuyo fondo está la entrada de la ciudadela, semejante a la entrada de una cueva que hubieran construído bajo una roca...

No es, en verdad, menos asombroso lo que vamos a ver al apearnos de los coches. Los subterráneos de la ciudadela, donde hoy vive cobijada entre las ruinas la guarnición de Verdun, son inmensos. Recorremos, admirados, las vastas galerías de ovalado techo, parecidas a los túneles que unen, bajo tierra, los andenes en las estaciones de ferrocarril. Todo tiene el ambiente de estación: las luces eléctricas que iluminan noche y día los pasillos, el rumor de voces, el estrépito de máquinas. Van y vienen soldados incesante-

mente. Por ese laberinto de galerías nos acompañan el comandante de la fortaleza y los oficiales. Tres *poilus* llevan los equipajes hasta el dormitorio, donde hemos de pasar la noche...

Entonces M. de Ganay, acercándose a Albiz y a mí, nos propone una cosa que aceptamos al instante: ir los tres hasta el fuerte de Souville, mientras los prelados visitan los hospitales y la iglesia del vecino pueblecillo de Ancemont.

«Quiero que vean ustedes el fuerte de Souville antes de la caída de la tarde» —añade el capitán de Ganay—. «Desde lo alto del fuerte se ve todo el panorama de Verdun...»

Y de nuevo entramos en el automóvil para ir internándonos en el paisaje inmenso, turbio, desolador, que parece hecho de agua y de lodo y que sólo refleja una impresión de muerte...



DESDE EL FUERTE DE SOUVILLE...



X

EL fuerte de Souville está situado en la segunda cadena de fortificaciones, a unos dos kilómetros de Verdun.

Tiene, enfrente, a Douaumont, lugar que evoca lluvias de fuego y espantosas carnicerías humanas, hoy reconquistado por los franceses. La misma fortaleza de Souville ha sido destruída en su mayor parte, y ahora se reconstruye abriendo nuevos canales subterráneos.

En el momento más culminante de la terrible batalla de Verdun, cuando parecía ya inminente la caída de esta ciudad heroica, hasta el fuerte de Souville, alcanzó la ola teutónica... Mas fué para estrellarse. De los doscientos alemanes que penetraron en la fortaleza no salió ni uno vivo... Un nuevo contraataque francés libró al fuerte de sus invasores... Fácil es imaginarse esta escena de ferocidad y de sangre, parecida a un lienzo macabro, pintado por Goya.

El camino, hasta el fuerte, se halla tan desnive-

lado por los baches y el agua, que nos vemos obligados a abandonar el coche. Lentamente, vamos andando entre los charcos, y nuestros pies se hunden en el barro... Verdun queda atrás, a gran distancia. Delante es un inmenso desierto pardo, sin ambiente de vida alguno, como un cementerio...

A la entrada del fuerte nos detenemos ante los centinelas embadurnados de lodo, como el paisaje, y cubiertos por sus cascos de metal. Salvo por la fosa que rodea la fortificación, no hay ninguna analogía entre ésta y los castillos de antaño. La puerta es un boquete negro y lo estructura exterior del fuerte sólo parece las sinuosidades del terreno de una leve colina, por entre cuyas rocas se ocultan los cañones. Se acabaron los torreones y otras lindezas románticas.

Mientras van a buscar al comandante de la fortaleza, el capitán de Ganay nos dice:

«Aquí nadie puede entrar, aunque sea militar, sin permiso especial del que manda el fuerte... Esperaremos a que salga el comandante...»

Nos sentamos, algo fatigados por la caminata, sobre unas latas de gasolina que hay junto a los estrechos railes de los trenes de *ravitaillement*.

Por estas vías pequeñas, Verdun comunica con la cintura de sus fuertes trasladando municiones y aprovisionamientos. Los alemanes tiran constantemente para dificultar toda comunicación. Ahora mismo oímos el lejano tronar del cañoneo... Ganay se vuelve hacia un sargento que hay en la entrada:

«... ¿De dónde viene eso?...»

«Debe venir de Douaumont o del Mort-Homme, mi capitán».

«¿Siguen tirando a diario?...»

«A diario, mi capitán... Pero lo de hoy es poca cosa... Unas cuantas *marmitas*, para que no perdamos la costumbre».

Su comentario nos hace sonreir. En el *argot* del soldado se llaman *marmitas* a las granadas. El peligro constante hace hablar de la muerte y de sus medios destructores en tono de chanza y de indiferencia...

Se nota cierto ir y venir a la entrada del fuerte. Uno de los *poilus* de la guarnición, sucio, desaseado, con la barba crecida, se asoma para decirnos:

«Ya viene el comandante...»

Ganay díce a media voz, al levantarse:

«... Ya le verán ustedes... Está muy cojo... Pero tiene un temple y una energía admirable... Sus soldados le adoran...»

En el boquete negro de la entrada surge una silueta. Los centinelas saludan, y avanza despacio, cojeando y apoyado sobre un bastón, el propio comandante de la fortaleza.

«Je vous demande mil fois pardon, messieurs, mais...

Su voz es metálica y sonora, como la de un clarín de guerra. Su mano parece de hierro al apretar la nuestra. Tiene un porte marcial de militar y antiguo hidalgo a la española, realzado por la

capa blanca que cae sobre sus hombros. Sobre su pecho luce la cruz de guerra y la legión de honor, visibles testigos de su valor y de su pericia...

Se excusa por habernos hecho esperar largo rato, pero está haciendo su visita diaria de inspección... Ahora le acompañaremos...

Y después de un breve cambio de impresiones con Ganay, a quien conoce, penetramos en esa cueva negra y húmeda que se llama el fuerte de Souville.

Creeríase, de pronto entrar en la galería de una mina. La primera impresión, después de cegarle a uno las tinieblas, es la de asfixiarse. El aire de los subterráneos parece irrespirable, fétido, saturado por el olor de una humanidad que vive ahí sin comodidades ni limpieza posible, como viven los topos o las ratas. Acá y allá una débil lucecilla eléctrica permite ver el bulto de las cosas y las siluetas de las personas. Se oye ruido de palas y piquetas abriendo nuevos boquetes en la tierra. Las paredes chorrean humedad...

El comandante, en tono de broma, nos dice al conducirnos:

«Quizá no les parezca a ustedes esto muy confortable, pero ahora vivimos con lujo... Hasta hace un mes no teníamos, siquiera, luz eléctrica...»

Abre una puerta y nos enseña su cuarto, una habitación modestísima con cuatro muebles y una

cama de campaña, muy baja, que bien pudiera ser la de un asceta en penitencia. Un lavabo portátil, unas fotografías y una mesa llena de libros y de papelotes completan el mobiliario...

«Yo no me puedo quejar ¡pero estos pobres *poilus!...*»

Y para completar su frase nos conduce, casi a tientas, por este laberinto oscuro, hasta uno de los dormitorios.

Allí las camas suspendidas a lo alto del muro parecen las de un *sleeping-car*. Sobre ellas, envueltos en unas mantas pardas, descansan varios soldados. Algunos al vernos entrar, se incorporan en el lecho y saludan militarmente al comandante. Otros, ni se mueven. Duermen extenuados de fatiga y sus ronquidos atestiguan un sueño abrumador.

«¿Están malos?» —pregunto, por lo bajo, al comandante.

«No» —me responde éste—. «... Es que han estado de guardia o trabajando toda la noche.

Y cuando salimos de la sala, cálida y mal oliente, en que duermen estos infelices, cuyo aspecto exterior refleja el espíritu del sacrificio de estos bravos soldados de Francia, el comandante nos dice:

«Aquí trabajamos noche y día construyendo el nuevo fuerte, porque el antiguo en su mayor parte fué destruído durante la batalla de Verdun... Ahora mismo, en el momento de llegar ustedes, se han encontrado sepultados, en una galería,

seis cadáveres... Esto ocurre muy a menudo, porque toda la zona de Verdún es hoy *un gran cementerio improvisado*».

Apoyándose en su bastón y en el brazo de un sargento, nos conduce el comandante por esas galerías laberínticas. El terreno comienza a subir. De cuando en cuando el comandante dice: «¡cuidado!», para advertirnos la proximidad de unos escalones. La luz del día va filtrándose, al través de las tinieblas, como sucede cerca de la salida de un túnel...

De pronto llega otra vez a nuestros oídos el tronar del cañón, y el comandante se detiene.

«... Parece que eso va *calentándose*... ¿Podremos subir?...»

«Sí, mi comandante» —contesta el sargento...— «No es hacia aquí...»

«... ¿Por dónde tiran?...»

«... Hace un momento que tiraban por el lado del Mort-Homme, mi comandante. Ahora responden también las baterías de Douaumont.»

El comandante vacila unos segundos. Douaumont está, justo, enfrente y en línea recta del fuerte de Souville, y teme que puede caernos algún proyectil desviado. Pero crece, al punto, nuestro interés ante la posibilidad de presenciar, aunque sea a distancia, una acción de guerra, y rogamos al comandante que disipe esos temores. Éste se deja convencer, diciendo:

«Bueno, vamos allá... Siempre cabe posibilidad de que nos vean y nos manden una *marmita*

de recuerdo... Pero, en fin, ya hay menos luz y menos riesgo...»

Por las estrechas galerías, húmedas y oscuras, vamos tropezando y subiendo escalones. Aquello es un verdadero laberinto, que me recuerda mi visita a las catacumbas de Roma... Afortunadamente, ya aumenta la luz y llega el aire hasta nosotros...

Estamos en la cima del fuerte de Souville...

No se ve, de pronto, más que cielo y tierra; una tierra llana, inmensa, que parece un mar turbio, sobre el cual vuelan bandadas de cuervos siniestros. ¡Qué aridez!... ¡Qué opresora sensación de tristeza y de muerte!... En este desierto europeo no hay ningún oasis de palmeras, y en lugar de árboles se han plantado, aquí y allá, centenares de cruces de madera, bajo las cuales ahora se pudren los cadáveres de los bravos soldados que dieron su sangre por la patria...

Creeríase estar sobre un volcán apagado de un panorama infernal.

Bajo nuestros pies no hay apariencia alguna de vivienda humana, sino roca, arena, lodo, bruscos declives del terreno, anchos hoyos abiertos por las granadas enemigas que las recientes lluvias llenaron de agua... Dominamos el valle desde una altura, y allá detrás, muy lejos, un sol tenue ilumina la línea de Verdun...

Poco a poco, el comandante va orientándonos con su bastón, y nos indica los puntos principales de esta gran zona de guerra. Enfrente que-

da el célebre fuerte de Douaumont, lugar de hazañas formidables que costó tanta sangre, y que la tenacidad francesa logró arrancar a las garras del ave de rapiña germánica. Cuando se escriba la campaña del frente occidental, el historiador tendrá que relatar estas épicas luchas en que la ya inmortal *división de hierro*, del ejército francés, se cubrió de gloria y salvó a Douaumont. Por eso nosotros al mirar, ahora, hacia Douaumont, aunque no vemos más que algo parecido a una colina lejana con negros boquetes que vomitan fuego, sentimos la honda emoción resentida al leer una intensa página de historia...

Y toda la zona de guerra, triste y parda, va recobrando animación y vida al conjuro de los nombres. «Aquél es el fuerte de Vaux», nos indica el comandante, señalando el horizonte a la derecha de Douaumont.

¡Vaux! Otro lugar glorioso del largo calvario de Verdun. La impetuosa ola germánica arrolló también al fuerte de Vaux, diezmado por la artillería alemana y la incesante avalancha de sus batallones. La defensa de Vaux por la guarnición francesa raya en lo sobrehumano. Un famoso novelista, Henry Bordeaux, hoy capitán de infantería en el momento que escribo estas páginas, ha narrado, como testigo, esos días angustiosos y terribles en que la guarnición francesa, bajo una lluvia incesante de fuego, se vió aislada entre las ruinas... Douaumont y Vaux son los dos puntos culminantes de la tremenda batalla de Ver-

dun, «la última batalla...», como había asegurado el Kaiser a sus tropas, creyendo, acaso de buena fe, que el tomar Verdun sería herir el corazón de Francia, ya agotada por larga sangría... Y en un esfuerzo titánico, las mejores tropas de Alemania se avalanzaron sobre Verdun, en una ola incesante de hombres que, renovándose a diario, para cubrir incalculables bajas, se estrellaron durante meses contra las puertas de esta ciudad heroica, cuyo lema inmortal díce: *¡On ne passe pas!*

Más allá, a la izquierda, se ven las cimas de esa cadena de fuertes, que son Thiaumont, Froiderre y la famosa cuesta del Mort-Homme, punto de formidables choques entre los adversarios. Una larguísima carretera solitaria atraviesa este árido valle desde Verdun hasta los fuertes...

«Por esa carretera» —nos dice el comandante— «iban y venían, durante la gran batalla, cuatro mil camiones-automóviles, llevando soldados a la línea de fuego y trayendo heridos a la ciudad... Todo este desierto, que ven ustedes, ha sido el teatro del más espantoso drama que registra la guerra europea. Las batallas de Oriente, las primeras victorias alemanas, no fueron nada, comparadas a este choque de los dos ejércitos y al infernal duelo de artillería. Aquí hubo de todo, desde el cañoneo de grueso calibre hasta la carga a la bayoneta y la lucha cuerpo a cuerpo. Cada palmo de terreno ha costado torrentes de sangre, y en esta espantosa hecatombe cayeron centena-

res de miles de muertos... En fin, para darles a ustedes una idea de aquella incesante lluvia de fuego, basta decirles que en dos meses se gastaron *¡cuarenta millones de proyectiles!*»

Y ante nuestras exclamaciones de asombro, el comandante añade, mirando al árido paisaje que arrasó la furia de los hombres:

«... Sí; esta tierra, antes tan fértil y risueña, que se llama hoy *le grand bassin*, será estéril durante muchos años, a causa de la gran cantidad de metal que la adultera...»

Hay un breve silencio, durante el cual contemplamos el vasto panorama de Verdun, parecido a un cementerio.

Vuelven a surgir ante nuestros ojos las innumerables crucecitas de madera que expresan la honda tristeza de tantas vidas segadas. Sobre la llanura vuelan siempre bandadas de cuervos como pájaros de mal agüero.

Pero el estampido del cañón, esta vez más próximo, despierta bruscamente nuestra atención. No lejos del fuerte, en la misma carretera, se han instalado un par de baterías de campaña. Los hombres, los cañones y las mulas parecen diminutos, como esos juguetes que de niños entretenían nuestros ocios y luego rompíamos con la misma inconsciencia feroz del dios Marte aplicada a los mortales.

Ahora los cañones cercanos tiran, a gran distancia, por encima del Mort-Homme y del lado de Thiaumont. Y del fuerte de Douaumont ve-

mos también la continua llamarada, seguida del trueno imponente de la artillería.

Durante un largo rato hemos seguido, palpitantes de emoción y de interés, esta acción de guerra que luego habíamos de ver reproducida en las columnas de la Prensa de París, cuyo parte oficial comunicaba: «Violento duelo de artillería al norte de Douaumont y por el Mort-Homme...» Cierto que esto no es más que un eco lejano de la más formidable de las batallas, pero es lo bastante para evocar mágicamente esta epopeya sublime que deja muy en la sombra la «acción tan memorable» de Lepanto, juzgada por Cervantes como la más grande en los siglos pasados y en los venideros... ¿Qué representan, en efecto, al lado de estas pugnas occidentales, que duran semanas y meses, las batallas napoleónicas o las mismas victorias prusianas de 1870?... Junto a la magnitud de los ejércitos actuales, ¡cuán poca cosa parecería la *grande armée* de Napoleón, en Rusia, que Chateaubriand creyó, erróneamente, el mayor ejército que habría de recordar la Historia!... La Marne y el Iser, el Somme y Verdun brillarán con mayor esplendor en los anales militares y serán comentados en los siglos venideros como victorias sin precedentes.

Pero Verdun, sobre todo, es hoy un símbolo. Verdun es el alma francesa, cuyo ardiente patriotismo arroja en todos los tiempos destellos de gloria, de valor y de heroísmo. Los hombres que la han defendido tenazmente, dando su sangre

por salvar a la patria, sintieron en ellos, sin duda alguna, el espíritu guerrero de Juana de Arco, de Duguesclín y de Bayardo. Porque el alma francesa es siempre la misma ante el enemigo, no obstante sus disensiones políticas o sus revoluciones interiores. Y cuando parece dividida, agotada a los ojos del mundo, que presencia, estremecido, los horrores de la Revolución, su arraigado patriotismo realiza los milagros de Valmy y de Jemmapes. Grande en el triunfo como en el dolor; grande en la epopeya de Napoleón como en los desastres del segundo Imperio, saben sus coraceros en la derrota de Reischoffen arrancar una frase de admiración al propio Rey de Prusia. El valor y el patriotismo de este pueblo revive y no se ahoga bajo las ruinas, ni las indemnizaciones, ni la amputación humillante de la Alsacia y la Lorena. A la hora del peligro será siempre igual. Se cree a Francia perdida, y Francia se salva en la Marne. Otros nombres aparecen como astros en el firmamento de la gloria: son Joffre, Castelnau, Foch, Gallieni, los nuevos salvadores de la patria... Y luego viene la epopeya de Verdun, cuya próxima caída anuncian los clarines alemanes por todo el universo... La ciudad, acribillada por las granadas enemigas, tambalea sobre sus cimientos. Va a reventar la cintura de sus fuertes... Ceden ya ante la presión de la ola germánica... Muere, entre sus bravos, en el momento culminante de la lucha, el coronel Driant, después de una defensa épica que le abre

las puertas de la inmortalidad... Verdun no puede resistir más la avalancha y la sangría... Agoniza... Cierra los ojos... Va a caer... Un grito de júbilo resuena en el inmenso campo de batalla, desde las filas adversarias... Es el final...

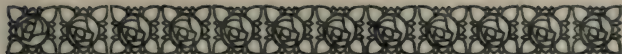
Pero detrás está Francia, que pide un último esfuerzo, unas horas más de resistencia... Detrás está Castelnau, que acaba de llegar en la más trágica de las noches para darle a Petain el mando de este ejército diezmado... Hay que salvar a Verdun... ¡Adelante!...

Y Verdun se salva...

¡Saludemos las ruinas de la ciudad gloriosa! El heroísmo de sus hijos evoca el temple de los antiguos espartanos...



UNA NOCHE EN VERDUN



XI

VOLVEMOS a Verdun a la caída de la tarde. El sol poniente, detrás de la ciudad desierta, aumenta el misterio de las siluetas negras de los edificios destruídos contra el dorado cielo crepuscular. Aun bajo la sensación abrumadora del panorama inmenso visto desde Souville, recorremos en automóvil estas calles abandonadas.

Un silencio sepulcral plana sobre Verdun, y sólo el lejano rumor del cañoneo turba la quietud de ese ambiente melancólico. El coche se interna en la ciudad moribunda por uno de los puentes que la cruzan sobre el Mosa. El río, turbio y apacible, evocador de tan sangrientas luchas, divide en dos partes a Verdun. Al noroeste, por la ría izquierda, está la parte antigua de la ciudad con sus callejones tortuosos y sus duras pendientes, coronadas por la ciudadela. En la ría derecha hállase la parte moderna, que dista mucho de ser novísima, y cuyos edificios han sufrido más intensamente del bombardeo.

Verdun, ciudad pequeña por su extensión y por el número de sus habitantes, que serían unos veintidós mil cuando estalló la actual guerra, tiene, sin embargo, aparte de su importancia estratégica, una inmensa aureola de gloria por el calvario de sus tribulaciones.

Hízola plaza fuerte Vauban, el gran caudillo de Luis XIV. Ya en 1792, cuando la primera invasión prusiana, Verdun fué asaltada por el ejército de Brunswick. Las fortificaciones viejas, anticuadas, no pudieron resistir el fuego de la artillería prusiana, y la ciudad hubo de capitular, suicidándose, antes, el comandante de la plaza, Baurepaire, que no quiso rendirse al enemigo. La victoria de Valmy logró arrancar esta conquista a las codiciosas garras prusianas.

Sin embargo, la desastrosa guerra del 1870 había de poner a prueba, una vez más, el alma heroica de la ciudad y el temple de sus habitantes. De nuevo el águila prusiana apareció, cual siniestra ave de rapiña, en el horizonte ensangrentado, y Verdun se aprestó a la lucha. No contaba con nada parecido a las actuales fortificaciones, y su guarnición excedería apenas de unos 6.000 hombres y algunos fugitivos de la derrota de Sedán, pero había provisiones en abundancia y no escaseaba el material ni la artillería.

Cuando el 23 de Agosto llegó frente a Verdun el ejército del Príncipe heredero de Sajonia, los prusianos no creían estrellarse contra una tenaz resistencia. No obstante, el sitio fué largo y ame-

nazó dar al traste con los planes estratégicos de Moltke, el Hindenburg de aquellos tiempos. Día tras día, los cañones franceses diezmaban a los batallones prusianos, y a fines de Octubre la guarnición tomaba la ofensiva haciendo bruscas salidas y reconquistando varios pueblos de los alrededores de Verdun. Entonces los prusianos pidieron grandes refuerzos y vieron llegar batallones y baterías con los cañones de grueso calibre, ya fabricados por Krupp, el armador del futuro Imperio. Hizóse intenso el bombardeo. La ciudad, en ruinas, tuvo que rendirse; pero los vencedores admirados ante la defensa concedieron a la guarnición todos los honores de la guerra. Bajo palabra de no tomar las armas, hasta el fin, fueron puestos en libertad los oficiales y devuelto el material de guerra cogido en Verdun, al firmarse la paz...

Y de nuevo volvió a reconstruirse la pequeña ciudad junto al apacible Mosa. Pero, esta vez, las duras lecciones de la experiencia habían aprovechado a los franceses, y Verdun no se vió indefensa como antaño. La moderna ingeniería militar la protegió eficazmente tras de esta cadena de formidables fortificaciones que cubren el alto Mosa y llegan hasta Toul.

Esta fué la barrera que dejó al enemigo: *on ne passe pas!*, y contra la cual se estrellaron los sueños napoleónicos del Kronprinz, siniestro aguilucho imperial, cuyo nido se cobija sobre hecatombes humanas.

No obstante, Verdun es sólo un esqueleto de ciudad ruinosa, porque allí donde no llegaron los soldados alemanes alcanzaron los cañones de grueso calibre. Verdun tendrá que ser reconstruída el día de mañana.

Hoy planan sobre ella el silencio, la soledad y la muerte. Al subir por las cuestas de la ciudad vamos descubriendo el vasto panorama a vista de pájaro. Allá abajo, al otro lado del río, Ganay nos señala un gran edificio que aun conserva su tejado, pero cuyos balcones numerosos son boquetes negros sin cristales, como si el interior hubiese sido pasto de las llamas. Es lo que aun queda del Casino Militar, centro muy principal de esta ciudad fortificada en los tranquilos tiempos de la paz.

Y ahora entra, despacio, el automóvil por una calle larga y estrecha, la *rue Mazel*, que me recuerda la parte alta de la carrera de San Jerónimo, en Madrid.

Esta fué la calle elegante de Verdun, donde lucían los mejores escaparates de sus tiendas y se reunía la gente de paseo, al atardecer. Pero en la actualidad no es más que una vía desierta y horriblemente averiada por el bombardeo. Toda la arquitectura está desquiciada: los tejados hundidos, los muros inclinados, los carteles de sus tiendas hechos trizas. La cavidad oscura de lo que fueron puertas y ventanas permite entrever tristes visiones de interiores destrozados por el volcán de la guerra.

El coche sube siempre hacia la ciudadela antigua. Poco a poco Verdun va quedando, allá abajo, a nuestros pies. La mirada se extiende por el vasto panorama de las casas en ruinas, de las callejuelas sombrías y de los puentes sobre el río turbio. Nos apeamos. Detrás de nosotros queda el suntuoso Palacio Episcopal, cuya fachada se halla protegida por los andamios de un derrumbamiento y surgen por encima de los muros las torres de la Catedral desierta. Alrededor del mudo campanario revolotean las golondrinas en el cielo crepuscular. Un silencio conventual envuelve la ciudad en un ambiente de misterio. Es un silencio parecido al de Venecia, en cuyas aguas tranquilas muere todo eco de vida. Los últimos reflejos del sol poniente doran, unos minutos, las columnas del Palacio Episcopal. Anochece. Por los aires vuelan unos lúgubres murciélagos. Y la ciudad se disipa entre las sombras...

Ya es de noche cuando llegamos al pueblecillo de Ancemont, en los alrededores de Verdun. Vibra la campana de la iglesia, llamando a los fieles, y en la plazoleta, frente al templo, se congregan muchísimos soldados que aguardan la hora del *salut* y de las oraciones de la noche.

Días tras día vienen estos *poilus* a pedirle a Dios la victoria para Francia y la vida para sí, al través de los peligros de la guerra. La continua visión de la muerte ha despertado en aquellas almas un sentimiento de misticismo que yacía,

quizá, dormido desde la infancia. El miedo al abismo de la nada, el estímulo de la esperanza vivifica el tenue rayo de la fe que hoy ilumina sus corazones con mayor intensidad. Está ahora en quiebra el escepticismo. La sonrisa burlona desaparece ante los horrores de la gigantesca lucha y el atropello de la patria invadida. No hay que dudar; hay que vencer. No hay que negar; hay que creer. A la hora del peligro, el espíritu de muchos hombres, adormecido por la indiferencia, pierde su serenidad y llama a las puertas del cielo, como el náufrago en la tormenta mirando a la costa de salvación.

Al ver a estos buenos *poilus* a las puertas de la iglesia, aguardando, pacientemente, la llegada de los Obispos, reflexionaba yo sobre la innegable evolución espiritual que se ha operado en Francia últimamente. Hace unos años ninguno de estos soldados se hubiese atrevido a alardear de creencias religiosas, ni un oficial podía oir misa sin incurrir en el desagrado de las altas esferas gubernamentales. Hoy, han desaparecido esas lamentables disensiones religiosas. Oficiales y soldados frecuentan los templos con entera libertad. El clero francés toma parte en la guerra, volviendo de la emigración, y reanima el espíritu de los fieles con ejemplos de abnegación y de patriotismo. Vemos al Presidente de la República otorgando condecoraciones a los prelados y a las Hermanas de la caridad que sirvieron lealmente a Francia. El mismo Obispo de Verdun, a quien

veo ahora hablar fraternalmente con los *poilus*, luce sobre el ancho pecho la Legión de Honor. Hay en las altas esferas oficiales un evidente deseo de borrar antiguos sectarismos que perturbaron la paz interior de Francia. ¿Reacción?... ¿Clericalismo que renace?... No; déjense ya a un lado estos calificativos anticuados que siguen agitando en vano los inquisidores radicales. La intransigencia roja es tan odiosa como la negra; son ambas los polos opuestos del fanatismo. Y la verdadera libertad consiste en el respeto a todas las ideas y creencias amparadas por el Estado, sin persecuciones enojosas. Francia desea, hoy día, conservar la unión sagrada frente al común enemigo. Por eso fraternizan actualmente los adversarios de la víspera, y vemos a este Obispo, bondadoso y sencillo, entre los soldados, que le rodean como las ovejas al buen pastor.

Las puertas de la iglesia se han abierto, y el interior irradia el oro de las luces de su altar mayor. Suenan, graves y lentas, las prolongadas notas de un órgano. Van entrando los soldados en el templo y pronto el vasto recinto se halla atestado de gente. Luego hacen su entrada solemne, bajo palio, los tres Obispos. Va a dar la bendición el prelado español, que se dirige, pausadamente, hacia el altar entre el Obispo de Verdun y el de Gappes. Comienza la ceremonia y se eleva el incienso, formando espirales y esparciendo su aromático perfume. El órgano calla. Un soldado de largas barbas, que no es otro sino

el capellán del regimiento, comienza, vuelto de espaldas al altar, las oraciones de la noche, y a coro la repiten los soldados con místico fervor. Una luz interior parece iluminar los ojos de estos bravos *poilus*, fieros y rudos en la pelea, obedientes e infantiles a la voz del capellán. Hasta los primeros escalones del altar llegan, aglomerados, oficiales y soldados. Una tras otra van repitiendo, como un deber más que se han impuesto a ellos mismos, las oraciones indicadas por su caudillo espiritual y vibra en el templo la plegaria por la salvación de Francia, por los ausentes, por los camaradas muertos en el campo de batalla.

Hay un silencio imponente. De pronto las notas del órgano entonan un himno que parece un canto de victoria, reforzado por el coro de voces viriles de estos bravos héroes de Francia.

Y es aquel un momento de emoción intensa...

A las ocho de la noche nos reunimos todos los excursionistas en una de las vastas galerías subterráneas de la ciudadela de Verdun.

El coronel que manda las fuerzas de la guarnición nos ofrece un banquete, y para presidirlo ha llegado hace poco de uno de los pueblos cercanos el general de Fonclare. Asiste al banquete la alta oficialidad. Es tan crecido el número de comensales, que no ha podido servirse la cena en el comedor habitual, una estancia sencilla, ingeniosamente adornada con espadas, cascos, ban-

deras y corazas sobre los muros de piedra. La galería en que nos hallamos ahora debe de ser la sala de espectáculos, porque allá al fondo hay un teatrito, frente al cual se alínean, con verdadera simetría militar, varias filas de sillas... Y si no mienten los rumores, después de la cena los bravos *poilus* nos brindarán un programa festivo para amenizar esta velada.

Nos sentamos a la mesa. Presídenla, a un lado, el Obispo español, que ocupa el puesto de honor, entre Mgr. Ginisty, Obispo de Verdun y el comandante en jefe de la ciudadela. Enfrente, se halla el general de Fonclare, que tiene la deferencia de sentarme a su diestra.

El general es un hombre afable, modesto, cuya voz apagada, tenue, no da la impresión de haberse adiestrado en el mando. Está algo encorvado y es flaco, menudo. Su cabello y bigote, rubio, ha encanecido en gran parte. Al hablarme con su peculiar acento meridional pondera la obra filantrópica del Rey de España y alaba la personalidad de Don Alfonso XIII, a quien tuvo el honor de ser presentado en uno de los viajes que hizo a Francia nuestro soberano. Siente grandes simpatías por España, y aunque sólo conoce de ella San Sebastián, espera el término de la guerra para visitar otras ciudades españolas. Hoy día, tiene la desgracia de que su esposa y su hijo se hallan cautivos en Lille, zona invadida por los alemanes, y sobre las naturales angustias de la guerra agita su espíritu el temor a las tirá-

nicas deportaciones que pueda raptar a los suyos.

Entre el bullicio de voces y de platos oigo a los prelados ensalzando las altas virtudes del *poilu* y describiendo las escenas presenciadas en el mismo hospital de la fortaleza.

Mientras recorríamos nosotros el fuerte de Souville visitaban los Obispos a los pobres heridos que yacen aquí abajo en los subterráneos.

El Obispo español, pálido, aun, de emoción, me dice, al través de la mesa, en nuestro idioma:

«¡Cómo siento que no haya usted podido acompañarnos en nuestra visita!... Ha sido algo inolvidable... ¡Qué dolor, y al mismo tiempo qué ejemplo, qué abnegación en estos pobres mutilados y heridos!... ¡Son admirables!»

El Obispo de Verdun, que ha intentado descifrar sus palabras, le pregunta, en francés, aludiendo a mi persona:

«... ¿Le ha contado usted, al señor, lo del joven oficial que acababan de operar?...»

«No; ahora iba a contárselo...»

Y volviéndose hacia mí, continúa diciendo el prelado español:

«Figúrese usted que al entrar en la sala de operaciones vemos tendido y lívido aún, bajo la influencia del cloroformo, a un oficial muy joven. Acababan de amputarle una pierna y estaba inmóvil, con los ojos cerrados. El ruido de la puerta o quizá nuestros pasos llamaron su atención. Abrió los ojos, y al ver adelantar hacia él al Obispo de Verdun..., ¿qué cree usted que hizo?...

Pues con un esfuerzo increíble, dados los efectos de una operación quirúrgica, se incorporó en la camilla, haciendo el saludo militar.»

«*C'est un beau geste!*» —exclamo yo, mirando al Obispo de Verdun, mientras que el bello rasgo, capaz de haber figurado en los episodios militares narrados por Alfred de Vigny, corre de boca en boca.

El prelado español suspira, y con cierta expresión de terror reflejada en su rostro, me dice:

«Al lado de eso vimos cosas atroces, dolorosas... Un pobre desgraciado, cuya cabeza no era sino una masa diforme de vendajes, se revolcaba dando alaridos y gritando que le mataran para poner término a sus padecimientos. No quiero decirle el efecto que esto nos produjo...

El estampido de las botellas de *champagne*, al desencorcharse, produce un largo rumor que luego se apaga poco a poco. Mientras sirven el líquido espumoso se hace el silencio, preludio, sin duda, de algún próximo acontecimiento. El general se ha levantado con la copa en la mano y todos seguimos su ejemplo. Hay otra pausa, y el general comienza su discurso, tímidamente, mirando al mantel, que no tiene trazas de escritura. No es orador. Su oficio de soldado es ajeno a los juegos florales o los debates parlamentarios, y con la emoción comprensible de quien se dirige a un público, busca sus palabras y las halla, no sin cierta dificultad. Alude al honor de nuestra visita, al heroísmo del soldado francés, a las rui-

nas de Verdun, cuya gloria es un ejemplo para el mundo... Se dirige al Obispo español y le recuerda que la Francia actual no es el país de la corrupción ni del ateísmo, como habrá podido observar al ver a estos *poilus* orando en la iglesia...

Un aplauso cortés acoge estas frases sinceras, y le contesta en francés el prelado español, venciendo las dificultades del idioma con muy efusivas frases de admiración hacia Francia y muy atinadas y discretas alusiones a la guerra, que desde luego revelan su dominio del púlpito...

Acabados los brindis se renueva el vocerío y la alegría chispeante del *champagne*. A los postres van pasándose de mano a mano los «menús» para que los firmen todos los comensales y conservemos este grato recuerdo de la cena. Luego el coronel hace entrega a cada uno de los excursionistas de la medalla conmemorativa del sitio de Verdun, acuñada por el Municipio de esta ciudad gloriosa. A un lado, se ve grabada la figura de una mujer con casco y espada, y sobre ella puede leerse el ya célebre lema: *On ne passe pas!* Al otro está la fortaleza de Verdun, entre dos ramas de laurel y la fecha: «21 de Febrero de 1916», día en que comenzó el ataque general por los ejércitos alemanes.

Termina el agasajo con una sesión de «cine» y un espectáculo teatral que nos brindan los soldados.

«El programa se ha expurgado por respeto a

los Obispos» —me dice en voz baja un capitán, yerno de un ilustre académico francés—. «Otras noches las canciones suelen ser más divertidas...»

No importa. El programa en este caso es lo de menos. Lo extraño, lo nuevo para nosotros es hallarnos en un teatrito de militares, a varios metros de profundidad bajo Verdun y en plena guerra europea. ¿Quién lo diría?... Un ambiente de infantil jovialidad, que me recuerda a las funciones teatrales de colegio, reina en aquel lugar. Estamos a oscuras. El telón anuncia una película cómica, *Polydor et le chat*, que levanta carcajadas entre los prelados y los oficiales. Un soldado músico toca, al pie de la escena, sobre un piano que ha debido pasar todos los rigores de la guerra. El escenario se ilumina, y varios aplausos acogen a otro *poilu* que adelanta, gravemente, con una partitura en la mano. Es nada menos que un tenor de la Ópera, el cual nos deleita con una romanza de Massenet y una canción patriótica muy de actualidad. Después de éste viene otro *poilu*. Su sola aparición produce risas y bravos entre la concurrencia... Y nos hallamos frente a un *chansonnier* de Montmartre, cuyas canciones y monólogos cómicos nos transportan mentalmente a los días de paz y de alegre inconsciencia...

Pero ¿es posible?... ¿Estamos en Verdun?... ¿No habré vuelto, en sueños, a hallarme en un ambiente parecido al de colegio durante el reparto de premios o en vísperas de vacaciones?...

Esta sensación extraña se reproducía en mí, una hora después, al verme en el camarote del vasto dormitorio. Dos tablas endebles me separaban de mis vecinos. Una cortinilla, una silla y un pequeño lavabo componían el primitivo mobiliario, además de la cama de campaña, dura, baja, con una sola manta y una sábana gruesa por todo abrigo.

Pero aquella modesta cama de campaña me pareció el más lujoso lecho, y gracias a un sueño profundo y reparador, como a los varios metros de tierra y de roca que protegían nuestras cabezas, no me enteré hasta el siguiente día de que habían caído, durante la noche, setenta y tantas granadas sobre Verdun...



EN LAS TRINCHERAS...



XII

HEMOS salido muy temprano del dormitorio el capitán de Ganay, Albiz y yo, para emprender una excursión hacia las trincheras del alto Mosa. Ganay había ofrecido, el día antes, llevarnos hasta el famoso fuerte de Douaumont, pero lo largo y fatigoso de la jornada hízonos desistir de tan atractivo ofrecimiento. Era preciso, para eso, salir de Verdun a las cinco de la madrugada en automóvil, abandonar el coche al cabo de una hora y hacer el resto del camino a pie, por un mar de lodo, llegando sólo a Douaumont al cabo de dos horas de marcha. Y como desde el fuerte de Douaumont probablemente no veríamos nada, ni apenas nos dejarían asomarnos a las líneas alemanas por ser incesante el bombardeo, renunciamos al proyecto. Mejor era, descubrir un nuevo aspecto de la guerra. Ayer, Souville nos había revelado toda la zona de Verdun y su larga cintura de fortificaciones. Hoy, el valle del Mosa

nos permitiría entrever la vida del *poilu* en las trincheras.

«No tenemos tiempo que perder» —dice el capitán de Ganay al conducirnos por las galerías al comedor de la fortaleza...— «A la una en punto debemos estar en Souilly para almorzar con el general Guillaumat.»

Un ligero desayuno, a la francesa, está ya servido sobre la mesa del comedor. Allí nos encontramos a Mgr. Baudrillart y a D. Gabriel Palmer, concluyendo precipitadamente su frugal alimento, para marcharse en seguida con los Obispos a visitar iglesias y hospitales en los alrededores.

Despidiéndonos hasta Souilly de los prelados, salimos de la ciudadela por las vastas galerías subterráneas, cuyas luces eléctricas y perpetuo barullo y va y ven de gentes me recuerdan, más que nunca, a una estación de Metropolitano. Fuera nos aguarda el automóvil cerrado, con sus dos *poilus* cubiertos por sus cascos de metal. Nosotros llevamos también nuestros cascos y caretas para gases asfixiantes, y pronto el automóvil deja atrás la ciudadela y las ruinas de Verdun, internándose por un plácido paisaje muy distinto a la monotonía y a la aridez de ayer.

El decorado se transforma, como por encanto, y adquiere tonos verdosos y risueños. Allá, a la derecha, por entre grandes llanuras, serpentea el río Mosa, sobre cuyas tranquilas aguas yacen, inmóviles, largas embarcaciones de transportes.

Sombrean la carretera varios árboles. El aire es frío, húmedo, y hace un día gris, de luz plateada, que fatiga un poco la vista.

Ganay nos muestra, al pasar, las líneas de alambradas bordeando la carretera y perdiéndose en lontananza. Y luego nos señala los varios puentecitos de madera que hoy día cruzan sobre el Mosa:

«... Como verán ustedes, la retirada de Verdun estaba protegida, en caso de peligro, y teníamos, justo detrás de la ciudad nuevas líneas de trincheras y de alambradas. Así es que, de haber caído Verdun, el efecto hubiera sido más moral que estratégico. Pero lo malo, al comenzar la gran batalla, consistía en la escasez de estos puentes, sobre el Mosa, para cubrir la retirada. Teníamos sólo un par de ellos, lo cual era exponerse a un verdadero desastre... Hoy tenemos varios. Los más endebles son para la infantería. Los más sólidos y anchos se han hecho para la artillería, la caballería y los transportes...»

Hemos llegado a Dieue. Es un pueblecillo frondoso, ensombrecido por el arbolado que cubre sus avenidas y sus jardines. Diríase un oasis en medio del desierto de la guerra. El automóvil se detiene frente al *chateau* del pueblo, cuya antigua y aristocrática mansión está hoy ocupada por la autoridad militar. Tenemos que ver al coronel para pedirle unos «pases» que nos permitan llegar hasta las trincheras. Entramos en el jardín del *chateau* y allí está el propio coronel con dos ofi-

ciales y un sargento contemplando unos árboles caídos sobre el suelo y varios cristales rotos en la fachada del edificio.

«¡Vean ustedes lo que nos han hecho esta noche los alemanes!» —exclama, dirigiéndose a Ganay—. «¡Hasta aquí han llegado sus *marmitas!*»

Luego, deferente, quiere que visitemos el *chateau* y que pasemos a descansar un rato... Pero la premura del tiempo nos obliga a desistir de tan amable atención y a despedirnos, a los pocos minutos, una vez logrados los «pases» necesarios.

Media hora después, nos detenemos en medio de un sombrío bosquecillo de pinos que perfuman el ambiente con su aroma. Junto a la carretera, el terreno se eleva bruscamente, formando una colina, y por entre los árboles altísimos aparecen varias casetas y barracas de madera. Es aquello un campamento disimulado a la vista de los aeroplanos. En lo alto hállase trabajando un grupo de *poilus* con palas y piquetas. Descendemos del coche, y, siguiendo a Ganay, subimos por un sendero a buscar al coronel G..., que ha de darnos otro «pase» para recorrer las propias trincheras.

El coronel se halla precisamente enfrente de su *villa*, una improvisada y linda casita de madera, de aspecto frívolo y coquetón. Y lo más gracioso es que el coronel, en este momento, riega él mismo unas matas y unas flores plantadas

a la entrada de su minúscula *villa*, como si el oficio de jardinero le compensara de las rudas tareas militares.

El coronel es un meridional, y a juzgar por su acento, mientras habla a Ganay en tono de chanza, deducimos que no habrá nacido lejos de la patria de *Tartarín*. Moreno, de ojos oscuros y bigote negro, su tipo refleja cierta afinidad con nuestra raza. Es regular de estatura y muy ancho de hombros. Sobre el uniforme azulado luce la cruz de guerra y la medalla militar. «Vale mucho este hombre» —nos ha dicho Ganay confidencialmente.

Y el coronel, dejando a un lado sus tareas de jardinero, nos dice, señalando a una especie de tambor impermeable que disimula el portal de su casita:

«¡Vean ustedes lo que hemos tenido que inventar aquí para no perecer asfixiados!...»

«... ¿Contra los famosos gases?...»

«Sí; contra los gases. Hay que estar prevenidos. Cuando suena la señal de alarma, anunciando una ola pestífera, se cierran herméticamente puertas y ventanas con estas cubiertas... Y no pasa nada.»

Luego, después de un rato de charla y de habernos hecho los honores del pequeño campamento forestal, propone acompañarnos él mismo a las trincheras.

«Tengo que darme todos los días una vuelta por allí; así es que hoy la daré con ustedes... Ba-

jen ya hacia el coche... Yo voy a buscar, mientras tanto, mi casco y mi careta.»

Otra vez en la zona de batalla y otra vez el mismo paisaje pardo, estéril, triste, monótono que hemos visto en Ipres, en el Somme y en los alrededores de Souville. El coche nos ha dejado frente a un barracón de madera, disimulado entre las pendientes de roca y de tierra, donde descansan los soldados. Al ver al coronel, se levantan para hacer el saludo militar, y el jefe les habla en tono cordial y familiar, llamándoles paternalmente: *mes enfants.*

Los hombres sonríen, y es cosa digna de observarse este cariño con que el soldado francés trata a su oficial cuando le considera digno de confianza y de respeto. Hago luego una alusión sobre esto, hablando con el coronel, que me responde:

«... Aquí no sería posible esa tirantez de relaciones existentes entre el oficial prusiano y el subalterno. El jefe alemán trata al soldado como a un autómata. Nosotros le tratamos como a un hombre digno de afecto y de consideración... Nuestra raza latina no consiente una autoridad tiránica, despectiva ni humillante. Pero cuando se sabe manejar a estos *poilus* son buenos y obedientes como niños, o más bien como héroes capaces de cualquier sacrificio por la patria... El *poilu* de hoy es igual que el *grognard* de los tiempos de Napoleón. Gruñe, entre dientes, y sin em-

bargo, está dispuesto a dejarse matar por su jefe. El que nuestros soldados llamen al mariscal *le père Joffre* le indica a usted mejor que nada el estado de espíritu de estos bravos respecto a los superiores...»

Vamos internándonos ya por los *boyaux,* que son los estrechos conductos abiertos en la tierra para comunicar con las trincheras. Abre la marcha Ganay, y los demás le seguimos en fila. Hemos dejado atrás la carretera y los barracones del campamento. Por estos pasillos interminables ya no se ve más que el cielo y la tierra que pisamos. El camino va ondulando caprichosamente, y se pierde la noción del rumbo. A la derecha, luego a la izquierda. Subimos, después bajamos. Unas veces andamos sobre montones de arena que interceptan el paso, y otras nuestros pies se hunden en el lodo y en el agua hasta los tobillos. Es tal la cantidad de barro amontonada en estos *boyaux*, que nuestras botas han perdido ya todo color y toda forma primitiva. Sin embargo, al cabo de una media hora de marcha lenta y fatigosísima, hacemos al fin una parada en un pequeño puesto de observación.

El soldado que está allí de centinela saluda y se coloca a un lado para dejarnos el paso libre.

«Van ustedes a ver, a muy corta distancia, las líneas alemanas» —nos dice el coronel.

Y nos asomamos, los cuatro, a contemplar el vasto panorama.

Estamos en lo alto de una colina. A pesar del

día gris y del ligero velo de la niebla, destaca todo el paisaje con meridiana claridad. Casi a nuestros pies se halla el pueblecito de Haudiaumont, cuyas ruinas se han disputado tenazmente palmo a palmo alemanes y franceses, quedando por fin en manos de estos últimos. Justo, enfrente, está Manheulles, en cuyos frondosos bosques se ocultan los alemanes, y por entre los árboles de su contorno se distingue la primera línea de trincheras. Más allá, al través de la llanura, sobre la cual se perciben campanarios mudos y casitas averiadas, limitan el horizonte las colinas de *Les Eparges*, que lindan con *les Hures* y la cuesta de Combles. Y a la extrema derecha quedan el Mosa y la carretera, que va desde St.-Mihel a Metz, arrancada a Francia en la pasada guerra.

Lo que más nos sorprende es el silencio y la aparente soledad de este plácido paisaje.

«¿Cómo es que no tiran?» —pregunto al coronel, mirando hacia el cercano bosque donde están los alemanes.

«Porque saben que tenemos visita» —contesta el coronel en broma—. «Y como son gente muy fina...»

Pero luego añade, en serio:

«En días como éstos, en que se ha amanecido con algo de neblina, se aprovecha en ambos lados para descansar... ¿A qué vamos a gastar balas inútilmente? Lo más probable será que empiece el jaleo a mediodía, pues ya está aclarando.»

Un sargento, que hace la ronda acompañado por un soldado, se detienen frente al coronel. Están los pobres desarrapados, sucios, con las barbas a medio crecer y los uniformes cubiertos de barro. El coronel les interroga, y pronto oímos con asombro entonar las alabanzas de un aviador alemán que el día antes voló sobre las líneas francesas.

El coronel se vuelve hacia Ganay, hablando de esto con entusiasmo.

«¡Cómo siento, Ganay, que no estuviese usted aquí!... Fué un espectáculo hermoso!... Llegó sobre nuestras posiciones. Fusiles y ametralladoras comenzaron a hacer fuego..., y ¡nada!... El hombre, a fuerza de habilidad y de audacia, logró librarse de las balas, volando siempre muy alto, con rápidas evoluciones... ¡Oh, es un bravo!... Ya van dos veces que arriesga el fuego...»

Y yo pienso, al oirle, que en nuestra patria, los eternos polemistas de las *filias* y de las *fobias*, no concebirían la amplitud de criterio de este militar, elogiando al adversario.

Luego, acercándose a nosotros, señala a la línea de trincheras, tan variada y tortuosa:

«Como habrán podido ustedes observar» —dice— «no parece haber lógica en el trazado de estas líneas. Primero, la proximidad del enemigo, y, segundo, que se ven pueblecillos o bosques, donde ambos adversarios se hallan instalados, sin soltar su presa. Acá están los france-

ses. Al lado, hay un trozo que es de los alemanes... Allá, en cambio...»

El capitán de Ganay le interrumpe:

«Perdón, mi coronel, pero, ¿no podríamos bajar hasta la otra carretera y acercarnos a las primeras trincheras?...»

El coronel duda un instante... No cree que habrá riesgo en asomarse hoy. Sin embargo siempre cabe la posibilidad de que tiren sobre nosotros... Y como Albiz y yo manifestamos nuestras dudas acerca del peligro, observa el coronel:

«No lo digo, ciertamente, por amedrentarles, pero a veces suceden cosas imprevistas... Ya ven ustedes el caso del pobre general Mannoury... Dándose una vuelta por las trincheras, no hizo más que asomar un ojo por una diminuta cavidad para observar las líneas enemigas y una bala perdida lo dejó tuerto, poniendo su vida en grave riesgo... Aquí mismo fué matado un periodista no hace mucho.»

«¡Oh!... si va uno a pensar en esas cosas...» —objetamos, picados en nuestro amor propio.

«Es verdad... Vamos andando...»

Y fiados en nuestra buena estrella, seguimos al coronel, bajando por unas pendientes inverosímiles. Nos conduce el sargento. Ganay y el coronel, más acostumbrados que nosotros dos civiles a estas fatigosas marchas por los *boyaux*, nos ceden sus bastones; pero este pequeño auxilio atenúa bien poco el número de tropezones y

vamos andando a tientas apoyándonos contra los muros.

De vez en cuando nos detenemos para asomar la cabeza por alguna cavidad, cuidando de no exponernos a la vista del enemigo. Estamos muy cerca de Manheulles, y junto a nosotros vemos ya las ruinas del silencioso pueblecillo de Haudiaumont. Ahora caminamos, a Dios gracias, por terreno llano, pero el trayecto ha sido tan rudo, los resbalones tan frecuentes, que estamos cubiertos de barro hasta la cara.

Al fin hemos llegado a las trincheras. Los hombres se cobijan tras de la muralla de tierra y de sacos amontonados, que forman una barrera frente al enemigo.

Por entre los sacos yacen recostados y dispuestos los fusiles, y los *poilus*, de trecho en trecho, fuman, descansan y charlan a media voz.

Surgen ahora, ante nuestros ojos, los pinares del bosque de Manheulles... Es decir, que lindamos casi con las posiciones alemanas. Este silencio abrumador, ¿será el preludio de una descarga?... No; acaso ha pasado ya el momento de mayor peligro, al atravesar, a campo raso, un pequeño trecho de carretera. Entonces el coronel se ha vuelto hacia nosotros diciendo en voz baja: «¡cuidado!». Y hemos pasado por esta pequeña zona peligrosa, la cabeza baja, agachados y andando a paso rápido.

Ahora, en silencio, vamos asomándonos por

turnos a un hueco, a guisa de ventana entre dos trincheras. Enfrente están los alemanes, en el bosque silencioso. Por entre los pinares se ve, claramente, la primera línea de trincheras enemigas. Un grito dado aquí, se oiría allá. Una piedra lanzada por uno de nosotros, caería entre los teutones. Parece tan inverosímil esa quietud ante el peligro que, en mi asombro, pregunto por lo bajo:

«¿A cuánta distancia nos hallamos de ahí enfrente?...»

«A unos *ciento cincuenta metros* del enemigo» —responde el coronel.

Y sin darle importancia a esta proximidad, se vuelve a saludar efusivamente a un joven oficial que ha venido a presentarse. Le han herido ya dos veces y luce sobre su uniforme la Legión de Honor y la cruz de guerra. Al oir los calurosos elogios de su jefe se sonroja como una damisela tímida a quien le dirigiesen unos piropos.

Luego, en tono más grave, les oigo hablar de recientes pérdidas... ¡Pobre sargento!... Le mataron los malditos gases asfixiantes... Y él tuvo la culpa, por imprudente.

—«¿Sabe usted cómo fué?...» —dice el coronel dirigiéndose a Ganay— «Pues que el hombre, ya con la careta puesta, quiso avisar por teléfono a las líneas de atrás la llegada de la ola asfixiante. El teléfono, sin duda, no funcionaba bien... Se pone a gritar el sargento, exasperado... ¡nada!... Entonces, impaciente, se levanta la careta un

instante para dar la orden... Y al cabo de tres minutos está muerto.»

El pequeño episodio de la guerra, dicho en aquel lugar, tiene toda la intensidad de un drama palpitante... Pero el coronel interrumpe nuestras reflexiones... Ya es hora de volver...

Y comenzamos a subir lentamente por los *boyaux*.

Unas detonaciones turban a distancia el silencio que envuelve el paisaje. El coronel se ha vuelto hacia nosotros exclamando:

«... ¿Oyen ustedes?... Empieza el tiroteo, a la misma hora que les anuncié...»

Antes de bajar el telón sobre mi viaje al frente occidental, detengámonos brevemente en el Cuartel general de Souilly, donde el propio general Guillaumat y su Estado Mayor nos obsequiaron a todos los excursionistas con un espléndido almuerzo.

A los postres hubo brindis por España y por el Rey. El general Guillaumat hizo un discurso correcto, elocuente, hábil, dada la índole eclesiástica de algunos invitados. No habló para nada de Francia bajo el aspecto social político o religioso, y sólo ensalzó la raza, la patria y el valor en términos abstractos y bien estudiados de antemano. Fué un discurso del más puro corte oficial.

De ahí nos trasladamos a Froidos. Es aquello un hospital de enfermos contagiosos, situado en un bosquecillo, a gran distancia de toda pobla-

ción. El aire que se respira ahí es fresco y vivificador. Los Obispos, siempre atentos a su misión evangélica, desean prodigar su consuelo a los enfermos. Pero uno de los médicos, por temor a las posibles consecuencias, se niega a acceder a esa petición, y sólo nos permitirá, dice, entrar en una sala de convalecientes... Allí está ahora Sor Gabriela y podremos hablar con ella...

Al instante se despierta nuestra curiosidad. Sor Gabriela es ya famosa. El Gobierno de la República la condecoró con la Legión de Honor por su comportamiento heroico en Clermont, cuando la ocupación de los alemanes. En vano pretendieron los invasores, que echara a los heridos franceses de su hospital, para cuidar, en su lugar, a los propios alemanes. Sor Gabriela se negó a ello. No haría semejante cosa. En las camas vacantes tenían ellos perfecto derecho de alojar a sus heridos, pero el arrojar de ahí a sus pobres *poilus* era un crimen de lesa humanidad. Ella cuidaría, con cristiana caridad, a los unos y a los otros... De lo contrario, eran inútiles todas las advertencias o las amenazas... Y triunfó el aplomo y la sangre fría de esta mujer admirable.

Nos hemos agrupado, en torno suyo, para verla y escucharla. Es pequeña, joven aun, bien proporcionada. En su rostro sonrosado, de rubia, brillan, intensamente, los bellos ojos azules. Hay algo en su mirada, como en todo su porte, que emana franqueza y energía, inteligencia y bondad

de corazón. Se expresa con naturalidad, sin la menor timidez o mojigatería, y dice, soriendo:

«En Clermont, había un capitán alemán que venía todos los días a gritar y a amenazarme... Era una fiera... Estaba empeñado en que yo le había robado no sé que plano o proyecto... Y lo triste es que no era verdad, porque tampoco se lo hubiera devuelto.»

Un murmullo de hilaridad acoge sus palabras, y Sor Gabriela añade:

«Como preparados... ¡vaya si lo estaban!... Recuerdo un joven oficial que me repetía, en tono de seguridad: *¡Nach Paris!*, *¡nach Paris!*... y me enseñaba ya el número de su domicilio en el boulevard St.-Germain y todo... ¡Para que luego digan que no pensaban en París!... ¡Habrá embusteros!...»

Al oir nuestros comentarios y observar el interés que despiertan sus palabras, continúa:

«... Pero luego cambió el decorado repentinamente... Dieron la orden de retirada y ¡había que ver sus caras!... Y yo les preguntaba con malicia: ¿adónde van ustedes tan aprisa?... —Pues a París— me respondían, enojados. —¡Cómo! ¿a París, por donde vinieron?... —Sí —decían ellos— es que vamos a dar la vuelta...»

Y Sor Gabriela, riéndose, añade:

«Querían decir, sin duda, la vuelta hacia el Rhin...»

La patriótica jovialidad de la hermana tiene sugestionado a su auditorio. Nos reímos, también,

a coro. En una pausa, le pregunta el Obispo de Verdun:

«¿Y qué ha hecho usted de la Legión de Honor?»

«¡Oh! la llevo oculta» —dice con firmeza, señalando al pecho—. «Aquí en el hospital no tenemos otro distintivo que el de la Cruz Roja.»

Sor Gabriela nos conduce hacia la sala de enfermos y al caminar alaba el heroísmo y la abnegación de sus bravos soldados ante el sacrificio.

De pronto se detiene y su rostro refleja una tristeza repentina.

«Hay rasgos que llegan al alma... ¿Se acuerda el señor Obispo del pequeño Leclerc?... Hubo, por fin, que amputarle ambas piernas... Pues bien, al despertar del cloroformo, le tapábamos el rostro con un pañuelo y se lo quitó diciendo: No importa, dejadme que vea... Lo triste no es esto, sino que haya muerto mi padre sin verlo... Decía que yo no servía para nada... Pero, ¿no es verdad que he servido bien a Francia?»

Los ojos de Sor Gabriela se han humedecido al narrar el patético episodio. Para disimular su emoción, saca un pañuelo, se suena y sonríe al través de las lágrimas. Y al ver a esta admirable mujer, activa, inteligente, enérgica, jovial, devota y sensible a un tiempo, he creído ver, no sé por qué, a una hija espiritual de nuestra gran Doctora de Avila.

Sea ésta la última silueta que pase ante los ojos del lector, como ángel de paz y de caridad que

trae un rayo de luz y de consuelo en medio de los horrores de la guerra. Y aquí termina nuestra odisea. La he narrado, sin artificios, clara y sencillamente, ateniéndome a la estricta realidad. No he escrito mi libro para resolver ningún problema, para conquistar adeptos a tal o cual causa, ni siquiera por hacer literatura.

Entre todas mis obras es la menos meditada y la más espontánea. Júzguese, únicamente, como el itinerario de un espíritu curioso que después de haber recorrido varios países y leído no pocos libros, sintió la irresistible atracción de asomarse al escenario donde aun se desenvuelve la más grandiosa tragedia que ha visto el mundo hasta la fecha.

FIN

ÍNDICE